Michèle Audin

LA SEÑORITA HAAS

PERIFÉRICA

Michèle Audin

LA SEÑORITA HAAS

PERIFÉRICA

LARGO RECORRIDO, 184

Michèle Audin

LA SEÑORITA HAAS

TRADUCCIÓN DE MANUEL ARRANZ

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: febrero 2023
TÍTULO ORIGINAL: Mademoiselle Haas

© Éditions Gallimard, París, 2016
© de la traducción, Manuel Arranz, 2023
© de esta edición, Editorial Periférica, 2023. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-61-3

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Hay una liebre en cada cajón
y cada liebre se enfría
como una fruta escarchada
como una castaña confitada
y se encuentra de repente
sumergida en su pasado

JACQUES PRÉVERT,
«Las grandes invenciones», Palabras, 1946

Tienen veinte años, treinta o alguno más en 1934. Trabajan.

Se llaman señorita Haas.

Son bibliotecarias (adjuntas), porteras, cocineras, peluqueras (¿de qué hablaban las mujeres en la peluquería en Belleville en 1938?), costureras, fresadoras, enfermeras, escritoras (único neologismo femenino en esta lista), criadas, maestras (¡ay!, ¡casi todas habían soñado con ser maestras!), periodistas, asistentas, investigadoras (auxiliares), obreras de la metalurgia, libreras (empleadas), pianistas, físicas, urdidoras, comadronas, dependientas…

Tenían sesenta años, setenta o alguno más en 1974. Tal vez. Yo tenía veinte. Pude coincidir con alguna de ellas en una manifestación o en cualquier otra parte.

Las vemos en 1934 y un poco después.

Trabajan. Casi todas, con las manos: manos de comadrona, manos de obrera, manos de pianista. Son auxiliares, adjuntas, temporeras, señoritas.

Sueñan. Embargadas por la alegría y el dolor, viven una historia llena de ruido y de terror. Su trabajo no aparece en los libros de historia. Son invisibles. Olvidadas. Omitidas, más bien.

Son únicas, son encantadoras.

En blanco, en negro, en gris, he reunido algunos momentos de sus vidas, como un mosaico que cuenta su presente, su historia, la mía, la nuestra.

CATHERINE, 6 DE FEBRERO DE 1934

Los martes no eran el mejor día para Catherine, pues trabajaba los miércoles temprano. Pero no tenía elección: los miércoles por la tarde, el médico estaba en el hospital y no pasaba consulta. Además, Marie había dicho que, si no estaba de más de dos meses, todo transcurriría tan rápido y tan bien que Catherine podría dar clase al día siguiente por la mañana. Y le había pedido una cita para aquel día, después de la escuela, cuando terminaran las consultas oficiales del médico. Marie iría a buscarla después y la acompañaría a su casa.

A las cinco y media ya había anochecido. Catherine se metió en el metro. En las escaleras se encontró con uno de sus vecinos, que la saludó y le dijo: «¿Sale esta noche, señorita Haas? ¡Sea prudente!». Ella respondió con una sonrisa amable, enseñó su billete al revisor, llegó al andén justo antes de que se cerrara la puerta y se subió al primer vagón del tren que llegaba en aquel momento. Casi todos los viajeros se bajaron en la siguiente estación, République. Catherine se sentó. De una cosa estaba segura: no quería tener ese niño. Ni siquiera había pensado –aunque Marie se lo había hecho ver inmediatamente– en que perdería su empleo si tenía un crío, ya que no estaba casada. No quería aquel niño. Tener un bebé era un acto de amor. Así, o quizá de manera un poco menos explícita, pensaba Catherine, consciente de que no había sido precisamente el deseo de ser madre lo que la había llevado a esa situación. «¿No quiere casarse contigo?», le había preguntado también Marie. La pregunta, en la que ella tampoco había pensado, sorprendió a Catherine. Lo que él quería ella ni lo sabía ni tenía realmente interés en saberlo. No lo había vuelto a ver. Por lo demás, sólo se habían visto una vez: una súbita atracción satisfecha en un instante, ¿un error? Lo que sí sabía es que ella no lo quería. Y no le había dado tiempo a Marie para preguntarle si él estaba al corriente de que Catherine estaba embarazada. «No, no lo sabe ni lo sabrá.» Catherine asumiría su responsabilidad. Y Marie no llegó a decir que, en esos asuntos, siempre son las mujeres las que asumen. No hacía falta decirlo.

En la estación Bastille, Catherine se levantó, descendió al andén, enfiló un pasillo, subió una escalera, enfiló un segundo pasillo y una segunda escalera, un pasillo más y una escalera más, una puerta automática y acto seguido el andén en dirección a Porte-Maillot. El metro que llegó estaba a rebosar, pero se vació en Hôtel-de-Ville, donde Catherine pudo sentarse. La consulta del doctor estaba en la rue Saint-Florentin. Marie le había explicado que había una salida de

metro justo al final de la calle. Tenía cita. El médico la esperaba y sabía a lo que iba. Catherine no había querido saber por qué Marie conocía a un médico del distrito VIII: ella siempre tenía un primo que… En cualquier caso, había sido categórica: «No vas a ir a ninguna de esas mujerzuelas que te lo hacen con ramitas de perejil o con varillas de hierro. Es demasiado arriesgado». Acto seguido le contó varias historias de mujeres que habían muerto por infecciones (septicemia, dicen los médicos); una de ellas se había quedado sin una gota de sangre. «Conozco a un doctor –había dicho entonces Marie–. Claro que será un poco más caro, pero te hará una rebaja porque eres amiga mía.» El precio en cuestión seguía siendo bastante elevado, especialmente para el salario de una maestra. Pero el médico se arriesgaba mucho. Después del millón y medio de jóvenes franceses que los gobiernos habían sacrificado en los campos de batalla, impedir el nacimiento de un niño sería un crimen contra la nación, una retórica cuya lógica dejaba mucho que desear, pero que había inspirado a los legisladores (hombres, naturalmente). Resumiendo, el aborto era un crimen, de modo que era caro. Catherine todavía conservaba algo de la herencia de su abuela bretona. Había metido los dos mil francos que le pedían en un sobre, y éste a su vez en el fondo de su bolso: aproximadamente dos meses de su salario. Oficialmente iba a la consulta del médico porque tenía dolores de vientre.

El metro llegaba a la estación Concorde. Una muchedumbre o, mejor dicho, varias muchedumbres se empujaban en direcciones opuestas y chocaban violentamente en el pasillo. Catherine oyó exclamaciones, gritos, «¡Abajo los ladrones!», alaridos y otros ruidos, choques, que provenían del exterior y que ella no comprendía. Temió que la arrastraran, pero consiguió abrirse camino y alcanzar una de las salidas de la izquierda, la primera que vio, pensando que encontraría fácilmente la rue Saint-Florentin una vez estuviera fuera.

Salió a una esquina de Tuileries. La naturaleza de aquel clamor se aclaró: identificó algunos eslóganes, ráfagas de disparos, de ametralladoras sin duda, un enorme jaleo, algunos incendios en la plaza, un autobús en llamas volcado que iluminaba vagamente la estatua de Strasbourg; más lejos, el obelisco y gente corriendo, boinas, camisas de color. Hasta ese momento no recordó que aquella tarde se habían convocado varias manifestaciones: Acción Francesa, los excombatientes, los de la Cruz de Fuego… La gente gritaba: «¡Dimisión! ¡Dimisión!». Entonces comprendió el consejo que le había dado su vecino, el ingeniero, al que había saludado en la estación de Lancry. Catherine era una mujer moderna, plenamente consciente de que vivía en el siglo XX, y no en la Edad Media, como decía a menudo. Ni su educación ni su fe cristiana le impedían amar la libertad. Ni la vida ni la situación por la que atravesaba el mundo la

dejaban indiferente, incluso colaboraba con el sindicato de maestros, aunque sus problemas personales actuales habían relegado a un segundo plano en su conciencia los acontecimientos de la vida política. Estaba enterada, por supuesto, de la muerte de Stavisky y de la caída del Gobierno de Chautemps, pero, absorbida por su problema aquellas últimas semanas, había seguido la actualidad de lejos. Al mismo tiempo recordó también que el objetivo de los manifestantes era la Cámara Baja, justo al otro lado del puente, donde se iba a presentar el nuevo Gobierno. La policía, por supuesto, trataba de impedirles llegar. Catherine se encontraba en medio de aquel follón de milhombres, de delincuentes, de miembros de la Cruz de Fuego, de delatores, de patriotas, de escultistas, flores de lis sobre banderas tricolores. Decididamente, aquel martes no había sido una buena elección.

Aun así, necesitaba acudir a la rue Saint-Florentin. Apenas tenía que cruzar la rue de Rivoli. Apenas… si no fuera porque esa calle estaba bloqueada, atestada por una agitada muchedumbre, en vista de lo cual habría de atravesar aquella marabunta sin dejarse arrastrar y evitando que la agredieran. Muchos de aquellos hombres, sobre todo había hombres, iban provistos de proyectiles o blandían bastones. A pesar de todo, Catherine se esforzó por avanzar, aunque seguía en la acera de Tuileries. En cualquier caso, estorbaba. Algunos jóvenes bien vestidos arrancaban adoquines que ellos mismos, u otros como ellos, arrojarían a los policías. La empujaron sin contemplaciones, de manera que volvió a encontrarse zarandeada por la muchedumbre, aturdida, desamparada, presa del pánico, arrastrada, a veces incluso llevada en volandas contra su voluntad. Trató de defenderse, de luchar. Pero fue en vano. Se ahogaba. Los flashes de las cámaras fotográficas que crepitaban a su alrededor la deslumbraban. Iba a desmayarse, a caerse; la pisotearían, la aplastarían. Oía, más fuerte que los aullidos de los manifestantes, una trompeta, e inmediatamente después, los relinchos y los cascos de los caballos. La última cosa que vio fue el reflejo de un flash sobre la reluciente cruz de un caballo por encima de ella.

Trató de abrir los ojos. Estaba tumbada sobre una camilla y le dolían terriblemente la cabeza, el pecho, el brazo izquierdo, el vientre. Se oía todavía mucho ruido y trajín. Perdió el conocimiento de nuevo.

No se despertó del todo hasta mucho más tarde. Estaba en una cama de hospital, seguían doliéndole el vientre y la cabeza, y llevaba un vendaje alrededor del cráneo, como constató con su mano derecha. También tenía vendada la mano izquierda. Una enfermera joven, ajetreada pero sonriente, iba de cama en cama.

«¿Cómo se encuentra, jovencita? Es normal que esté dolorida

después de los golpes de anoche. Pero no tiene nada roto: tranquilícese. Enseguida pasará a verla un médico. Estamos desbordados y vamos con un poco de retraso», le dijo a Catherine, y a continuación le preguntó su apellido.

«Haas, con dos aes, ¡vaya, vaya! ¿Y tiene nombre de pila?»

Catherine respondió a sus preguntas y, súbitamente inquieta al volver a la realidad, preguntó dónde estaban sus cosas.

«Su ropa está ahí. No en muy buen estado. En fin, usted verá.»

Luego, al enterarse de que Catherine era maestra y vivía en el boulevard Magenta, la enfermera se extrañó.

«Pero ¿qué hacía usted en medio de aquellos exaltados? ¡Ésa no es su lucha! ¿Qué le ha hecho a usted la República?»

Catherine respondió que se encontraba allí por casualidad, que pasaba por allí, que iba a casa de unas amigas. La enfermera la escuchaba no muy convencida. Por si fuera poco, Catherine se enredaba. Cuando por fin recordó lo que realmente estaba haciendo en la place de la Concorde, preguntó nerviosa por su bolso.

«No llevaba ningún bolso cuando la trajeron. De lo contrario, habría comprobado su documentación y no tendría que haberle preguntado su nombre ni su dirección.»

A Catherine le entró el pánico: necesitaba su bolso, insistió, como si la enfermera pudiera hacer algo. Hablaba atropelladamente mientras pensaba, como es natural, en los dos mil francos.

«La documentación da lo mismo. Se la volverán a hacer. Lo importante es que está viva. ¿Se da cuenta de lo que le habría podido pasar? Espero que la próxima vez se comporte con más sensatez.»

Y se ocultó tras la cortina para atender el lecho vecino, lo que dejó a Catherine en un estado de gran confusión mental. Había faltado a su cita y perdido su dinero. Ya no podría pagar al amigo de Marie. La situación no era como para echar las campanas al vuelo. Cuando llegó el médico, trató de incorporarse.

«Ajá, la señorita tiene nombre. Buenos días, señorita Haas. No tiene nada roto, ¿no se lo ha dicho la enfermera? Un esguince en la muñeca izquierda: nada grave. ¿No será usted zurda? La cabeza le dolerá hoy un poco y seguramente también mañana; voy a darle unas pastillas. Es usted maestra, ¿no es así? No, hoy no trabajará, es tarde en cualquier caso; sus alumnos están en el recreo en estos momentos. Mañana es jueves, descanse y, si es absolutamente imprescindible, el viernes ya podrá volver a sus clases. ¿No se habrá olvidado de multiplicar? A ver, ¿ocho por siete? Bueno, al menos sonríe. Vamos a ponerle una ambulancia para que la lleve a su casa: no puede coger el metro en este estado, y menos todavía con esa ropa. ¿No estaba su marido con usted? Estará preocupado.»

Catherine hizo esfuerzos por responder, pero estaba pensando en

su bolso y, sobre todo, en sus dos mil francos. Aquello era una auténtica catástrofe, no sólo un golpe en la cabeza. Pero el médico no había terminado.

«Tengo que decirle algo más. El bebé. Tendrá que intentarlo de nuevo.»

Y al ver que ella lo miraba como si no comprendiera, añadió:

«¿No sabía que estaba embarazada? El golpe le ha provocado un aborto. Pero usted es joven: tiene tiempo de sobra para tener los hijos que quiera.»

LÉOPOLDINE, 10 DE DICIEMBRE DE 1934

–¿Dónde transcurre esta escena?

–En un gran café parisino.

–¿Cómo se llama ese café?

–À Capoulade (cafetería heladería grill-room).

–¿De dónde sale ese nombre?

–¿Del propietario quizá? ¿O de un propietario anterior?

–¿Dónde se encuentra?

–En el número 63 del boulevard Saint-Michel.

–Concrete algo más.

–En París; distrito V; en la esquina norte del boulevard y la rue Soufflot.

–¿Cómo se referiría un geógrafo a ese lugar?

–48º 51’ N; 2º 20’ E.

–¿Cuándo tiene lugar esta escena?

–El 10 de diciembre de 1934.

–¿Qué día de la semana era ese 10 de diciembre?

–Un lunes.

–¿Qué hora era?

–Las doce y cuarto exactamente.

–¿Qué tiempo hacía?

–Parcialmente nublado; más bien agradable; viento moderado por el oeste; la escena transcurre durante un claro.

–Concrete.

–13 ºC; viento moderado del sudoeste.

–¿Cómo calificaría usted la atmósfera del café?

–Cargada; fuerte olor a col.

–¿Quiénes son los protagonistas de la escena?

–Los clientes del café, en la barra o en las mesas; el dueño, detrás de la barra; el camarero que va y viene del comedor a la barra.

–Describa la barra, lo que hay encima y lo que hay debajo.

–La barra es de estaño; encima están los vasos de cerveza, de pastís y de otros aperitivos (Cusenier, Dubonnet, Fernet-Branca), de vino blanco y de vino tinto, con o sin limón; las tazas de café de loza verde (por fuera) y blanca (por dentro) sobre sus platos, con el borde dorado; los ceniceros publicitarios amarillos en forma de triángulos con las esquinas romas, llenos o vacíos; los huevos cocidos en sus soportes metálicos; cruasanes en sus cestillos; serrín, colillas.

–Describa al dueño, su actitud, sus gestos.

–Es un hombre bastante corpulento, con los cuarenta cumplidos, tez llena de manchas rojas, pelo pajizo, cráneo despoblado; tiene un trapo en la mano y está secando vasos sin dejar de hablar con los clientes, excepto cuando grita alguna comanda a través de la ventana que hay a su izquierda, entre la cocina y el comedor.

–Califique su forma de hablar.

–Incontenible verborrea; asentimiento a todo lo que dicen los clientes; lugares comunes.

–Ponga algunos ejemplos de esos lugares comunes.

–«No me diga», «¡Ay, los jóvenes de ahora!», «¡A la guerra los mandaba yo!», «¡Mávalecucharkacerselsordo!», «Nitecuén».

–Describa a los clientes que participan en esta conversación.

–Tres hombres prácticamente de la misma edad que el dueño; uno lleva un gorro de lana a cuadros, y los otros dos, boinas negras; los tres llevan cazadora de cuero; uno de los de la boina tiene una colilla apagada y amarilla pegada en la comisura de los labios.

–¿En qué puntos difieren sus opiniones?

–El fútbol, Violette Nozière, el amaño de las carreras de caballos, la cerveza antes de comer.

–¿Hay otros clientes en el café?

–Hay mucha gente; hay otros clientes en la barra y todavía más en el comedor, cuyas mesas están ocupadas en su mayoría.

–¿Qué hacen esas personas?

–Beben, comen, hablan.

–Reproduzca esas conversaciones.

–Uno cuenta un accidente: dos coches han chocado de frente, un muerto y diez heridos, él estaba presente, o casi, pues uno de sus vecinos se encontraba allí, lo vio todo y se lo contó; tres viejos comentan la copa de Francia de fútbol; seis hombres todavía jóvenes, seguramente profesores, hablan ruidosamente de matemáticas; un cliente con pinta distinguida lamenta que no se represente La viuda alegre durante los pocos días de su estancia en París; otro ha asistido la víspera a una manifestación de amputados, en la escalinata de la Ópera, en fin, sonríe burlonamente, los que no estaban en sus carritos estaban en los escalones; su interlocutor le muestra la portada de Le Petit Parisien, mira, éste también es uno de ellos, «el hombre del día» es un mutilado; como mi cuñado, dice un tercero en discordia, que ha perdido el ojo derecho y la pierna izquierda; en otra mesa se habla de Violette Nozière, ¿la indultarán?, se preguntan.

–¿Cómo calificaría usted a la clientela?

–Entre popular y acomodada; jóvenes y viejos; profesores de la Sorbona y taxistas; masculina.

–Concrete esto último.

–No hay más que tres mujeres; una cuarta trabaja en la cocina; se

oye su voz cuando una comanda está lista, pero no se la ve.

–Describa a esas tres mujeres.

–Dos de ellas tienen unos cuarenta años, sombreros planos tipo boina y traje de chaqueta gris; una lleva un camafeo y la otra un broche esmaltado; hablan mientras comen endivias braseadas.

–¿Dónde está la tercera mujer?

–Está de pie, en la barra.

–¿Y bien?

–Un lugar raro para una mujer, sobre todo sola, sobre todo de su edad.

–¿De qué edad?

–No más de veinte años.

–Descríbala.

–Melena larga, pelirroja; no lleva sombrero, sino una diadema verde; el abrigo, negro, cerrado; está tomando un café; las manos casi siempre en los bolsillos; su actitud es prudente y reservada, de manera que los hombres que hay en la barra no se dirigen a ella.

–¿Qué hacen esos hombres?

–Uno lee L'Humanité; los otros tres, Le Petit Parisien.

–¿La chica lee algún periódico?

–No, no lee ningún periódico.

–¿Qué hace entonces?

–Piensa en algo; parece estar inmersa en sus pensamientos; escucha lo que está diciendo el dueño como si tal cosa.

–Piense en un nombre para la chica.

–Se llamará Léopoldine Haas.

–¿Qué explicación tiene ese nombre tan poco común?

–Su madre había leído, en la escuela municipal, el poema de Victor Hugo «Mañana, al alba, cuando el campo blanquee»,[1] y le había gustado mucho. Decidió ponerle el nombre de la hija muerta del poeta.

–Invéntese una historia folletinesca con la chica como protagonista y cuéntela.

–El padre de la chica era un obrero llamado Albert Haas; murió de tuberculosis hace un año; la madre es empleada de una imprenta y se llama Françoise, Françoise Haas; dos semanas antes de que tenga lugar esta escena, la madre ha confesado a la hija, como le había prometido hacer a su marido, que él, Albert Haas, su padre según el registro civil, no era su verdadero padre; durante la guerra, Françoise, que trabajaba en la imprenta Delagrave, rue Soufflot, había tenido una breve aventura con el hijo del dueño de un café del barrio; la guerra y la cercanía posible de la muerte sin duda aceleraron los acontecimientos; Léopoldine había sido concebida durante un permiso y, durante otro permiso, Françoise se casó con Albert; la niña nació en 1916; Albert

había vuelto sano y salvo de la guerra (la tuberculosis no cuenta) y los tres juntos habían vivido felices –como se dice en los cuentos– en otro barrio de París, place du Combat; al sentir la muerte próxima, Albert había convencido a Françoise de que quizá a Léopoldine le gustaría tener un padre, y que al hijo del cafetero quizá le gustaría tener una hija, y que, en cualquier caso, era la chica la que debía decidir; Léopoldine tiene la cabeza bien amueblada y una buena espalda; sabe perfectamente quién es su verdadero padre y, si bien ella admira sus escrúpulos y su delicadeza, no está del todo convencida de que haya hecho bien al darle a conocer esta información; pero, por respeto a esa promesa, ha decidido ir a ver a ese hombre; lleva en el cuello la cruz de su madre.

–Trate de evitar los tópicos.

–Es una cruz de oro, vulgar y corriente: no hay ninguna posibilidad de que el cafetero la reconozca; además, la lleva bajo el abrigo, que no se ha desabotonado.

–Bien resuelto.

–¿Qué profesión tiene?

–Es obrera.

–Obrera es una clase social, no una profesión. ¿Qué profesión tiene?

–Es fresadora.

–¿Dónde ejerce ese oficio?

–En quai de Javel; en las fábricas de la Citroën.

–¿Podría explicarnos en qué consiste su trabajo?

–Fresa las tuercas hexagonales de latón o de acero.

–¿Y hace muchas?

–Produce alrededor de tres mil al día.

–¿Para qué sirven esas piezas?

–Se emplean en algunas partes de los coches, pero Léopoldine Haas no sabe cuáles son.

–¿Cómo calificaría usted este trabajo?

–Alienante, repetitivo, cansado, peligroso, mal pagado.

–¿Cómo es que se encuentra en un café del barrio latino un lunes a la hora del almuerzo?

–Ese día trabaja en el turno de tarde y ficha a la una y media. Por eso está allí, en un extremo de la barra de estaño, desde donde observa y oye al dueño del café.

–¿Qué oye?

–Un griterío, exclamaciones que escapan de ese griterío: «Marcel, tráenos una jarra, por favor», «Yo estaba en los cazadores de montaña», «En la carretera de Saint-Cyr», «Una de esas busconas, no te digo más», «El cálculo diferencial, durante veinticinco años»,

«Conozco a una mecanógrafa que», «¿Se da cuenta?, el pobre tipo, muerto por dos francos»; el camarero que grita los pedidos: «Tres cabezas de ternera», «Un café», «Y un carajillo de ron», «Un bocata de salchichón con mantequilla»; el silbido de la cafetera de vapor; el choque de su pulsera contra la barra al apoyar la taza; la puerta que se abre y se cierra; el leve ruido sordo de un huevo cocido al golpearlo contra la barra de estaño; el encargado pontificando.

–¿Qué dice mientras se bebe el café?

–Participa en varias conversaciones al mismo tiempo dando siempre su opinión; quiere que el camarero le dé la razón cuando sostiene que el trabajo de los Nectars, los repartidores en triciclo de Nicolas, no se puede comparar con el de los camareros de los bares; critica la forma en que jugó el Red Star, al que Quimper hizo morder el polvo ayer en el transcurso de un partido de la Copa de Francia, «¿Y tú llamas a eso fútbol?»; pide que se deje ya de hablar de «esa puta de Nozière» y añade que el tipo de Grisy que ha matado a su mujer ha hecho bien, al fin y al cabo ella le había jurado fidelidad, «no tenía que haberse ido».

–Describa los pensamientos de la chica.

–Le ha entristecido oírlo decir que «la Nozière se acostaba hasta con judíos y árabes»; le ha sorprendido que se volviera hacia ella y añadiera: «Tome nota, queridita»; se pregunta cómo sería diecinueve años atrás para haber gustado a Françoise, al menos fugazmente, con más pelo, a buen seguro pelirrojo; le suprime mentalmente la barriga, pero no consigue olvidar sus palabras.

–¿Cuánto tiempo le ocupan esos pensamientos?

–Algunas fracciones de segundo.

–Cuente qué hace a continuación.

–Deja una moneda sobre el mostrador y dice: «Yo no soy su queridita»; se da media vuelta; abre la puerta de cristal sin escuchar a los hombres del bar reír socarronamente; respira el aire fresco, el viento frío del bulevar, y se dirige hacia el cruce con Odéon, donde cogerá el metro para volver a la fábrica.

–Describa qué cambia su ausencia en el ambiente del café.

–Nada.

–Sea más precisa.

–Las dos mujeres en traje de chaqueta continúan comiendo sus endivias y recitando poemas de Théophile Gautier; los lectores de Le Petit Parisien siguen comentando el accidente de Saint-Cyr o la derrota del Quimper; los taxistas bebiendo copas; la cocinera, llenando tazones de sopa de col; los seis matemáticos, discutiendo su tratado de cálculo diferencial; el encargado, quejándose de la época que nos ha tocado vivir; el ruidito del huevo cocido al cascarse sobre la barra de estaño grabándose en las cabezas.

PÉROLINE, 14 DE ABRIL DE 1935

Ya es domingo, pero no desde hace mucho. Es noche cerrada cuando un hombre da unos golpecitos en los postigos de la ventana de la señorita Haas. Ha llegado en su carriola. «Es por mi mujer. Cree que ya está a punto», dice. Péroline está acostumbrada. «Vamos a verlo», responde. Como profesional eficaz que es, está lista en un segundo. Sube a la carriola con el hombre: será lo mejor, así le dará tiempo a terminar de despertarse; la granja está apenas a tres kilómetros, algo retirada de la carretera de Périgueux. Al hombre sólo lo conoce de vista: nunca ha hablado con él, tampoco con su mujer. Hace tiempo que no los ve; no la han consultado durante el embarazo, a pesar de que ella sabía que la mujer estaba encinta: en los pueblos se sabe todo. En la carriola, el hombre dice: «Es primeriza». Y nada más. Es un hombre poco hablador, piensa Péroline. Le hace algunas preguntas para hacerse una idea del momento en que se encuentra el parto, pero él no lo sabe. Poco hablador, además de un poco asustado, piensa, pero a esto también está acostumbrada.

Al llegar a la granja, salta de la carriola con el maletín en la mano. La casa no es grande; la cama de matrimonio está en una habitación oscura; hay dos perros y la chimenea está encendida. La mujer es muy joven, más incluso que Péroline. Está tumbada, acurrucada y gime sosteniéndose el vientre. Péroline se acerca, deja el maletín junto a la cama, en el suelo de tierra; pone la mano en la frente de la parturienta (esta palabra la aprendió en la escuela; no la suele pronunciar nunca, pero le es útil para pensar). Comprueba que la mujer no tiene fiebre. Se presenta:

–Nos hemos visto ya antes. Me llamo Péroline Haas; soy la comadrona.

–Yo me llamo Faure Hélène –dice la mujer esbozando apenas una sonrisa.

–¿Me permite? –pregunta Péroline mientras le retira la manta–. Señor Faure, ¿le importaría sacar a los perros? –Y añade–: ¿Podríamos tener algo más de luz? ¿Y sábanas limpias? Para recibir a su hijo necesitamos unas sábanas bonitas.

A pesar de que Péroline no tiene más que veintidós años, ejerce su oficio desde hace dos y éste es su parto número treinta y seis (sin contar los de sus dos años de escuela). Sabe cuándo hay que mostrarse autoritaria: «Vamos, señor, dese prisa». Sabe también serlo con amabilidad: «Y luego hierva un poco de agua». No le deja protestar:

«No, el agua del pozo no es buena, no puede serlo con ese montón de basura al lado. Hay que hervirla». El hombre obedece mientras ella ayuda a la mujer a ponerse más cómoda. El holgado camisón que lleva será perfecto para el parto. La joven señora Faure sabe por dónde va a salir su bebé. Péroline recuerda a una cándida mujer a la que ayudó a dar a luz hacía unas semanas y que no lo sabía. Ésta sí lo sabe, pero eso no evita que tenga miedo. Las sábanas limpias que ha pedido resultan ser sábanas nuevas, de lino rígido. «Es su ajuar, ¿no es cierto? ¡Tiene unas sábanas muy bonitas!», le dice amablemente.

Péroline se lava las manos. En casa de los Faure hay jabón. No es lo habitual, por eso lleva siempre un trozo en el bolso. Hay también dos lámparas (de petróleo). Péroline hace la cama ayudada por el marido y a continuación empieza a examinar a la mujer. «Ya está a punto», dice, y le muestra el grado de dilatación con los dedos. Le palpa el vientre: «Muy bien, dice, tiene la cabeza hacia abajo.» A la pregunta que sigue responde que no, por supuesto, que no sabe si es un niño, que se refiere al bebé. Pero si es una niña también está bien. «Vamos a ver, dice. Vamos a tener que abrir un poco más para que pueda salir este bebé. Pero tenemos tiempo, apenas son las tres y media.» La mujer, nerviosa, mira el maletín que hay al lado de la cama. «No se preocupe. Yo no llevo fórceps. Es usted la que va a ayudarle a salir. De todos modos, ese instrumental es para los doctores. Yo tengo mis manos.» Y se las enseña: pequeñas y fuertes. «Manos de comadrona, me decían cuando era pequeña.» Con una mano presiona el vientre de la mujer, que hace gestos de dolor, gime y confirma que las contracciones son cada vez más dolorosas. «No se reprima si quiere gritar», dice Péroline. Y añade: «No se preocupe: todo va a ir bien. No es la primera mujer que da a luz. Y usted, señor, deje ya de temblar, a usted no le va a doler. Y colabore un poco. Estoy segura de que hay cosas que hacer en su casa. Por ejemplo, estoy convencida de que no ha desenganchado el caballo todavía». El marido sale. Péroline ahueca la almohada de la mujer y le habla suavemente.

–¿Viven ustedes solos?

–Sí, mi padre y mi suegro murieron en la guerra. Mi madre también está muerta. Tuberculosis. Yo tenía trece años. Mi suegra vive en Bergerac, en casa de mi cuñada, que también está embarazada y va a dar a luz dentro de poco. Es su hija, al fin y al cabo.

Positivo, en un sentido, se dice Péroline, pues así no tendrá encima a todas las mujeres de la familia. Habrá que ver si el marido es capaz de ocuparse después de las otras dos. Mientras tanto, es Péroline la que hace el café: el marido, que ha vuelto a entrar, parece incapaz de hacerlo. Pero al menos sabe dónde están el café, el molinillo y la cafetera. Péroline le explica también cómo debe alimentar al bebé y le

da algunos consejos de higiene, que no son superfluos en una zona rural donde muchas personas creen todavía que es bueno dejar al niño empaparse de orina. Péroline no lo verbaliza, pero, mientras seca la frente de aquella muchacha, piensa que lo peor que ha visto en cuestión de higiene no ha sido entre los campesinos del Périgord, sino entre los famosos profesores del hospital, cuando estaba en la Escuela Departamental de Comadronas. Ninguna higiene. Quizá encontraban inútil tomarse tantas molestias por las madres solteras y demás pordioseras que iban a parir al hospital. Las alumnas estaban indignadas (pero nadie decía nada). Le explica cómo debe fajar al bebé, bien apretado, para evitar que más adelante tenga las piernas torcidas. «No se preocupe. Le enseñaré cómo hacerlo», dice.

Luego el hombre va a atender a sus animales, da de comer a las gallinas, ordeña y lleva al prado a las dos vacas que tienen al otro lado del tabique. Cuando vuelve, Péroline le pide que se lave las manos y que le enseñe lo que han preparado para el bebé. Hay una cuna mecedora que debió de ser del hombre o de algún otro; en cualquier caso, se ve que está usada, y hay ropa blanca dentro.

–Mi madre nos ha bordado las sábanas –dice el hombre.

–Son muy bonitas –contesta Péroline.

Ha amanecido. Péroline espanta a una gallina que se ha asomado para curiosear y cierra la puerta. El ritmo y la fuerza de las contracciones aumentan, acompañadas en ocasiones por gritos de dolor e incluso algunas veces por «No puedo más. ¡Que se acabe ya!». Péroline se dirige con dulzura a la mujer y le explica lo que está pasando en su cuerpo.

La mujer rompe aguas. «Todo va bien: no se preocupe, ahora sale, ánimo.» Al poco: «Ya terminamos, pequeñín. Empuje, ayúdelo. En una hora hemos terminado». La mujer está acostada boca arriba con los ojos desorbitados, las piernas abiertas, las manos enganchadas a sus rodillas levantadas. Péroline, ayudándose de un hilo encerado, sumerge sus tijeras en agua hirviendo. En una esquina de la chimenea prepara un barreño con agua templada. Le pone a la mujer un cojín debajo de la espalda mientras continúa dándole ánimos y le coge una mano. De pronto aparece el pelo del niño. Péroline extrae la cabeza. «Aquí está, ya lo tengo, no empuje más.» Extrae los hombros, luego un brazo, luego el otro. «Empuje un poco más.» No se oye nada, ningún grito, ningún gemido, ninguna palabra: las dos mujeres están concentradas. «¡Aquí está! ¡Es una niña! ¡Bienvenida, señorita!» La mujer sonríe por fin. Detrás de Péroline, el marido llora, de felicidad o quizá simplemente de alivio: se acabó. Péroline seca al bebé y le da un pequeño azote en las nalgas, lo que hace que la niña dé un gritito. «Bonita voz, y potente», dice Péroline, que coloca al bebé con cuidado sobre el vientre de su madre. La mujer empuja todavía un poco y

expulsa la placenta.

Péroline comprueba que no sangre demasiado. Liga el cordón con el hilo encerado y dice a los padres: «No toquen esto. Yo me ocupo del hilo». Sólo queda asear un poco a la mujer con la palangana y la jarra de agua que lleva en el maletín. También hay que bañar a la niña. Con la mano comprueba la temperatura del agua y sostiene al bebé en la palangana de cinc. Lo seca y le pone unas gotitas en los ojos; acto seguido lo faja mostrando al marido cómo debe hacerlo y le da de beber un poquito de agua azucarada. «No tiene que darle el pecho todavía», le dice a la madre. La pequeña llora.

–Por ahora se acabó. Todo ha ido muy bien. Y tú, pequeñita, has sido muy rápida. Ni siquiera hemos perdido la misa. ¿Tiene un poco de vino para su esposa? Para reponer la sangre que ha perdido. –La mujer, pero también Péroline y el marido, brindan. Péroline acepta un trozo de pan y queso–. Tiene que ir al Ayuntamiento a inscribir a la niña. Mañana por la mañana está bien –le dice al marido–. Sí, al cura también, pero antes al Ayuntamiento. Y tiene que ir acompañado de dos testigos. Deberá decir que nació a las diez y media de la mañana. Por cierto, ¿cómo se llama? –Los jóvenes padres se miran.

–Creíamos que sería un niño. Habíamos pensado Léon, como mi padre.

–¿Y no han pensado ningún nombre de niña?

–Tenía el vientre hacia fuera, y nos dijeron que eso era porque llevaba un chico.

–Pues entonces Léontine –dice Péroline.

–No, no, llamaremos al niño Léon: vamos a tener más.

–Pero no enseguida –se queja la mujer.

–Jeanne, ¿cómo tu padre, Jean?

–Entonces Jeannine: es más cariñoso.

–Bueno –dice Péroline–, tienen tiempo hasta mañana. Coja a su hija en brazos.

El hombre está asustado. «Eso es, con cuidado. Sosténgale la cabeza erguida. Así está perfecto, me parece que voy a dejarles pasar el domingo en familia. No, no, vuelvo a pie; no vivo lejos, a poco más de media hora. Usted se queda con las señoras. Esta tarde volveré a ver cómo va todo, y probaremos a darle de comer. No, no se preocupe, vendré en bici.» El hombre pregunta, incómodo, cuánto le debe. «Ya haremos cuentas al final –responde Péroline–. Todavía nos veremos más veces. ¡Hasta la tarde!»

No son más que las once y media de la mañana, pero la noche ha sido corta y la mañana larga. Péroline empieza a estar cansada. Volver caminando por la carretera la relajará después de las horas pasadas en la habitación a oscuras. Sale del camino y coge la carretera comarcal.

El ruido de un motor la hace apartarse, pero el coche frena o, mejor dicho, el hombre que conduce el coche frena y se detiene a la altura de Péroline. Saca la cabeza por la ventanilla y la llama: «¡Señorita!». Péroline es una joven bien educada y no responde.

–Supongo que le han enseñado, señorita Haas, a no responder a desconocidos por la calle. Pero debo decirle que esto no es una calle, sino una carretera, por una parte, y, por la otra, que no soy ningún desconocido, puesto que sé cómo se llama.

–Eso no significa que usted no sea un desconocido, a lo sumo quiere decir que yo no soy una desconocida para usted –responde Péroline sin poder contenerse.

–Un punto a su favor. ¿Quiere saber por qué sé cómo se llama?

–…

–Sé que usted es la sucesora de la mujer que me trajo al mundo. Y, por lo que veo, una comadrona tan buena como ella.

Péroline se decide a contestar al desconocido y no puede evitar sonreírle. No parece desagradable, sino más bien amable, y ella está cansada.

–Me llamo Quentin. Quentin Daniel. Soy el menor de los Daniel que usted conoce. El herrero. Y ahora ya no puede decir que soy un desconocido.

–Yo no he dicho nada.

–¡Pues dígalo!

Péroline no contesta y echa a andar de nuevo. Él mueve un poco el coche.

–¿Está dando un paseo?

–Vuelvo del trabajo.

–¡Ah! Ha nacido alguien un domingo por la mañana. ¡Mi prima Hélène ha dado a luz! ¿Lo he adivinado?

–¿Es su prima? Pues mire por dónde va a ser el primero en saberlo, ha tenido una niña. Pero no me pregunte cómo se llama.

–La mañana ha sido larga, entonces. La llevo, ¡suba!

–No, no, no se preocupe. Prefiero volver andando.

–De acuerdo, entonces yo también volveré andando.

Aparca el Citroën a un lado de la carretera. «Me sentará bien el paseo. A la vuelta también, ¡después de la comida de mamá!» Es encantador, piensa Péroline, pero dice: «¡Está loco!».

Durante la media hora en que Péroline pasea con el no-desconocido, el cada-vez-menos-desconocido, la conversación no gira en torno al tiempo que hace (un poco fresco, algunas nubes amenazadoras, pero no desagradable) ni en torno a la actualidad política. Hablan de sus orígenes (el abuelo Haas, que había llegado a París procedente de Alsacia en 1870; el padre –su hijo menor–, que desempeñó diferentes oficios en París antes de instalarse

definitivamente como carpintero en Ribérac, donde había nacido Péroline; la familia Daniel siempre había vivido en el pueblo donde Péroline encontró trabajo); hablan sobre la vida (el tercer hijo Daniel, auxiliar de farmacia en Périgueux, que vivía en esa ciudad e iba todos los domingos a ver a su familia, a su madre, que piensa que Périgueux está muy lejos, aunque menos lejos que París, adonde Péroline ha ido ya tres veces, a casa de una prima música; Quentin no ha visto en su vida un piano. Tampoco el mar, algo en lo que ambos coinciden). En el momento de separarse, ante la puerta de la casa donde vive Péroline, a la entrada del pueblo, la joven escucha a Quentin decirle que por supuesto él tendría tiempo para enseñar a conducir a una joven comadrona que estuviera pensando en comprar un coche para trabajar. Las persianas siguen cerradas, va a acostarse un rato, agradece la proposición sin decir que ella no podrá comprarse un coche nunca y tiende la mano sonriendo.

«¡Tiene un buen apretón de manos!»

CLAUDINE, 19 DE MAYO DE 1935

París, 20 de mayo de 1935

Mi querida primita:

Recibí tu carta en la que describías tu parto número treinta y seis. Eres muy valiente entablando conversación de buenas a primeras con un desconocido en la carretera y, encima, de noche. Espero noticias, sobre todo del joven. ¡Estoy impaciente!

Y ahora me toca a mí contarte lo que hago yo. Hoy nada de cantante egocéntrica a la que hay que acompañar y animar, nada de niños a los que voy a dar clase, «Mano izquierda, mano derecha, ahora las dos manos juntas, léeme esas notas…», mientras sólo piensan en ir a divertirse. Nada de golpes con el mango de la escoba en el techo porque a mis vecinos de arriba no les gusta la música.

Mi jornada de ayer empezó, como todos los domingos, por el mercado; luego, misa en Santa Margarita y, a la hora en que los gritos de los niños confirman que, en el primer piso, los vecinos ya están despiertos, hice algunas escalas y ejercicios al piano. La tarde en cambio fue más original: ¡fui a manifestarme! Mi vecina de la segunda planta, Jeannette, de la que ya te he hablado, me convenció y, tal y como habíamos decidido el sábado, llamó a mi puerta sobre la una y fuimos juntos ella, su marido y yo. En Faubourg-Saint-Antoine, recogimos a una de sus amigas, que también es comunista. Se llama Églantine y es secretaria. Es una guapa morena con una frente muy alta, las cejas bien depiladas, una boca fina y los labios muy pintados. Es claramente más joven que yo, pero probablemente tenga más años que tú (menos de treinta en cualquier caso), muy vital e increíblemente llena de energía. «¡Tú eres la pianista!», me dijo, y me dio enérgicamente la mano. Fuimos hasta la place de la Nation. Había ya mucha gente y una muchedumbre cada vez más numerosa que salía del metro, con pancartas enrolladas y banderas. A sugerencia del marido de Jeannette, nos quedamos en una acera para ver el principio del desfile.

No tuvimos que esperar mucho tiempo. Primero salieron los comuneros: se celebraba el aniversario de la Comuna de 1871. Fácilmente puedes hacer el cálculo que yo hice mientras los veía pasar: los que tenían veinte años en 1871 hoy tienen cerca de ochenta y cinco años… Tal vez entre ellos hasta había hijos de comuneros. A continuación, iban los dirigentes del partido comunista y de la

SFIO.[2] Mis amigos conocían muchos nombres, me señalaban a algunos diciendo: aquél es fulano, aquél es Duclos, aquél es Maurice (Maurice Thorez, por supuesto), aquel otro, el del bigote, es Blum. El marido de Jeannette preguntaba: «¿Por qué no está aquí Jouhaux? Y a Marcel, ¿lo habéis visto?». La gente gritaba: «¡Unidad de acción!», «¡Los soviets al poder!». Pasaron más de dos horas antes de que llegaran las pancartas de París (Églantine quería manifestarse con los del distrito XII, Jeannette con el nuestro, el XI). Era increíble la gente que había, obreros con gorra, algunos con un niño a hombros, niñitas de rosa con el puño levantado y gritando como sus papás «¡Abajo el fascismo!», obreros de la metalurgia, obreros de la construcción, obreros del sector textil e incluso niñas monas de cintura estrecha, con vestidos o con trajes, con blusas bordadas, zapatos de tacón y sombreritos. «¡Qué guapas!», dije en voz alta, y Églantine se burló de mí: «Ya ves, camarada pianista, ¡hasta las obreras se visten bien, para subir al Muro![3] Tú misma, a tu manera, vas muy elegante». Observé que había empezado a tutearme.

¡Pero todavía no he terminado de contarte! El cielo azul, las camisas blancas, las banderas rojas… Había por todas partes grupos de niños sonrientes, con las piernas desnudas, chicos y chicas cogidos de la mano, boinas y fulares, y ellos también gritaban «¡Unidad de acción!». La gente los miraba con emoción, y era de verdad emocionante verlos; incluso yo, que me quejo a menudo de los críos, mis alumnos, los vecinitos, te confieso, querida primita, que estaba conmovida. Los adultos también estaban alegres. Había un nutrido grupo de artistas que llevaban retratos de escritores y de pintores. «Lo ves, camarada pianista –dijo Églantine–, los artistas deben apoyar a la clase obrera.» Otros llevaban una imagen enorme pintada que representaba la caída de la columna Vendôme, ya sabes, durante la Comuna de París, precisamente con una pancarta que decía UNIVERSIDAD OBRERA. Y todo aquello formaba una auténtica marea de alegría y de eslóganes («Viva Stalin», «Viva la paz» y, sobre todo, «Disolución de las ligas fascistas»). Se oía también cantar «Le Temps des cerises»; había un coro cuyo nombre he olvidado, y Églantine me dijo: «Ves, camarada pianista, los músicos también están aquí».

Luego conseguimos meternos en el desfile. Pero tuvimos que esperar un buen rato. Había un gran atasco a la entrada del cementerio, cuya puerta y alamedas son más estrechas que el bulevar. Subimos por entre las tumbas, apretados unos contra otros, sin necesidad de hacer ningún esfuerzo, arrastrados por aquella riada de gente y cada vez más felices. Había una multitud por todas partes. Unos jóvenes con jerséis negros se habían subido megáfono en mano a uno de los monumentos funerarios. Reconocí a Solange, una cantante a la que yo había dado clases. Me hizo una pequeña señal, sin dejar de

cantar. «¿La conoces?», me preguntó Jeannette. «Sí, la acompañé al piano hace dos o tres años. Vive muy cerca de nosotros, además.» «Ya ves, camarada pianista –dijo Églantine–, los del grupo Mars son también comunistas.» Un joven estaba haciéndoles una foto, tal vez para un periódico.

Y luego llegamos al muro de los Federados, arriba del todo, bajo las coronas de siemprevivas rojas. Habían instalado una especie de tribuna para los comuneros, para quienes habían reservado asientos, y para los dirigentes comunistas y socialistas. Desfilamos y, al llegar a su altura, cantamos «La Internacional», y ellos, con nosotros. En las ventanas de un edificio justo a nuestra espalda había gente que también cantaba. Églantine dejó de cantar para susurrarnos: «El que está hablando con Maurice es André Marty. ¡Mira qué guapo es Maurice!». Y era verdad que tenía buena planta su Maurice, con su aspecto joven y desenvuelto, pero te confieso que yo encuentro a Blum más seductor, con su hermoso bigote. Claro que ella es más joven.

Terminamos muy tarde y no llegué a mi casa hasta las nueve por lo menos. Al despedirnos, Églantine me dijo: «Si estás con la clase obrera, camarada pianista, acabas siendo comunista. Es fácil: ve a ver a tu vecina». Le contesté que yo no podía ser comunista, puesto que era católica y, además, había ido a misa antes de ir a la manifestación. «Eso no tiene nada que ver, camarada pianista», me respondió. Al llegar a mi puerta, me despedí de mis vecinos, y Jeannette, ya en la escalera, me dijo: «¡Cuando tú quieras, camarada católica!», y nos echamos a reír las dos.

Si hubiera podido votar, creo que la semana pasada habría votado a los comunistas. Pero, tranquila, que no voy a dejarme convencer. Sin embargo, tengo que reconocer que esas chicas son realmente entusiastas y me gustaría hacer algo con ellas, cualquier cosa…

Discúlpame, querida prima, pero se me ha ido el tiempo volando. Tengo que ir a dar la clase al horrendo pillo de la rue de Choiseul. Te dejo.

TU PRIMA CLAUDINE

Lunes noche

Mi querida prima:

Releo mis últimas líneas un poco confusa. Al regresar, he pasado a ver a Jeannette y le he dicho que sí, que quería ser comunista. Iremos juntas a mi primera reunión de la célula el jueves que viene. Te escribiré para contártelo. Supongo que quieres que te explique qué es lo que me ha decidido: la manifestación, sencillamente. Pero no la que te he contado, sino la otra, la de los fascistas. Verás, cuando llegué a la

casa del horrendo pillo de la rue de Choiseul, abrió la criada, por supuesto, pero «madame», como ella dice, estaba en casa, y me habló de aquel «magnífico desfile». «¿Estuvo usted?», pregunté muy extrañada. «Sí, era aquí al lado.» Entonces comprendí que hablaba de otra cosa. Imagínate que, al mismo tiempo que nos manifestábamos en el Père-Lachaise, las ligas fascistas desfilaban en ese barrio, con el pretexto de la fiesta de Juana de Arco. Y madame me contaba con orgullo el perfecto orden en el que las Cruces de Hierro habían desfilado, «como un auténtico ejército», cosa que la tranquilizaba, porque no había duda de que esas milicias nos defenderían de la clase obrera. Aparentemente, no imaginaba que yo, profesora de piano, pudiera ser de otra opinión. Entonces pensé que los artistas debían estar con los comunistas, pero sólo dije: «Espero que el jovencito haya trabajado bien», y me dirigí al salón de música. Como cabía esperar, el horroroso niño bonito no había hecho nada y se dedicaba a destrozar la pieza que estaba tocando, siete notas disonantes en dos líneas de música y, por si fuera poco, con insolencia: «¡Usted no tiene derecho a hablarme en ese tono!». Cuando por fin terminé, cogí el dinero que madame había dejado a la cocinera para mí y me fui andando hasta el metro Bonne-Nouvelle, lo cual me pareció una premonición, pues mi decisión ya estaba tomada (no, prima, esto no es una blasfemia), volví y ya está. No les digas nada a tus padres todavía.

Besos para todos; besos a tu padre cuando lo veas. ¡Y ánimo con los bebés y con sus padres! Te mando la primera plana de L'Humanité (he comprado dos), ¡así podrás buscarme en las fotos!

LÉOPOLDINE, 5 DE NOVIEMBRE DE 1935

Timbre del despertador. Sobresaltarme en mitad del sueño, a tientas apagar, levantarme, titubear, acabar de despertarme, comer un panecillo, vestirme.

Metro. Bajar, esperar, quedarme de pie, salir del vagón, empujar, subir las escaleras, maldecir porque se ha puesto a llover, caminar.

Fábrica, aguacero. Esperar, temer el principio de la jornada.

El 5 de noviembre de 1935 hacía tres meses que Léopoldine Haas trabajaba en la fábrica Alsthom de la rue Lecourbe, en el distrito XV de París.

Tenía un trayecto de cuarenta minutos hasta el trabajo. Afortunadamente, la línea de metro era directa. Fichaba a las siete de la mañana. Debía llegar con mucha antelación para asegurarse de no hacerlo con retraso. Fichar con un minuto de retraso significaba trabajar una hora sin salario. Tener que esperar (bajo la lluvia) delante de la reja cerrada era una de las primeras agresiones que sufría durante su jornada de trabajo.

Timbre, apertura de la reja. Darme prisa, entrar.

Vestuario. Desvestirme, enfundarme la bata gris, ajustarme el pañuelo.

Reloj. Fichar.

Empezar.

Horno escupiendo llamas. Fragor. Recibir ráfagas abrasadoras, meter en el horno treinta bobinas de cobre, cerrar la puerta del horno, esperar, coger el gancho, abrir la puerta, retirar las bobinas, tener cuidado de que no se pierdan en los agujeros, meter en el horno, cerrar, esperar, coger, abrir, acercarme las bobinas, meter en el horno, cerrar, esperar, coger, abrir, retirar, meter en el horno, cerrar, esperar, coger, abrir, retirar, acelerar, meter en el horno, cerrar, esperar, echar una mirada a la derecha, chica morena desamparada, sonreír para infundirle ánimos, no reducir la velocidad, coger, abrir, acercar las bobinas al rojo vivo, meter en el horno, cerrar, esperar, coger, abrir, retirar, tener cuidado con los agujeros, acelerar, no exponerme a las llamas, meter en el horno, tumbar una bobina, cerrar, esperar, coger el gancho, abrir, retirar.

Capataz, cuánto, darme mi merecido, amenazarme con ponerme de

patitas en la calle.

Callarme, obedecer, obligarme a no responder, no meter la pata, no hundirme, tratar de aumentar la velocidad, arder con el calor del horno, treinta pesadas bobinas, meterlas en el horno, alegrarme de las habilidades manuales adquiridas, cerrar la puerta, controlar mis gestos casi al milímetro, esperar, abrir, retirar las bobinas, volver a empezar, volver a empezar, forzar, arriesgarme a quedarme sin pelo, apretarme el pañuelo, meter en el horno, bajar, esperar, abrir, retirar, volver a empezar,

Léopoldine Haas tenía diecinueve años. El trabajo, la fábrica de construcción eléctrica de Alsthom, no era su primer empleo. Había sido fresadora en la Citroën. Siempre había trabajado con hombres. Hacía un oficio de hombre, pero cobraba un salario de mujer.

Como la mayoría de los obreros de Alsthom, cobraba a destajo, es decir en función de lo que producía (del número de bobinas cocidas), y no únicamente en función del tiempo que pasaba en el trabajo. Su tarifa por pieza era inferior a la de los hombres que realizaban la misma tarea. En ocasiones llegaba a ganar siete u ocho francos la hora.

volver a empezar, ignorar, producir, ignorar qué, reflexionar, quemarme, sufrir, no pensar, pensar en no pensar, constatar la contradicción, meter en el horno, bajar, esperar, abrir, sufrir, atraer, meter en el horno, llorar, tragar, retroceder, cerrar, esperar, abrir, retirar, volver a empezar, volver a empezar,

observar a la izquierda a la obrera que prepara las bobinas para cocer, algo retrasada, reducir la velocidad, no ponerla en evidencia, meter en el horno, cerrar, esperar, abrir, retirar, volver a empezar, volver a empezar,

meter en el horno, cerrar, esperar, abrir, echarme hacia atrás ante las llamas, retirar, temer lastimarme, provocarme una herida o la muerte, meter en el horno, no pensar, cerrar, esperar, coger el gancho, abrir, retirar, volver a empezar, volver a empezar,

Timbre de mediodía. Fichar. Estirar las piernas, hacer cola en los aseos, comprobar una vez más que comer cuesta un esfuerzo, esforzarme en hacer ese esfuerzo, alimentarme, repetirme la lista de las operaciones, calcular, anticipar, temer el montante de la paga, decidir ir más rápido.

Volver, fichar.

Golpes de martillo de los caldereros, estridencias infernales de la máquina vecina sobresaliendo entre el inmenso estrépito, aire pesado,

olor a aceite, a metal quemado.

Frente al horno. Volver a empezar, coger las bobinas de cobre, meterlas en el horno, cerrar, esperar, abrir la puerta con el gancho, retirar las bobinas ardiendo, preguntarme cuántas, concentrarme en los gestos repetidos, aspirar a la perfección de una máquina, acelerar.

Bata blanca. Temer, no desagradar, a la vez maldecirlo.

Meter en el horno, cerrar, esperar, abrir, retirar, volver a empezar, entumecerme, soltar el gancho, arañarme, hacer muecas, volver a coger el gancho, utilizarlo para abrir la puerta, retirar, meter en el horno, sangrar, cerrar, llorar, esperar, coger, sufrir, tragar, obligarme a no pensar, obstinarme, retirar, volver a empezar, volver a empezar, meter en el horno las bobinas cada vez más pesadas, volver a empezar.

Pese a gozar de una aguda inteligencia y pese a sus deseos de aprender, Léopoldine Haas no tenía estudios, y menos aún de Filosofía. Así pues, dada su situación, la dialéctica del amo y el esclavo no podía extrañarle, como sí lo hacía, por ejemplo, a su colega morena, lo cual no significa que no dispusiera de medios para comprender el mundo. O que no deseara transformarlo.

Meter en el horno, cerrar, esperar, abrir, retirar, levantar la mirada, mirar al soldador de enfrente, vencer momentáneamente el cansancio para poder sonreír, sonreírle, bajar la mirada para meter en el horno, cerrar la puerta, esperar, coger, abrir, retirar, volver a empezar, volver a empezar, volver a empezar, intentarlo dos veces para cerrar la puerta, temer que las bobinas se quemen, coger el gancho, abrir la puerta, retirar las bobinas, dominar mi torpeza, volver a empezar, volver a empezar.

Timbre. Parar, soplar. Abalanzarme, abalanzarnos.

Fichar.

Vestuario frío. Congelarme después de haberme cocido junto a los hornos, meter las manos bajo el agua helada, tiritar, frotar con serrín para quitar el polvo negro, mirarme en el espejo agrietado que hay encima del lavabo, secar, vendar la mano con un pañuelo, quitarme el de la cabeza, arreglarme, vestirme, charlar, intercambiar noticias, canturrear.

Léopoldine Haas tenía a gala salir de la fábrica limpia e incluso elegante, todo lo elegante posible: ocultaba las manos en los bolsillos.

Salir, oír los ruidos dispersos de la calle, caminar deprisa en la oscuridad en compañía de la chica morena, enterarme de que es

profesora, extrañarme, no entenderlo, desconfiar, darnos la mano, despedirnos, bajar las escaleras, esperar el metro, encontrar un asiento, procurar no dormirme, salir, subir (despacio) las escaleras, respirar el olor de la ciudad, comprar el periódico, entrar en una tienda a por el pan, en otra a por la leche, contar el dinero, dar las gracias.

Volver a casa, abrir el periódico, tratar de pasar las hojas. Examinar mis manos, demasiado rígidas para ese papel tan fino, calificarlas, pesadas, duras, hinchadas, gruesas, entumecidas, magulladas, desolladas, sanguinolentas, agrietadas, resquebrajadas y quemadas, doloridas, curtidas, ásperas, rasposas, juzgarlas, incapaces, imaginarme frente a una manicura, preguntarme sobre la posibilidad de una laca de uñas, de anillos, muy peligroso, de caricias, renunciar a estas ideas.

Comer dos panecillos, beber un tazón de leche caliente para dormir.

Salir al rellano, llenar un jarro de agua, entrar, lavarme, pensar en la ducha del sábado, contar, faltan cuatro días.

Cuando no era esa esclava a secas con la que habría soñado su patrón, Léopoldine Haas se convertía en una persona completamente libre el sábado por la tarde y el domingo. Iba primero a los baños de la rue Oberkampf y luego lavaba la ropa en una jofaina esmaltada; después salía con amigas, iban al cine, a bailar o quedaban con amigos. Pero la pintoresca clase obrera, sus chiringuitos y sus excursiones al campo no son el tema de esta historia ni tampoco lo serían si ésta transcurriera en primavera.

Poner el despertador, acostarme, tratar de leer un poco, demasiado cansada, cerrar los ojos, no poder dormir, tratar de sumirse de nuevo en ese sueño

Volver a empezar

VALENTINE, 16 DE JUNIO DE 1936

Para entrar en las Galeries Lafayette hay que atravesar un doble cordón de seguridad: en el exterior, el que forman los agentes de policía, con quepis y porra blanca, y, en el interior, el de los miembros del piquete de la huelga, repartidores con gorras doradas. Entre los dos, las rejas cerradas, los mostradores vacíos bloqueando las puertas, las persianas bajadas.

Aquí no entra quien quiere: se necesita un pase especial. Como periodista, estoy autorizada a entrar. Alguien sonriente me lleva entonces frente a los representantes de la CGT, empleados con traje y corbata, vendedoras con vestido negro y cuello blanco, sonrientes ellos también, que me reciben de buena gana y me explican sus reivindicaciones. Hay un tablón en el suelo con los nombres de los miembros del comité de huelga y la lista de tareas. Una de las vendedoras, Valentine, mujer joven, morena, con el pelo rizado, propone que me enseñen cómo transcurre el encierro. El propietario puede estar tranquilo, pues sus locales, con las galerías y las escaleras, los adornos y las balaustradas, están perfectamente vigilados por los huelguistas: «Son nuestra herramienta de trabajo», me dice Valentine. Los artículos en venta están asimismo celosamente vigilados: «Somos obreros, no ladrones», añade.

Una pancarta, SOLIDARIDAD CON LA CLASE OBRERA, adorna las forjas de Louis Majorelle.[4] En lo alto de la escalera principal, otras pancartas, bajo el anuncio –rodeado de lazos– GRAN TEMPORADA DE PARÍS, proclaman UNIDOS VENCEREMOS. Como me explica mi informante, «ésa la pusimos cuando vino a hablarnos Léon Jouhaux». Valentine está visiblemente orgullosa de haber recibido al secretario general de la CGT y de que éste viniera en persona a hablar a los empleados de los grandes almacenes. Hoy parece que la ampliación de la majestuosa escalera hasta el primer piso se concibió para recibir a los oradores de un mitin. Se lo digo a Valentine, que suelta una carcajada. Se oyen risas por todas partes. En el transcurso de mi visita, como en la de la fábrica Alsthom (que será el tema de un artículo en nuestro número de la próxima semana), me sorprende ver la alegría que reina en la empresa. Tengo la impresión de que los empleados huelguistas a veces reían por el simple placer de oír sus risas. Cuando se lo digo a Valentine, me responde: «Somos felices». Y añade: «Escuchamos cantar a los colegas sólo por el placer de oírlos».

En este reino de la elegancia, donde incluso después de diez días y

diez noches de encierro los empleados van de punta en blanco, uno se extraña un poco al oír hablar de clase obrera. «Eso es porque usted no sabe cuánto ganamos», explica Valentine. «Reclamamos un salario mínimo de quinientos francos para los jóvenes, mil francos para las dependientas y mil doscientos para los dependientes. Aunque vayamos maquillados y bien vestidos, eso no quita que estemos explotados. Los repartidores llevan gorras doradas, pero suben miles de escalones cada día, cargados como si fueran mulas. A los chicos que trabajan en el servicio de envíos les pagan a destajo, ¿qué le parece? Por no hablarle de las bomberas.» Al ver mi cara de asombro, me explica: «Las bomberas son las modistas que trabajan a domicilio». Es generosa con sus colegas y no habla de las jornadas de trabajo agotadoras de las vendedoras. Bonitos vestidos, medias de seda, una sonrisa permanente, las piernas molidas, la espalda destrozada…

Subimos a otras plantas. En la sección de camping, unas vendedoras sentadas en las tumbonas, entre los quitavientos para la playa y los salabres, charlan animadamente. Valentine me presenta. Aquí también son muy amables conmigo. «Usted nos ve en nuestras tiendas, pero no estamos de vacaciones. Estamos en huelga. Estos artículos los vendemos, pero nosotras no los utilizamos», dice una. Al rato, otra, algo mayor, sentada bajo una sombrilla, como si estuviera en la playa, me dice: «Yo no he visto nunca el mar. Pedimos vacaciones pagadas. Mientras tanto, hemos descubierto la terraza, y subimos a hacernos curas de aire libre».

Buen humor también en la sección de muebles. «Diga a sus lectores que, desde que empezó la huelga, dormimos en el suelo, en los pasillos, entre los sofás y las camas, y no en los dormitorios que vendemos.»

A continuación, me invitan a compartir la comida de los huelguistas. Nos instalamos alrededor de los mostradores de venta cubiertos con manteles inmaculados y transformados en mesas de refectorio o, más bien, de comedor, pues, escuchando las conversaciones, se tiene la impresión de estar participando en una comida familiar. Hay gambas, un redondo de ternera y patatas guisadas, cerezas, cerveza y… agua del grifo. ¡Menudo banquete! Valentine me dice que el comité de huelga no transige con el alcohol: está prohibido introducir vino en los almacenes. Se habla del cantante que sucedió a Léon Jouhaux el día del mitin, que a una de ellas le parece «mejor que Tino Rossi». Un empleado dice preferir a Maurice Chevalier, otro entona «Valentine»; mi acompañante me susurra que su nombre de pila está empezando a ser un problema. Se menciona también a Mistinguett, que fue a cantar para los huelguistas, lo que provoca alguna discusión, pues no todo el mundo está de acuerdo sobre el lugar exacto donde actuó. Una de las vendedoras manda

callar a todo el mundo. Ella lo sabe, pues su suegro trabaja allí, fue en la Citroën. Una rubia platino me dice lo que hará «cuando hayan ganado: con las cuarenta horas, voy a poder leer, ir al cine, me gustaría leer Los miserables completo, sobre todo la historia de Fantine, y durante las vacaciones alquilaré una habitación pequeña y barata, pero con vistas al mar; no haré nada, sólo mirar el mar». «A mí me gustaría estudiar Química», dice una chica con los ojos brillantes. «Eso no es para las mujeres», opina uno de los hombres, lo que provoca una protesta general:

–Las mujeres pueden hacer exactamente lo mismo que los hombres.

–Y mejor.

–Incluso tenemos ministras ahora.

–Y una científica, precisamente una química, como que es la hija de Marie Curie.

–¿Ves?

El pobre hombre se retracta y pide disculpas. Las vendedoras existen, se hacen cargo de la huelga, como obreras y también como mujeres: la presencia de tres mujeres en el gabinete Blum no es ajena a su compromiso con esta huelga y a su confianza en ellas. La victoria del Frente Popular en las elecciones y la huelga han otorgado a las mujeres algo así como una dignidad nueva: ahora están convencidas de que no están hechas sólo para recibir órdenes.

Orden, limpieza. «Nunca habíamos limpiado tanto», me dice Valentine. Se podría poner la ropa de nuevo a la venta si los almacenes no estuvieran en huelga. «Todas las mañanas, después del desayuno, sacamos brillo a los escaparates, pasamos la aspiradora por los vestidos.» Valentine me invita a un curso de baile en la segunda planta. «Estoy ensayando para el baile del 14 de julio –me dice–. Espero que para entonces la huelga haya acabado.» Está segura de que van a ganar. «¡Si no, organizaremos el baile en los almacenes!»

DELPHINE DUSAPIN,
artículo publicado en Une semaine à Paris,
17 de junio de 1936

SEÑORITA HAAS, 16 DE AGOSTO DE 1936

Está sentada sobre un bloque de cemento, ligeramente vuelta hacia la izquierda, lo que hace que destaque su delicada silueta. Parece muy joven; sin duda no tiene más de veinte años. Cuando sonríe, se le hinchan las mejillas. Lleva unas sandalias claras y una falda blanca, un jersey oscuro de manga corta y cuello cerrado. Una media melena castaña un poco rizada, con raya a un lado y una fina diadema gracias a la cual no se despeina a pesar del viento. Lleva un brazalete en el antebrazo derecho, cerca del codo. Se ha puesto la mano derecha sobre la falda, entre los muslos, y la mano izquierda, sobre el hombro izquierdo de la otra mujer. Ésta va vestida como si fuera el negativo de su pareja: alpargatas atadas a los tobillos y falda oscura, blusa blanca, cabello claro, más corto, diadema y brazalete. Es un poco menos delgada, un poco menos joven, pero igualmente sonriente. Detrás de ellas, tres barcas descansan en una playa con marea baja. A lo lejos, el mar y el cielo. Las dos están mirando, con el sol de cara, al fotógrafo.

Ha apoyado la mano derecha sobre el cemento que hay a su lado; se puede ver un motivo blanco, o en cualquier caso claro, a la altura de su seno izquierdo, sobre su jersey oscuro. Hay un hombre sentado a la izquierda de la otra mujer. Lleva zapatos de calle y un pantalón oscuro de pernera ancha en la parte inferior. La manga corta y sus brazos cruzados resaltan su bíceps izquierdo. La sombra de su gorra oculta parcialmente su rostro.

La chica se ha levantado: ahora está de pie sobre las rocas con las manos en la cintura; su falda recta blanca desciende por debajo de la rodilla; el motivo claro de su jersey oscuro es muy visible. Detrás de ella, se adivina una barca encallada en la arena; más lejos, el mar y el cielo. A la izquierda, la mujer con falda oscura sigue sentada sobre el bloque de cemento, desde donde se adivina una escalera que permite acceder a la playa. El hombre de la gorra y los brazos desnudos está de pie, a su lado.

SEÑORA HAAS, 14 DE JULIO DE 1937

En 1969, Francine Haas, diecisiete años, fotografía el París en que vivió su madre. Ésta, con cincuenta y nueve años, mira las fotos y comenta.

Rue Bourbon-le-Château

¡Ah!, ¿sí? ¿Ésta es la rue Bourbon-le-Château? Vaya, pues cuánto ha cambiado. Hace años que no paso por ahí. Cuando viví allí, al llegar a París, era una calle estrecha y sucia. Hoy diríamos insalubre. Una pocilga: eso es lo que era. Los olores en la escalera eran indescriptibles, una mezcla de azufre, sopa de puerros o de col, orina, lejía. Sin embargo, había una toma de agua en el patio. En Szczuczyn no había más que miseria, por supuesto, aunque ésa no fuera la única razón para querer salir de allí, pero al menos corría el aire, había espacio, jardines. El barro y el olor de los caballos de la plaza del mercado no tenían nada que ver con el hedor de la miseria de la gran ciudad. La verdadera razón para salir de allí fue el antisemitismo. La gente habla de la violencia de los pogromos. La violencia cotidiana es casi peor. Por ejemplo, los niños que salían de misa el domingo nos tiraban piedras…

Pero estaba hablando de la rue Bourbon-le-Château.

En 1937 hacía tiempo que ya no vivía allí. Había llegado en 1929. Mi hermana ya estaba en París y mi hermano se había ido a Palestina porque, sencillamente, no quería hacer el servicio militar. La ventana de la derecha en el quinto piso debió de ser nuestra casa. Ya ves: la fachada lisa, sin adornos, las ventanas estrechas. Entonces los edificios eran todos negros y las paredes estaban desconchadas. Y esa dirección… Antes de llegar a París, pensaba que mi hermana vivía en un castillo. ¡Qué ingenua era! Tenía diecinueve años. Oficialmente llegué para ser criada en casa de mi hermana. Aquélla fue la solución que encontró para traerme. Nunca fui a la escuela. ¿Que cómo aprendí a leer? En casa, por supuesto. Mi padre era muy religioso. Leía mucho. Sí, hablábamos yidis en casa. Primero aprendí a leer con el alfabeto hebreo; luego, el alfabeto latino para el polaco y el alemán, y el cirílico para el ruso. Ya sabes, con las guerras, unas veces eran los alemanes, otras los rusos… Luego tuve que estudiar francés. Ya en París, encontré trabajo en un taller de costura, era aprendiz de costurera. No sabía hacer nada, estaba aprendiendo. Recogía las

agujas de debajo de las mesas, como las chiquillas de catorce años, y, al igual que ellas, también yo me pasaba las horas sobrehilando. Tenía ya veinte años, pero aprendí rápido, pues hice algunos cursos en la Escuela Superior de Alta Costura y fui ascendiendo en el escalafón: aprendiz de segunda, aprendiz de primera. Empecé en Paulette y luego, en 1938, entré en Georgette Renal. Era una casa importante, en la avenue Victor Emmanuel III, que ahora se llama avenue Franklin Roosevelt, cerca de la rotonda de los Champs-Élysées. Para que te hagas una idea, fue Georgette Renal quien nada más terminar la guerra diseñó los primeros uniformes de las azafatas de Air France. Yo entonces era aprendiz de costurera, cosía los vestidos, las blusas y también los trajes… Tengo una foto, mira: todo el taller posó el 25 de noviembre, el día de santa Catalina, ya sabes, la patrona de las modistas. En el centro está la señora Renal; todo el mundo sonríe. Fue muy divertido. Recuerdo lo que nos reímos cuando vimos la foto. La bobina se había caído al suelo y aparecía en primer plano…

Pero deja que vea tus otras fotos.

Rue des Couronnes

Sí, fue en ese edificio, en el 105 de la rue des Couronnes, donde viví en 1937. Éste lo reconozco. Después del castillo, las coronas. Pero siempre igual de insalubre. Treinta años después sigue siéndolo. Una habitación minúscula, también en el quinto piso, con la diferencia de que, en este edificio, había un grifo en cada piso, en una especie de lavabo, y también inodoro, todo eso en el rellano. Es más fácil aconsejar la higiene y la limpieza que lavarse… No había electricidad. Me iluminaba con una lámpara de petróleo. Todavía vivíamos en la pobreza, las jornadas de trabajo eran largas y cansadas, la paga no era precisamente enorme y había que contar el tiempo del transporte, entre Belleville y los Campos Elíseos. Pero fueron años felices. Lo bueno es que no trabajaba en casa. El trabajo a domicilio es realmente una esclavitud. En el taller pringabas duro, pero conocías a gente. Hablabas con las otras costureras, veías a los clientes. Es verdad que también había momentos penosos. Cuando había que deslustrar las telas de lana de las colecciones de invierno, todas con nuestros paños húmedos, rodeadas del vapor de nuestras planchas de gas en mitad de la calorina del verano, planchando kilómetros de prendas de lana… Pero estábamos contentas. A menudo cantábamos mientras trabajábamos.

Sí, Belleville era como un pueblo. Podría hablarte de la gente. Muchos venían de los shtetls de Polonia, como yo. Vinieron muchos, oleadas de pobres llegaban desde sus pueblos a este barrio. Ahora casi todos son norteafricanos. Entonces eran griegos, armenios y muchos

polacos. Nos llamaban polacos, pero éramos judíos procedentes de Polonia: ninguno de nosotros se consideraba polaco ni tampoco antes nos habían considerado polacos. Había pocos religiosos: la mayoría de ellos preferían instalarse en el barrio que hay cerca de la rue des Rosiers. En Belleville, el ambiente era más bien comunista. Íbamos más a los mítines que a la sinagoga. Había muchos militantes, jóvenes sobre todo, incluso muy jóvenes, de dieciséis, diecisiete años, pero ya eran obreros. Tú conoces a algunos, como a Krasucki, pero había muchos más. En los quioscos vendían prensa en yidis, hasta periódicos comunistas, pero yo leía en francés. Szczuczyn no era más que un recuerdo: allí ya no tenía a nadie, ya que mi madre había venido para reunirse con nosotros y vivía con mi hermana, y mi padre se había ido a Palestina, igual que mi hermano. En Belleville, incluso aquellos que no se dedicaban a la política eran franceses, o procuraban parecerlo; en cualquier caso, todos estaban contentos de estar en Francia, también aquellos que no tenían papeles ni mucho trabajo. El teatro obrero yidis, la coral yidis, los periódicos en yidis y los barriles de pepinillos con sal en los ultramarinos, todo aquello era un mientras tanto. Sea como sea, así lo viví yo. Yo quería ser francesa. Precisamente en 1937 conseguí la nacionalidad, sí, lo recuerdo perfectamente, el 14 de julio ya tenía mi carnet de identidad, mi primer carnet de identidad.

Por eso te pusimos Francine, porque Francine era un nombre auténticamente francés.

La nacionalidad francesa era uno de los temas de conversación más frecuentes, se intercambiaban informaciones, en la panadería, en la tienda, o simplemente en la calle. Las viviendas eran tan pequeñas… Se vivía mucho en la calle. ¡Ay! ¡Había mucha animación! Recuerdo el saloncito de belleza, en la calle… ¿cómo se llamaba aquella calle, al final de las escaleras? ¡Qué discusiones en la peluquería! Los consejos iban de los comentarios sobre los peinados de las actrices de moda, a la obligación de que el marido fuese a declarar que el niño había nacido francés, y cosas por el estilo. Sí, se hablaba también de la actualidad política, por supuesto, las ligas fascistas, el nazismo y el antisemitismo en Alemania, el Frente Popular, la política de no intervención en España, la huida de los judíos alemanes, las huelgas, de todo eso se hablaba. Y de filosofía.

Avenue Mathurin-Moreau

Yo frecuentaba la Universidad Obrera, en la Casa de los Sindicatos, en la place du Combat, como se llamaba; era un lugar bastante modesto, un edificio de tres pisos con tejado a dos aguas y un desván, las ventanas con los postigos a menudo abiertos; había pintadas, CASA

DE LOS SINDICATOS, a lo largo de la fachada y, en los pequeños óvalos que había bajo el techo, TRABAJADORES DE TODOS LOS PAÍSES, UNÍOS y LA UNIÓN DE LOS TRABAJADORES CONSEGUIRÁ LA PAZ EN EL MUNDO. Es como si lo estuviera viendo: no necesitas enseñarme ninguna fotografía. De todos modos, se destruyó al poco tiempo, así que ya no puedes fotografiarla. Había cursos de corte y confección, a los que yo no asistía, pues para eso tenía la Escuela Superior. Pero para el resto… Tenía mucho que aprender, ya te lo he dicho, porque no había ido a la escuela. Para la costura, ya ves, se necesita saber geometría. Pensamos en los motivos de los bordados, en las simetrías, pero hay muchas más cosas. Confeccionar vestidos que vistan los cuerpos, volúmenes, eso es geometría del espacio, como hacías tú en el instituto el año pasado. Creo que me habría gustado aprender ese tipo de cosas. Pero no había ningún curso de Geometría en la UO. Aritmética sí, pero no Geometría. También me habría gustado aprender jardinería. En Szczuczyn soñaba con tener un jardín… Los niños entrábamos a escondidas en los jardines de los ricos. Ahora que tenemos el nuestro, creo que voy a hacer algún curso. Pero entonces aquello no habría servido de nada. Mejor la Geometría. Busqué los programas cuando la otra universidad obrera, la de Montreuil, abrió, pero allí tampoco había Geometría. Afortunadamente, porque Montreuil estaba realmente lejos teniendo en cuenta que el metro no llegaba todavía hasta allí. En la UO asistía a cursos de Filosofía. No era la única, estábamos apretados como sardinas enlatadas; todo el mundo quería ir, no era tan incómodo, y eso que la mayoría eran hombres. Todos estábamos allí para aprender. El profesor era fantástico: comprendíamos bien lo que nos explicaba a pesar de que no habíamos estudiado antes. Las clases eran a última hora de la tarde y créeme, aunque todos los asistentes se habían pasado el día en la fábrica o en el taller, nadie se dormía.

Rue Jean-Pierre-Timbaud

Aquí conocí a tu padre. En fin, no habíamos hablado nunca, pero allí estaba él, un chico rubio, alto y guapo, y yo también estaba allí, como tantas otras. Recuerdo al pequeño Feferman, que acababa de cumplir dieciséis años, de familia polaca también, un joven brillante que siempre estaba haciendo preguntas. Después, como sabes, fue un resistente muy activo. Tenía veinte años cuando murió. En los cursos de Filosofía, ni tu padre ni yo destacábamos realmente. La primera vez que hablamos fue en el baile de la CGT, en la rue d'Angoulême, donde hay un pequeño jardín. Sí, se llamaba rue d'Angoulême. Lo llamaban baile del 14 de julio, pero, por supuesto, tenía lugar la noche del 13. En 1937. Yo fui con mis vecinos. Él me invitó a bailar una primera vez

y, al rato, una segunda. Charlamos un poco, me dijo que su familia había venido de Alemania, que su padre había obtenido la nacionalidad francesa al alistarse en el Ejército francés, antes de la guerra, que él había estado en el lado bueno, que él también había nacido francés –como ya te he dicho, todo el mundo hablaba de eso– y que era calderero. El baile lo organizaban los del sindicato del metal; él estaba allí como invitado. Me preguntó, claro, de dónde era; le contesté «De Szczuczyn», luego me reí y repetí articulando las dos sílabas, como en francés, Chou-tchine, que está en Masuria, en Polonia, añadí, pero ¿sabía él dónde estaba Masuria o siquiera Polonia? Y luego me molestó, aunque lo oculté porque era realmente encantador, cuando me dijo: «Ah, por eso tienes ese bonito acento». Y yo que estaba tan orgullosa de mi francés y que creía hablar sin acento. Sí, sí, por supuesto, nos tuteábamos; estábamos entre camaradas, era el baile del sindicato. Me había sentido molesta, lo que era una tontería, pero a continuación sí que me comporté realmente como una idiota. Tenía veintisiete años y era tímida cual chiquilla. Me preguntó, siempre muy amablemente: «¿Y qué se come en Chou-tchine que esté bueno?». Y salí corriendo. Así, sin más, porque no sabía qué responder. ¿Patatas? ¿Nada? ¿A menudo nada? Yo procedía de un lugar donde no se comía nada: ésa era precisamente una de las razones por las que terminé allí. En París había libertad, igualdad, fraternidad y comida. Dije a mis vecinos que estaba cansada, me escabullí y volví sola a casa.

Quai de Valmy

Luego, nunca quise saber hasta qué punto fue por casualidad, nos encontramos el domingo siguiente en el muelle que hay a lo largo del canal. Aunque no hacía muy bueno, había decidido salir a pasear. Nos saludamos, debí de ruborizarme y él se dio cuenta, naturalmente. En el puente nos quedamos un momento mirando el agua bajo nuestros pies. En Szczuczyn había un puente de madera sobre el Wissa; era un sitio al que se iba a pasear, el agua era transparente y producía un bonito rumor al correr, como si murmurara algo. Y ahora estábamos allí, sobre aquel puente de hierro, por encima del agua sucia y estancada de la esclusa. Era París, era el paraíso.

ALINE, 17 DE JULIO DE 1937

Setecientos cuatro escalones. Aline los ha contado. Aunque mientras subían sólo miraban al suelo, el paisaje urbano les salta a la vista cuando llegan a la plataforma. Hay gente, pero menos que en el primer piso. Dan algunas vueltas sin rumbo para recobrar el aliento y se acercan a la barandilla. Miran hacia el este. Ha llovido la víspera y asimismo un poco por la mañana. Seguirá lloviendo. Ha escampado y el aire es de una transparencia increíble; la luz, casi estridente. En silencio, miran y luego se miran. Sonríen. «Vuelta a casa», dice Marcel. Y añade:

–¿Ves Les Halles?

–Sí.

–Después iremos. Al Pied de cochon. Si quieres. Y si es que todavía existe.

–Sí. Y sí.

Se ríe.

–Quiero decir: sí, quiero. Y sí, existe. Y debería decir también: no. No, no he ido nunca.

–Me apetece una sopa de cebolla. Eso es París: sopa de cebolla en Les Halles.

–Pero no únicamente. Tú sólo piensas en comer. Mira, un poco más a la izquierda, el precioso óvalo.

–¿Qué es?

–La sala oval de la Biblioteca Nacional.

–Sí, por supuesto. ¡Ah! Cuánto tiempo hace… ¿Sigue siendo tu cueva? ¿Tu refugio?

–No exactamente.

–¿Y por qué no?

–Hace lo menos tres años que no voy.

–Entonces es que has cambiado mucho durante estos seis años.

–Sí. En cualquier caso, ya no me atrevo a ir.

–¿No te atreves? ¿Tú?

–Te lo explicaré.

Pasean lentamente la mirada por el panorama. Marcel nombra alegremente los lugares que reconoce, la Escuela de Artes y Oficios, casi justo detrás de Les Halles y, por supuesto, un poco más a la derecha, Notre-Dame. Cerca de ellos, los visitantes se señalan unos a otros con el dedo los pabellones de la Exposición Universal que se alinean a lo largo del Sena. Marcel, por su parte, cuenta las chalanas

que pasan. Luego, señalando el Panteón con el dedo, dice:

–Si he comprendido bien, ya no vives en la rue Gay-Lussac.

–No.

–Me gustaba mucho tu apartamento. ¿Has encontrado algo mejor?

–No exactamente.

–¿Te ha echado el propietario?

–No exactamente.

–¿No quieres decírmelo?

–Sí, sí. Me fui yo.

–¿Y ahora dónde vives?

–Mira, ¿ves la fuente Saint-Michel?

–¿Ahora vives ahí?

–No, pero quiero enseñarte una cosa. ¿La ves? A la izquierda del Panteón, el cruce, un poco complicado, la rue Danton en diagonal, el boulevard Saint-Michel, el muelle, justo delante de la chalana del carbón.

–Sí.

–Bien, mira la tercera calle perpendicular al Sena, contando desde aquí.

–No estoy seguro de verla.

–Bueno, pues allí tiene Picasso su estudio y allí pintó el cuadro.

–¿Sobre el bombardeo de Guernica?

–Sí. Fui a entrevistarlo a su buhardilla. No te puedes imaginar lo emocionada que estaba.

Él no puede imaginárselo, pero, puesto que ella lo dice, puede comprenderlo. La conmoción que provocó la masacre de Guernica el 26 de abril, justo a su vuelta, supuso una inmersión rápida y brutal en lo que se había convertido Europa durante su ausencia, después de la alegría y la esperanza de los dos años anteriores. Y, para Aline, la emoción de entrar en el estudio, en lo que es casi la intimidad del artista. Antes de que Marcel hablara de la sopa de cebolla, su plan era visitar algunos pabellones de la Exposición, y Aline ha insistido para que fueran al pabellón español –donde está expuesto el cuadro–, que se inauguró el lunes pasado, pero que ella todavía no ha visitado. Uno de sus amigos, fotógrafo del semanario Regards, le enseñó, muy orgulloso, la bonita foto que había hecho: el artista ante su cuadro el día de la inauguración. Ella le dijo, igualmente orgullosa: «¡Yo fui a su casa!».

Ahora es el Champ-de-Mars y la Academia Militar lo que Aline y Marcel están mirando. «Ven a ver desde el otro lado.» Cruzan la plataforma. Abajo se ven los trenecitos eléctricos con neumáticos para visitar la Exposición y, al otro lado del Sena, el nuevo palacio, en el Trocadero.

–¿Realmente es menos feo que su predecesor?

–En cualquier caso, es menos arrogante que esos dos monstruos.

En un enfrentamiento mudo, la enorme escultura metálica –una campesina y un obrero alzando (respectivamente) la hoz y el martillo– colocada en el pabellón soviético, y el águila del pabellón de la Alemania nazi, menos bonita, menos entusiasta, menos brillante, pero más alta, mucho más alta y claramente amenazadora. «El pabellón español está allí», dice Aline, señalando los jardines. Miran un poco más a la derecha. Es allí, donde señala el dedo de Marcel, más allá del obelisco de la Concorde, en dirección al metro Rue-Montmartre, donde Aline trabajaba cuando Marcel dejó París en 1931.

–¿Sigues todavía en Le Petit Matin?

–No exactamente.

–¿Has encontrado algo mejor?

–No exactamente.

–¡Otra vez! Ahora me lo cuentas exactamente, ¿de acuerdo?

La ciudad se agita y bulle por debajo de ellos. Aline le cuenta, rápidamente, precipitadamente, casi sin tomar aliento. Una historia con un fotógrafo del periódico; se enamoraron durante un reportaje en Livorno. No, no se casó con él, afortunadamente. Pero fueron felices. Poco tiempo, pero felices. Él iba casi todas las tardes a buscarla a la rue Gay-Lussac y la acompañaba a la biblioteca; se veían en el periódico, él leía y corregía sus artículos antes que los correctores. La colmaba de atenciones. Tal vez demasiado, pero ella no se había preocupado porque, al principio, era más bien agradable. Él sabía todo de ella, cada libro que leía, cada persona que conocía, cada lugar que visitaba… Hasta el día en que el periódico envió a Aline a hacer un reportaje con otro fotógrafo. Era un secreto, no había que hablar de ello para que no se enterara la competencia. Por lo demás, era muy interesante. Y ni ella ni el fotógrafo habían hablado de ello con nadie. A la vuelta, cuando se publicó el artículo, su amigo se había vuelto loco y repetía sin cesar: «¡Me has mentido! ¡Me has engañado!». Imposible hacerle entrar en razón. «¡Confiesa que me has mentido! ¡Confiesa!» Se había vuelto incluso violento. Luego vinieron las excusas, las cartas, las declaraciones de amor, las flores que ella encontraba delante de su puerta. Y le creyó. Y todo volvió a empezar con más fuerza: cada día la colmaba de más atenciones, y ella se ahogaba, así que se lo dijo… Entonces volvió la violencia y esa vez ella se fue. Hace tres años de eso y él no ha desistido de perseguirla. Ése es el motivo por el que se ha mudado, ha dejado su trabajo, ha renunciado a las horas de estudio en la Biblioteca Nacional. El tipo la ha encontrado varias veces, una de ellas en un periódico para el que ella había escrito un artículo donde le dieron su dirección. Tuvo que mudarse de nuevo y ahora vive en habitaciones de alquiler, que son fáciles de dejar de un día para otro, y publica sus artículos con

seudónimos, cosa que no facilita la búsqueda de trabajo. Resumiendo… El tipo ha ido a ver varias veces a la madre de Aline, le ha llevado caramelos, pasteles, flores, y la madre le ha respondido varias veces, a pesar de sus lágrimas y de sus promesas de amor, que no conocía la dirección de su hija y que a ella también le gustaría que dejara de importunarla.

«Y eso es todo. ¿Sabes? No es que no quisiera contártelo. Es que no quiero pensar más en ello. Eso es lo que me ha aconsejado el doctor Dinteville: que tengo que borrarlo de mi mente, que yo no tuve la culpa de nada. Me ha dicho también que espera que él encuentre a alguien que le ayude a comprender y a superarlo, porque, si no, teme que le espere un porvenir psiquiátrico tremendo, pero que eso ya no es asunto mío. Así que no hablemos más de ello, ¿de acuerdo?»

Caminan todavía un rato, sin prestar atención a los turistas que, a su lado, comparan su plano de la Exposición con la realidad.

–¿Ves la porte Saint-Martin? ¡Los grandes bulevares! Y más allá, mira (señala con el dedo un cruce de calles en estrella), no, la République no, ni la Nation, entre las dos.

–Sí. La place Voltaire, ya la veo.

–Yo viví ahí, en el cruce de la avenida Parmentier con la rue du Chemin-Vert, en una habitación pequeñita, en el sexto piso.

–¿Y ya no vives allí?

–No. Vivía ahí cuando me encontró. Una noche se instaló en mi casa.

–¿Te ha pegado?

–No. Nunca más. Ahora la víctima es él. Me montó una escena, lloraba, me suplicaba, se arrojó a mis pies, se puso de rodillas. Decía que por mi culpa ya no podía trabajar, que sus fotos eran malas, que no podía concentrarse, que cómo podía humillarlo de aquella manera. Ese estilo de cosas. El médico me repetía que aquello no era más que chantaje y que yo no era responsable de nada. El que tiene un problema es él, me repetía, no usted. Pero habíamos dicho que no hablaríamos más de eso. Si hablo de eso, pienso en él. Y, si pienso en él, él gana. Quiero ser libre. ¿Continuamos viendo cosas?

–Ya hemos dado toda la vuelta.

–Pero todavía nos quedan cosas por ver.

–Pues vamos allá.

–Mira. Allá abajo. La roca. ¿La reconoces?

Marcel no puede reconocer la roca de los monos del zoo de Vincennes porque, sencillamente, no la ha visto nunca, y Aline lo sabe. El zoo se construyó y se inauguró mientras él no estaba aquí. Pero Aline no se equivoca del todo, puesto que ese zoo es la continuación del pequeño zoo (animal) provisional, instalado durante la Exposición colonial de 1931 (que presentaba también un zoo

humano, pero éste no se ha conservado), a algunos metros de allí. Marcel y Aline visitaron juntos aquella exposición y ambos lo recuerdan.

–¿Recuerdas a las pequeñas sudanesas?

–¿Las chiquillas tejedoras? Sí, por supuesto. Y que me preguntaste qué me parecía más exótico, ¿las chiquillas negras o las mujeres a las que se miraba trabajar?

–Sí. No había ningún pabellón que exhibiera a obreras francesas blancas trabajando.

–Era una exposición colonial.

–Y tú te preguntabas quién estaba en el zoo y quién miraba a quién. ¿Las sudanesas o nosotros, los visitantes? ¿Y te acuerdas del incendio del pabellón de las indias neerlandesas?

–Sí. Entonces me disponía a viajar a Borneo… Y tú, ¿recuerdas cuando repartíamos octavillas?

–Sí. ¿Y tú de quienes las metían sin ninguna precaución en la bolsa de la compra?

–No, de eso no me acuerdo.

Pero Aline es periodista, ¿no es cierto? Por tanto, sí lo recuerda. Recuerda incluso el título de la primera octavilla, «Primer balance de la Exposición Colonial», firmado por varios escritores conocidos.

–Y allí, más cerca del Sena, mira, aquel espacio, allí al fondo, aquello son las vías del ferrocarril de Orleans. Y el hospital de la Salpêtrière, donde una noche de verano me desperté en urgencias ensangrentada.

–¿Tú? ¿Herida? ¿Volvieron los golpes?

–No, aquello me lo había hecho yo sola. Debía de estar pensando en otra cosa. Tal vez en los inconvenientes de un problema personal en un medio profesional. O en la angustia que puede provocar el deseo de libertad. O en un artículo que estaba escribiendo. En cualquier caso, no vi el minúsculo obstáculo que había en la acera y de buenas a primeras me vi tirada en el suelo, completamente grogui y con la cara llena de sangre. Acababa de llegar de Étampes adonde había ido a hacer una entrevista. Me bajé en la estación de Austerlitz; iba a casa de una de mis amigas, Caroline, que vive detrás del Botánico. Un hombre me acompañó a ese hospital, que está justo al lado de la estación. Me curaron la cara. Poco tiempo después pasé una decena de noches en un cuartel de bomberos, donde había conseguido una autorización para acompañarlos, pero sin fotógrafo. Y luego escribí un largo artículo sobre los indigentes que los bomberos llevan a los hospitales durante la noche. Firmé como Joséphine Dufresne, si quieres saberlo todo.

Señala la ciudad, el este de París tras el oropel de la Exposición, y es como si, tras las alegres exclamaciones de los visitantes, se alzara

hasta ellos el alboroto de la muchedumbre, lejos, en la place du Combat, los gritos de los comerciantes, de los artesanos y de los chatarreros, las voces en todas las lenguas de la pobreza, de Belleville y de Ménilmontant.

–No te puedes imaginar la miseria. Quiero decir también la miseria moral.

–Pero ¿hace mucho tiempo que te hiciste la herida? No se te nota nada.

–Dos años. Mira, tengo una pequeña cicatriz por encima del labio. Eso sí, podría haber sido peor.

Marcel estira la mano, como si quisiera tocar el labio de su prima, pero la retira inmediatamente.

–¿Y tu bonito pelo largo? –pregunta pensando en la abundante melena negra de la Aline de antes.

–Fue entonces cuando cambié de aspecto. Una vez que desaparecieron las marcas, después de que las señales de los puntos cicatrizaran. Me pasé varias semanas encerrada en mi casa. Pero no me aburrí. Escribí mucho. Antes de las diez noches con los bomberos. Cuando me sentí segura de poder enseñar mi cara a otros espejos que no fueran el mío, fui a una peluquería. Allí me corté y me ricé el pelo. Nombres falsos, rizos falsos. ¿Te gustan mis rizos?

–Sí, dice Marcel. Mucho.

Un poco abochornado, gira la cabeza y continúa inspeccionando París. Le llama la atención una iglesia de hormigón que no conoce y que es la iglesia de la Ciudad Universitaria. Después de su partida, se erigió una ciudad universitaria frente al parque Montsouris, en un bonito jardín. El rectorado construyó también casas para los estudiantes, y la Iglesia católica les regaló una capilla. La ciudad ha cambiado mucho también. En eso consiste la materialidad del tiempo, piensa Marcel. Pero Aline encuentra horrorosa la iglesia.

–Y eso que la estás viendo de lejos. De cerca es realmente fea, con esos enormes ángeles. He escrito un artículo en el que explico todas estas lindezas. Aquel día me llamaba Christine Dubois. –Se echan a reír los dos.

–¿Y no adivinó tu enamorado que quien firmaba con aquellos nombres arbóreos[5] eras tú?

–¡Qué va! Además, he usado otros muchos. En cualquier caso, no puedo elegir. No puedo cambiar de oficio: no sé hacer ninguna otra cosa.

–¿Y escribes sobre las carreras ciclistas?

–¿Lo dices por el Velódromo de Invierno?

–Es aquel de allí, ¿no?

–Sí, sí, por supuesto. Ya ves, ésa es la ventaja de ser periodista autónoma y de utilizar seudónimos. Nunca habrían pedido a Aline

Haas, especialista en política francesa y mujer, ni le habrían aceptado un artículo sobre una carrera ciclista. Pero a Saturnin Dutronc, sí. Y, como a Saturnin le gusta tanto el ciclismo como a Aline, todo el mundo contento. Como sabes, Haas hay muchos. Incluso entrevisté a una obrera de Alsthom que se llamaba así, el año pasado, Léopoldine Haas, nada que ver con mi familia. Y, además, yo elijo mis temas, ¡nada de perros atropellados![6] Ya no pueden enviarme a cubrir un accidente de tren si yo no quiero ir. ¡Eso es la libertad!

Marcel se alegra de verla tan positiva. Pelo corto, una buhardilla para dormir, trabajo de autónoma, toda aquella angustia, y ella consigue ser feliz.

–Pero ¿cómo haces para encontrar trabajo si no tienes ni nombre ni dirección?

–Como comprenderás, hay algunas personas al corriente de mi situación. Tres exactamente.

–Ya. Al fondo, allí, ¿ése es el pont Mirabeau?

–Cae la noche, suena la hora…[7] Y, cuando suene la hora, ¿me hablarás de tus tribus indonesias?

–En realidad no hay nada que decir. Es extraño ver el Arco del Triunfo desde esta perspectiva.

–¿Tú también cambias de conversación?

–¿Acaso he dicho «no exactamente»?

–Pero al final yo sí que te he respondido.

–Bueno. Como quieras. No sé muchas más cosas sobre los hurlus de las que sabía antes de mi viaje. Sabía que era una población que vivía en el centro de la isla de Borneo, en una zona pantanosa de una selva tórrida. Pues bien, eso es exactamente, e incluso peor, con toda clase de bichos horribles. Está plagado de sanguijuelas, por ejemplo. ¿Qué más sé? Que no quieren que nosotros los estudiemos.

Para resumir: Marcel había tenido muchos problemas, pero finalmente había encontrado un poblado hurlu, por lo demás muy primitivo, algunas casas sobre estacas en lo más profundo de la selva, al cabo de un interminable trayecto a través de un medio hostil. Los habitantes lo habían ignorado, lo mismo que habían ignorado sus regalos (arroz, té) y que clara y silenciosamente habían rechazado su ayuda. Algo peor todavía: se habían ido, habían abandonado el poblado y sus casas para instalarse en un lugar todavía más inhóspito, como Marcel pudo comprobar después de haberlos encontrado algunas semanas más tarde. El nuevo poblado era aún más miserable. Y también se marcharon de allí algunos días después de que Marcel los alcanzara. Tras varios meses de aquella especie de carrera de persecución, finalmente comprendió que si los hurlus dejaban sus poblados era precisamente para huir de él. Que él era, por tanto, el responsable de sus condiciones de vida cada vez más difíciles, de su

precariedad cada vez mayor.

–No me miraban. Pero me veían, créeme. Me veían exactamente como nos veían las pequeñas sudanesas de Vincennes. Y evitaban mi mirada.

–Y entonces volviste.

–Sí, pero eso tampoco fue fácil. Tuve mucha suerte de sobrevivir, solo, en aquel medio. Conseguí llegar al río, el Mahakam, y lo seguí hasta Samarinda. No estaba precisamente presentable. Como un palillo, con un pelo, una barba y unas uñas que ni te imaginas. Y los pies llenos de callosidades. No sabía ni hablar. Me tuvieron en una especie de hospital durante dos meses, antes de que las autoridades holandesas me embarcaran para Kuala Lumpur y de ahí a Europa. Durante la travesía recobré la forma humana. Y pensé mucho. –Guarda silencio durante un instante y luego añade–: Tuve tiempo para compadecerme por mi suerte y para dejar de hacerlo porque pude reflexionar largo y tendido. Yo tampoco suelo aburrirme durante mucho tiempo.

Continuaron andando por la plataforma, mirando hacia abajo, en silencio, inmersos en sus pensamientos. La gran ciudad o la selva tropical –¿cuál de las dos es metáfora de la otra?–, donde uno puede esconderse y convertirse en alguien anónimo. Sin perder el alma. «Y he vuelto para vivir allí, en nuestra casa», dice él señalando a lo lejos Batignolles. Ése es su barrio, allí está la casa en la que jugaron siendo niños, en el piso de una de sus tías.

–He vuelto a casa de la tía Éveline mientras busco algo mejor. En fin, no exactamente a su casa, sino a una buhardilla que pertenece a la señora Brodin. ¿Te acuerdas de ella? La mujer del segundo piso. ¿Vivía ya allí antes de que llegarais vosotros? Curiosa mujer. En su apartamento aloja a chicas alemanas que han venido por la Exposición. A todas horas te estás cruzando con trenzas rubias y brazaletes con la cruz gamada en la escalera.

–¿Piensas irte otra vez?

–¿A otra expedición? No inmediatamente, en cualquier caso. Aprendí algo allí. Pero todavía no sé qué hacer. Tengo que pensarlo más, hablar con la gente, profundizar, escribir. Tengo un trabajo en la biblioteca del Instituto de Etnología. Voy a buscar un alojamiento algo más espacioso. Quizá por Montmartre. Me gustaría tener alguna vista de París.

–¿¡No pensarás vivir cerca de eso!?

–Si estás muy cerca del Sacré-Coeur, no lo ves.

Lo que piensa cada uno de ellos no lo sabemos con exactitud, pero podemos imaginar que están estudiando las similitudes de las estrategias de evasión de sus historias y del precio de la libertad por ambas partes. Están mirando, casi al final del todo, el Buttes-

Chaumont y sonríen. «¿Te acuerdas?», preguntan al mismo tiempo, y se echan a reír. Están pensando en otra exposición, anticolonial en esta ocasión, organizada por los comunistas, en la avenida Mathurin-Moreau, que habían visitado juntos porque ella tenía que escribir un artículo, después de lo cual habían dado un largo paseo por el parque, y Marcel se había despedido porque a la mañana siguiente salía para Borneo. Y luego vino todo lo demás, Hitler, las ligas y los motines, el Frente Popular, España, los grandes procesos de Moscú…

–Los árboles que se ven allí, eso es el Père-Lachaise.

–Ahora nos toca a nosotros dos, como dijo el otro.[8]

–Vaya, se pone a llover. Bueno, hemos hecho el recorrido dos veces –dice Aline cogiendo la punta de los dedos de una mano de Marcel–. Te llevo a ver el Guernica, luego a comer una sopa de cebolla y después, si quieres, y si me prometes que no le darás mi dirección a nadie, te enseño mi casa. Pero antes –le dice cogiéndolo de la mano con firmeza– hay que bajar setecientos cuatro escalones.

LÉOPOLDINE, 11 DE MARZO DE 1938

Léopoldine no ha contado los peldaños de la escalera, pero hay noventa y ocho. Al llegar arriba, se ha girado para contemplar la vista de París; ha subido por la calle pavimentada, una pendiente suave; ha pasado por delante de la casa amarilla, que es una empresa de albañilería y en cuya ventana del primer piso una mujer tomaba el fresco bajo una cuerda para tender llena de bragas blancas; luego, delante de la carnicería, con sus ganchos de mosquetón, y finalmente por delante del café. Levanta la vista. Ahora mira hacia la farola de gas que hay en la esquina, gira por la perpendicular y se encuentra ante la fachada de ladrillos con su letrero, de grandes letras pintadas en negro, encima de la entrada: PELUQUERÍA DE SEÑORAS.

La puerta de madera está abierta. El local tiene forma cuadrada, no hay ninguna ventana, pero algo de luz natural entra por la puerta. Hay que bajar dos peldaños de piedra. Lo que Léopoldine ve puede describirse así, de izquierda a derecha: junto a la pared de la izquierda hay dos sillas de madera y entre ellas uno de esos utensilios, también de madera, en los que se depositan los periódicos; delante de estos tres muebles, una alfombra de sisal, dos sillones, uno de los cuales está frente a un espejo apoyado en la pared de la derecha y el otro forma parte de la pila de lavado fijada a la pared y de espaldas a ella. Alrededor del espejo, cinco bombillas eléctricas se añaden a la que cuelga del techo para luchar contra la oscuridad; debajo hay una repisa fijada a la pared.

Hay varias personas en la peluquería de señoras. Sobre la alfombra, un niño de un año juega con unos cubos. La peluquera, que es la madre del niño, es una mujer de unos veinticinco años, de baja estatura y pálida, quizá bonita, en cualquier caso, arreglada y muy bien peinada pero a todas luces muy cansada, tal vez sencillamente porque salta a la vista que está embarazada: su vientre le impide cerrarse dos de los botones de la bata azul. Cuando Léopoldine entra en el salón, hay también una aprendiz, una chiquilla muy joven, de unos catorce años, y las dos clientas de las que estas dos mujeres se ocupan. En la repisa que hay bajo el espejo, además de los instrumentos de trabajo (peines, cepillos, tijeras) y los productos (champús, tintes, lociones) que utilizan la peluquera y su ayudante, hay una radio con su ojo mágico. Está encendida y la oyen brevemente porque las cuatro mujeres se callan cuando entra Léopoldine, «para evitar gastos, siguiendo a la vez la moda…». El resto

se pierde entre los buenos días que intercambian. Se interesan por el brazo que Léopoldine lleva en cabestrillo, y ésta cuenta que se ha caído y que por eso no está trabajando un viernes por la mañana. La mujer a la que la aprendiz enjabona vigorosamente la cabeza dice que, en su caso, si se encuentra allí ese día, es porque ha dejado el taller en el que trabajaba, pero que ya ha encontrado otro trabajo, que no empezará hasta el lunes, y aprovecha para ir a cortarse el pelo. «Mucho trabajo tengo hoy», dice la peluquera en un tono en el que uno no sabe si realmente se alegra. Cuando deja de sonreír unas pequeñas arrugas se le marcan en la comisura de la boca y acentúan su aspecto cansado. A Léopoldine le advierten que va a tener que esperar un poco, «Tome asiento», y ella lo hace en una de las sillas de madera que hay a la entrada. En el revistero, elige un semanario que empieza a hojear mientras la peluquera se dispone a enrollar los cabellos blancos de su clienta en unos bigudíes y la aprendiz enjabona por segunda vez los cabellos rubios de la siguiente clienta. Retoman la conversación.

«Ya está, señora Augustin, ahora sólo hay que esperar a que se seque.» La peluquera echa una mirada afuera y añade: «Quédese aquí, que estará mejor que fuera. Hace sol, pero el tiempo es frío. Pronto tendremos un secador de pelo eléctrico, sí, un aparato que echa aire caliente. Pero, de momento, hay que dejar que sea la naturaleza la que actúe». La peluquera apenas tiene un leve acento yidis, perceptible sobre todo cuando exclama «¡Oi, oi!», como hace ahora, con una pequeña mueca que resalta sus ricitos. Léopoldine, que ya ha ido a ese salón dos o tres veces, sabe que es polaca y que ella y su marido han solicitado, aunque todavía no se la han concedido, la nacionalidad. Sabe incluso que su hijo sí ha obtenido los papeles, aunque no inmediatamente cuando nació, pues su padre olvidó solicitarla, pero sí al poco tiempo. Léopoldine no ha visto nunca al marido de la peluquera, pero sabe que es obrero fundidor y la historia del olvido hace que lo imagine como un hombre despistado, soñador. En cualquier caso, el niño lleva un nombre muy francés, Henri (y un diminutivo todavía más francés, Riri). La clientela de la peluquería de señoras es bastante variopinta, no en el plano social, por supuesto, ya que estamos en Bellville, sino en el plano de los orígenes geográficos. En la familia de la señora Augustin, cuyo apellido se acaba de pronunciar, no recuerdan a nadie que no haya vivido en Bellville y no sea portera (un poco más adelante en la calle) desde al menos tres generaciones. Ella misma heredó el puesto de su madre cuando ésta murió, pero empezó siendo obrera. Léopoldine conoce su historia, como todo el mundo en el barrio. Antes de la guerra la señora Augustin trabajaba en Osram, la fábrica de bombillas eléctricas; se dedicaba a imprimir la marca Osram en las bombillas, que cogía con

la mano izquierda y, con la mano derecha, le aplicabas un tampón impregnado en ácido; en ocasiones la bombilla explotaba; afortunadamente las obreras llevaban unas gafas, gracias a lo cual los ojos de la señora Augustin nunca sufrieron daño alguno, pero su rostro quedó cubierto de innumerables pequeñas cicatrices. A Léopoldine llegó a recordarle sus propias manos cuando era obrera de Alsthom. Léopoldine no sabe de dónde viene la aprendiz, pues no la ha visto nunca; estas chicas aprenden el oficio y luego encuentran un trabajo de peluqueras en un salón más grande y se van, como es normal, y ésta es nueva. La otra clienta, a la que está atendiendo, también es de Polonia y, como la peluquera, habla francés prácticamente sin acento. Y ésta es la lengua que utiliza incluso con su compatriota. Al contrario que la peluquera, ella ya ha obtenido la nacionalidad.

La chica repite constantemente «tome asiento» indicando un lugar libre. «Espere un poco –corrige la dueña con un suspiro, y los ricitos reaparecen–. Ya te lo he dicho: si lavas la cabeza demasiado pronto, la clienta está mucho tiempo con el pelo mojado y coge frío. Oi, oi», añade mientras se coloca las manos sobre el vientre. Léopoldine finalmente se ha sentado y participa en la conversación desde el sillón de lavado, girándose a la vez hacia la costurera y la peluquera. Aunque la costurera no es muy habladora, ¿cómo resistirse a las preguntas que le hace tan amablemente la peluquera? Admite que sí, sí, que tiene novio («Os han visto pasear juntos –dice la peluquera–. Belleville es un pueblo»), que es francés, sí, e incluso que sus padres eran alemanes. La peluquera se apresura a decir a Léopoldine: «Yo creo que es un primo tuyo», pero la palabra alemán provoca una especie de hipo general en la conversación debido a lo que los alemanes están haciendo a los judíos. «Y no únicamente», dice la señora Augustin, que no pierde ripio –a pesar de la distancia (muy relativa) y de que ve a tres de las protagonistas en el espejo– porque su marido, «con su asquerosa guerra contra los boches, primero se quedó manco y luego murió. Murió después de la guerra, sí, pero fue en la guerra donde se pilló la tuberculosis que lo mató». Léopoldine imagina fugazmente a un marido que no puede estrecharte en sus brazos, mientras que la peluquera empieza a enumerar lo que le han contado de los clientes que huyeron a Alemania. La conclusión es, por supuesto, que aquí en París se está a salvo, que Francia sabrá defenderse.

Quizá porque no se lo cree o porque sencillamente tiene hambre o frío, porque su montón de cubos se ha derrumbado o porque nadie le hace caso, el niño se pone a llorar. «Riri, por favor, ¿qué le pasa a mi niño querido? –pregunta su cansada madre–. Rosine, ¿te importaría cambiarlo? Y le das un trocito de pan.» La niña se lleva al pequeño, no muy lejos, pues la peluquera vive en el primer piso del patio vecino.

Ya no hay ruido, de manera que se puede escuchar la música que emite el transistor. Léopoldine sonríe al reconocer «Qu'est-ce qu'on attend pour être heureux?». No es realmente capaz de imaginar la miseria de los pueblos de Polonia donde nacieron las dos mujeres, pero es evidente que ellas consideran que su vida parisina es mucho más feliz. Luego retoman la conversación; hablan de Ray Ventura e incluso de sus colegiales.[9] Estas señoras se preguntan qué sucede o, más bien, qué sucederá en Austria, donde los nazis parecen estar listos para tomar el poder aprovechando el alboroto popular. ¿Quiénes son más antisemitas, los alemanes, los austriacos o los polacos? A propósito de esto tiene lugar una larga discusión en la que se introduce a los ucranianos porque se dice que son todavía peores. Asimismo, hablan de dónde han quedado los recuerdos de los pogromos o los recuerdos de las historias de los pogromos. La conclusión favorece siempre a Hitler, el peor de todos, y a quien seguramente aclamarán los austriacos. Los «como ha podido ver» suceden a los «yo he oído que»; la pequeña vuelve riendo con el niño, que no necesitaba nada más para ser feliz, y retorna a sus cubos. La peluquera seca los bigudíes de la señora Augustin con una toalla. «Vamos allá –dice–. Se secan enseguida; ya no me quedan muchos y son muy delicados.» La señora Augustin y la costurera se cambian de sitio. La peluquera desenrolla los cabellos de la anciana, de rostro picado, cabellos blancos y una silueta que ha perdido su esbeltez pero, a pesar de todo, bastante guapa, piensa Léopoldine. Los bigudíes se depositan en el lavabo. La chica los lava antes de ponerse con el pelo de Léopoldine, agua fresca y champú perfumado, mientras la peluquera cepilla el pelo cano de la señora Augustin, le sacude el abrigo, le cobra y las cuatro que quedan saludan a la que se va.

«¡Ay! –exclama la peluquera sujetándose el vientre, y, en efecto, se sienta en el sillón que la señora Augustin acaba de dejar libre–. Me siento un minuto mientras se le acaba de secar pelo», añade dirigiéndose a la costurera. La respuesta a la pregunta «¿Para cuándo?» viene a continuación: «A finales de mes, seguramente, pero quizá sea antes. Sí». Léopoldine pregunta cómo se llamará el bebé; la peluquera responde que no puede decirlo, que eso no se hace, pero que el niño o, mejor dicho, niña, pues a ella y a su marido les gustaría una niña, la van a nacionalizar francesa inmediatamente. Hablan también de cine, de las películas que han visto, de La Marsellesa, habla Léopoldine, del sindicato del Olympia, a quien le gustan los grandes bulevares; la costurera ha visto Razumov: Sous les yeux d'occident en Bellevilloise, con su novio, y asegura que Pierre Fresnay está muy seductor; la pequeña Rosine dice algo sobre el actor que trabaja en L'Orphelin de la brousse,[10] que no sabe cómo se llama, es un australiano, «¡Ah! La película con el canguro –dice la peluquera. Y

a continuación–: ¿Qué hacemos entonces, querida? ¿La tiño de rubia o prefiere una permanente?», le pregunta a Léopoldine. Sí, quiere rizos; no, quiere conservar su color, pelirrojo, pero lo principal ahora es que quiere llevar el pelo corto. «Muy bien», contesta la peluquera. La costurera, que tiene el pelo corto –es más: un corte a lo garçon–, da su opinión (en la peluquería, incluso las mujeres más reservadas participan en la conversación): «Para trabajar el pelo corto es lo más práctico».

La pausa se termina y la peluquera se levanta con dificultad. «Se le va a rizar solo en cuanto se lo corte», dice. La costurera vuelve a sentarse en el sillón; la peluquera le remata el peinado con el cepillo y le enseña la parte trasera de la cabeza con la ayuda de un espejo que sostiene en vertical. La costurera está satisfecha; le sacuden los restos de pelo, le dan su abrigo, le cobran y se va. Justo en el momento en que llega una pareja, el habitual intercambio de cumplidos. «Vas a tener que esperar –le dice el hombre a la mujer–. Te dejo el periódico. Estoy al lado.» Al lado significa en el café. «No tardaremos mucho», dice la peluquera.

En el salón de belleza de señoras, ahora la peluquera le está cortando el pelo a Léopoldine, cuyos largos mechones del lado izquierdo están ya en el suelo; la chica ha cogido una revista y la está leyendo; el niño se ha dormido sobre la alfombra de sisal con un cubo en cada mano, y la clienta que acaba de llegar, una rubia platino, está sentada en una de las sillas de madera leyendo Le Petit Parisien. En medio del silencio se oye la voz un poco ronca de Jean Sablon cantando «Vous qui passez sans me voir».

Pues bien, a continuación, contó más adelante Léopoldine, se desplomó gritando; la niña se puso también a gritar y salió a la calle agitando los brazos; los hombres que estaban en el café de al lado bebiendo acudieron corriendo, entre ellos el marido de la clienta; la señora Augustin llegó también; la peluquera se sentó sosteniéndose el vientre y se la llevaron; la clienta la siguió, y nosotras nos quedamos las dos, la aprendiz y yo, con el niño, que seguía durmiendo como un bendito. Me miré en el espejo. A pesar del nerviosismo, la pequeña se rio al ver mi pelo y mi aspecto catastrófico, e hizo lo que pudo para terminar de igualármelo; no quedó mal del todo. La ayudé a barrer. Con un solo brazo, la cosa no era fácil. Ella mandó al crío a casa de su abuela, que estaba en el otro extremo de la calle, y yo cerré la puerta de madera de la peluquería de señoras.

Al día siguiente por la mañana volví. En lo alto de la escalera encontré a la señora Augustin, que me puso al corriente de las últimas noticias: al llegar a la maternidad de la rue d'Atlas, la peluquera había dado a luz –finalmente todo había ido bien– a una niña a la que puso

por nombre Dorine, en recuerdo de su abuela, que se llamaba Dora.

De hecho, decía siempre Léopoldine cuando contaba esta historia, me acuerdo de la fecha exacta, 11 de marzo de 1938, pues a la mañana siguiente tuvo lugar el Anschluss:[11] las tropas alemanas habían invadido Austria.

CÉLINE, 29 DE SEPTIEMBRE DE 1938

Céline Haas está sentada en un banco en la plaza que hay frente a la biblioteca.

Ese asiento no es uno cualquiera. En la plaza hay una decena de bancos públicos, alineados a lo largo de un óvalo que es una versión redondeada del perímetro de la plaza. El que ha elegido Céline Haas se encuentra al norte, de manera que está enfrente de la alegoría del Garona, una de las estatuas sobre la fuente, cuatro estatuas de mujeres que simbolizan cuatro ríos franceses o, más exactamente, tres ríos franceses y un afluente con nombres femeninos: la Seine, la Saône, la Loire y la Garonne[12] girando en el sentido de las agujas del reloj. Esta fuente, Céline Haas lo sabe, es obra del escultor Visconti, que es también autor de la fuente de Molière, no muy lejos de allí. Está construida encima de un estanque octogonal, la mitad de cuyos lados son paralelos a una u otra de las calles que bordean la plaza.

La plaza es un lugar familiar para Céline Haas, que suele ir a desayunar a aquel banco, siempre que puede, ya que le suele dar el sol. Aquel día el cielo estaba muy nublado. Estamos ya en otoño, pero el tiempo sigue siendo bastante agradable. Apenas sopla el viento. Frente a las formas desnudas del Garona desayuna, como siempre, una rebanada de pan que trae de su casa, además de dos manzanas, mientras contempla a su alrededor la agitación del mundo, de lo que ve del mundo. Piensa en la materia de la que está hecho ese mundo, el agua de la fuente, la tierra, la grava y la arena, la hierba, las hojas amarillentas y la madera de los árboles, la piedra de las estatuas, un trozo bastante grande de cielo. Piensa también en los seres que lo ocupan y se mueven en el espacio, en sus trayectorias.

La plaza o square no es cualquier plaza. No es cuadrada, como una ingenua traducción de esta palabra inglesa podría sugerir, sino rectangular.[13] Y no está aislada en el espacio-tiempo. Se integra en un mundo más vasto. Precisamente, ocupa la superficie del rectángulo que forman las calles Louvois, de Richelieu, Rameau y Lulli, en el distrito II de París. La plaza se llama, además, como una de esas calles. No hay tantas cosas que ver en ella como, por ejemplo, en la place Saint-Sulpice, aunque sólo sea porque allí no hay ni ayuntamiento, ni iglesia, ni comisaría de policía, ni cine. Cerca del square Louvois, hay una escuela municipal de chicos, dos cafés restaurante, un gran hotel asimismo con restaurante, dos columnas Morris, farolas, varias tiendas, entre ellas un gran almacén de sábanas, y una biblioteca. A

Céline Haas, que tiene unos tíos que viven en la rue du Vieux-Colombier y conoce bien la majestuosa fuente Saint-Sulpice, le parece que los cuatro ríos-mujer valen tanto como los cuatro oradores-cristianos-hombres y que la fuente Louvois es mucho más bonita que su imponente homóloga sulpiciana.

Los alrededores de la plaza suelen estar muy animados. A Céline Haas le gusta mirar y registrar mentalmente lo que ve. Por ejemplo, los vehículos. A veces verbaliza lo que ve y dice frases como pasa un taxi; un coche oficial se detiene delante del hotel, un chófer con gorra sale y abre la puerta a una mujer de edad; un taxi deja a un cliente; un hombre con una bata gris se baja de un triciclo de reparto y entrega unas botellas de vino; un camión de cerveza se detiene; un obrero empuja una carretilla; un ciclista telegrafista; pasan unos coches, un Peugeot y un Citroën 11; una mujer arrastra una carretilla cargada de patatas; un hombre sin piernas pedalea con las manos en su cochecito; un ciclista pedalea (con los pies); héroes embutidos en cuero cabalgan sus motocicletas.

Algunas veces inventa y se cuenta historias de las personas que pasan por la calle y que se parecen a los personajes de los libros que lee: Céline Haas es una gran lectora, una lectora ávida. Un hombre, escondido a medias tras un árbol, observa a una mujer subir a un coche con la esperanza, imagina Céline, de verle las piernas o algo más; luego saca una carta de uno de sus bolsillos, la lee, se la vuelve a guardar, con una expresión que a Céline le parece soñadora, y finalmente la saca del bolsillo y la rompe; es una carta de una de sus amantes y contiene sugerencias eróticas, quizá le pregunta qué perfume utiliza su esposa legítima. Llega otro hombre, que claramente le está pidiendo prestado al primero el periódico que sobresale de su otro bolsillo, y entablan un diálogo de sordos a continuación del cual el otro se va a apostar, a las carreras, por el caballo que cree que el primero le ha aconsejado y que va a ganar, por supuesto. Luego el hombre ayuda a un ciego a cruzar la rue de Richelieu; al otro lado alguien le ofrece un prospecto y desaparece de la vista de Céline, que cambia ahora de protagonista y de novela.

A menudo se pregunta si lo que ella ve es realmente un trozo de espacio-tiempo. El paso del tiempo aquí se percibe con claridad: si hay una rue Rameau y una rue Lulli es porque aquí hubo una Opéra; Molière y Diderot vivieron y murieron no muy lejos de aquí, en los lugares apropiados, uno cerca de la Comédie-Française, y el otro, del Palais-Royal; el edificio de siete pisos construido para los establecimientos Prudhomme frères ha sustituido a la casa en la que Stendhal escribió Rojo y negro, cosas estas que se saben en su medio de trabajo y cuyas referencias Céline Haas podría conseguir. ¿Pero cómo se las arregla el tiempo para pasar? Trata de comprender en qué

difiere aquello que ella ve de lo que habría visto, en el mismo lugar, digamos veinte años antes, problema teórico, pues ella sólo tiene veintidós años. Menos automóviles, tranvías, autobuses con una forma diferente, menos mutilados, las faldas más largas, más mujeres con sombrero, menos anuncios publicitarios o diferentes. ¿Y qué más?

Seguramente sea por deformación profesional, pero se ha pasado horas observando a los transeúntes con ganas de hacer listas y clasificarlos. Ha visto a hombres con aspecto importante y a mujeres con aspecto de estar muy ocupadas; se ha concentrado en sus particularidades indumentarias, un traje negro, una gorra, un impermeable azul marino, otro impermeable, de caucho, un mackintosh, medias de rejilla, un abrigo amarillo, una pajarita, una boina, una sotana, un quepis, un collarín, otra boina, un chapka de astracán, gorras, sobre todo gorras; además, se ha fijado en lo que llevaban o sostenían, un bastón, un paraguas, una pipa, un capacho, un libro, una carta, un pan, una botella de vino, una raqueta de tenis, alfombras (al hombro de un comerciante árabe), una maleta, la barra de una cortina, un par de muletas (un cojo), un ramo de flores, un estuche de violín en cuyo interior probablemente se halle el instrumento, un cigarrillo, una escoba, una pelota, un periódico, dos bolsos, una caja de galletas, una mochila de tela con todas sus correas de cuero, una cartera bajo un brazo, una correa con un perro en el extremo, otros dos capachos, las carteras sobre los uniformes de los escolares, la bandolera del cartero, el bastón blanco de un ciego, un saco de carbón a la espalda de un auvernés, un cochecito de bebé empujado por unas manos enguantadas. ¿Dónde habría que poner los cochecitos de bebé, como las carretillas, entre los vehículos?

Ha estudiado los itinerarios de la gente, del hotel a la biblioteca, de la parada del autobús T (que aun sin ver adivina fácilmente, puesto que es el autobús que coge para venir desde su casa) a la biblioteca o a los establecimientos Prudhomme frères, de los establecimientos Prudhomme frères al café de la esquina, de la escuela a la plaza, de la plaza a la biblioteca, de la biblioteca a la parada del autobús T, de la esquina de la rue Louvois a la de la rue Rameau o a la inversa, sin que pueda adivinar el origen y el destino de la gente. Y están también los ruidos, los golpes, el grito de un ciclista abroncando a una mujer que cruza sin mirar, las discusiones a dos, a tres, a varios, los altercados, los bebés que lloran, las risas y las voces de los niños, los vendedores de periódicos, los ladridos de los perros, los diferentes zumbidos de motos y coches, a veces el silbato de un agente de policía.

Eso es lo que ocurre los días normales. Pero ese día el barrio está sumamente tranquilo. Céline Haas conoce las razones. Hay razones menores, como el hecho de que la escuela está cerrada porque sencillamente las clases no han comenzado todavía. Este año lo harán

el 10 de octubre, y hoy es 29 de septiembre y, además, es jueves. Sin embargo, no hay ningún niño jugando en la plaza, y eso es lo más extraño. El lugar de trabajo de Céline Haas estaba también muy tranquilo esa mañana, había muchas ausencias y, sobre todo, algo que no suele ocurrir casi nunca, o tan pocas veces que ninguna de las compañeras de Céline Haas recuerda haber visto algo semejante: no había ningún lector en la biblioteca.

La biblioteca no es una cualquiera: Céline Haas trabaja al otro lado de la rue de Richelieu, en la Biblioteca Nacional. Mientras espera una posible promoción que la convierta en bibliotecaria adjunta, su trabajo consiste en defender y proteger la entrada de esa fortaleza comprobando que las personas que se presentan, en general en gran número y bastante antes de la apertura, vayan provistas de carnés de lector en vigor, en conservar ese carné, en cierto modo como rehén, y devolverlo al lector a su salida. Es normalmente un trabajo muy entretenido, pero suponiendo que, como hoy, no se presente ningún lector, Céline Haas no tiene nada que hacer. Por eso ha podido pasarse la mañana leyendo los diarios, Le Petit Parisien, Le Figaro, L'Humanité, de manera que está informada de los detalles de las razones mayores de esa calma.

El tiempo parece haberse detenido. Y el espacio lo imita. Poco movimiento por el lado del hotel, que por cierto no anuncia estar completo. Los cafés tampoco están llenos. La plaza está vacía o casi. A veces Céline Haas viene a la plaza con una colega o escoge un banco no por su exposición al sol, sino porque la presencia de una madre de familia sentada allí le evitaría las insinuaciones y las groserías de los empleados de Prudhomme frères o la apestosa proximidad de aquellos a quienes ella califica de viejos pestilentes. Aquel día Céline Haas está sola en la plaza. Ni siquiera un gato. Al menos eso es lo que ella ve. El viento ha cesado. Las palomas han suspendido su vuelo y no se lanzan a dar la vuelta a la plaza. Céline Haas observa que se oye el gorgoteo de la fuente, lo que confirma que hay poca circulación, pocos ruidos. Ha habido un sonoro ensayo de sirenas a mediodía, ¡Uuuuh, uuuuh! ¡niinoo, niinoo!… Pero ya se acabó. Observa a las mujeres-río, los signos del zodiaco sobre la pila de la fuente y los peces rojos, también ellos silenciosos, en el estanque. Detrás de la fuente, ve la salida de la plaza, la acera, dos transeúntes, uno con un periódico en la mano, un tercero con una manga vacía embutida en un bolsillo, los adoquines en la rue de Richelieu, de vez en cuando un coche, la enorme fachada de la Biblioteca Nacional, cuya entrada da paso al patio de honor, y a la derecha, invisible desde la plaza, una de las primeras obras maestras de la arquitectura metálica, el vestíbulo concebido por Labrouste en 1868, veinte años antes de que Eiffel construyera su torre.

Céline Haas mira su reloj de pulsera y constata que es la hora de volver a su puesto. Se levanta, se sacude la falda, recoloca los rizos rubios de su cabello, coge su bolso, se pregunta una vez más por qué el Sena está más vestido que las otras mujeres-río, tal vez porque sencillamente está frente a la biblioteca. Se da cuenta entonces de que en realidad no estaba sola en la plaza. Un hombre, a quien un árbol no le permitía ver, se levanta a su vez. Lleva un abrigo marrón y gafas rectangulares con los cristales gruesos. Céline Haas lo conoce, en ese momento lo reconoce: es el Bobalicón, así es como ella lo llama (para sus adentros). Es un lector, uno de esos cuyo carné, aun a sabiendas de que siempre está en regla, ella comprueba cada vez que se presenta, pues no hay razón para no aplicar el reglamento a un bobalicón. Si le ha puesto ese apodo es porque no le gusta la manera en que la mira. No huele mal y ni siquiera es viejo (tiene treinta y cinco años, su fecha de nacimiento figura en su carné de lector, también su nombre, lo cual no es óbice para no ponerle un apodo) como para calificarlo de viejo pestilente o de vejestorio pervertido, pero no hay ninguna duda de que es un bobalicón.

Debía de estar observándola desde hacía un rato. Probablemente haya entrado en la biblioteca mientras ella estaba desayunando, ha dejado su carné de lector a su compañera, ha pedido sus libros y se ha ido a esperar a la plaza a que los empleados se los traigan. Y, por supuesto, ha visto a Céline Haas y la ha esperado. Y se las arregla para llegar a la salida de la plaza al mismo tiempo que ella, se inclina educadamente y le dice a la señorita Haas: «Señorita, tiene usted unos bonitos ojos, especialmente el derecho». Y es verdad. Céline Haas lo sabe; con todo, no sabe qué responder, así que dice «Señor, vamos a entrar en guerra», y gira la cabeza a la derecha. De ese modo puede leer en la columna Morris que en el cine Opéra ponen Le Retour d'Arsène Lupin y que, al día siguiente por la tarde, la Ópera ofrecerá El oro del Rin. El resto está oculto por un gran cartel que lleva destacado el número 8: se trata de una nueva llamada a los reservistas. Céline Haas cruza la calle y entra en la biblioteca seguida por el bobalicón.

Aquel día, jueves 29 de septiembre de 1938, la Biblioteca Nacional tuvo al bobalicón como único lector en los mil ciento cincuenta y cinco metros cuadrados del vestíbulo principal. Los poderosos dirigentes de los poderosos países de Europa estaban reunidos en Múnich para autorizar a Hitler a invadir Checoslovaquia. Un año después, se declararía la guerra.

SUZANNE, 24 DE ABRIL DE 1939

En 1939, y concretamente el 24 de abril, tuvo lugar una sesión de la Academia de Ciencias. Nada del otro mundo: esas reuniones se celebraban todos los lunes y el 24 de abril de 1939 era lunes. Nada del otro mundo tampoco en el desarrollo de la sesión: el habitual montón de cartas de lunáticos que habían descubierto la cuadratura del círculo y otras elucubraciones. Una sesión bastante feminista, podría decirse, puesto que figuran diez mujeres en la lista de los autores de los artículos que han publicado los Comptes rendus de l'Académie des sciences aquel día. Diez mujeres, lo cual significa diez artículos de cuarenta y nueve, o diez autoras de sesenta y siete autores, cifras que no necesitan comentarios. No se hablará sobre la materia de las disciplinas en las que trabajan esas científicas (ninguna en Matemáticas, por ejemplo). Sin embargo… ¿Del estado civil, tal vez? De esas diez mujeres, siete van acompañadas de la mención mademoiselle. ¿Acaso porque las señoritas son más jóvenes y su frecuencia obedece a una feminización de los oficios científicos que seguiría un curso implacable? ¿Porque han consagrado su vida a la ciencia y no se han molestado en casarse? ¿Porque sus pares de las sesiones anteriores se han casado y han abandonado sus actividades científicas? Dos de esas mujeres se llamaban Suzanne, Suzanne Veil, una física, y Suzanne Haas, autora, con Gustave Guittonneau, el director de su laboratorio, de un estudio que demostraba que determinado hongo, llamado Sporotrichum aureum, era responsable de la calidad de un buen saint-nectaire[14] y del color amarillento de su corteza. El resumen se clasificó en la sección «Micología aplicada», que le venía como anillo al dedo. Dicho trabajo se describió de manera más detallada en dos artículos que aparecieron, uno en 1940 y el segundo en 1941, en la revista especializada Le Lait. Guittonneau, el director del Laboratorio Nacional de las Industrias Lecheras, donde Suzanne Haas era investigadora (auxiliar), era el especialista francés en leche.

En el índice de los Comptes rendus de l'Académie des sciences de los años treinta, figura otra señorita Haas, Justine, una física, a la que el profesor Jean Perrin había facilitado una nota sobre los neutrones lentos el 13 de agosto de 1934, lo que quiere decir que ese trabajo, realizado en el Instituto del Radio, el laboratorio de Marie Curie, se había llevado a cabo en el momento de la muerte de ésta.

El nombre de Suzanne Haas, especialista del saint-nectaire, aparece también en su forma abreviada y mecanografiada:

SRTA. HAAS INVESTIGADORA (AUXILIAR)

en un informe de 1942 en el que se detallaba la lista del personal científico del Ministerio de Agricultura destituido de sus funciones en aplicación de las leyes antisemitas (francesas). El Memorial de la Shoah no ha registrado ni su deportación ni su muerte. La lectura de los índices de autores de las publicaciones especializadas no contiene ningún artículo firmado por una mujer llamada Suzanne después de la guerra, en los años cuarenta y a principios de los cincuenta. Suzanne Haas probablemente cambió no sólo de nombre, sino también de oficio. Por lo demás, sucede lo mismo con Justine Haas. Puede que ambas encontraran a un apuesto joven (o un hombre menos joven y menos apuesto) y que las dos desaparecieran del mundo de la micología aplicada, de los neutrones lentos y de las publicaciones científicas. Pero han encontrado su sitio en las páginas de este libro.

VICTORINE,[15] 26 DE ABRIL DE 1939

Estaba en París.[16] Había caminado desde la gare de l'Est, pues la señora Herrgott me había hecho aprender el itinerario de memoria:[17] boulevard de Strasbourg; a la derecha, el boulevard de Saint-Denis; todo recto, el boulevard des Italiens; a la izquierda, la rue de Choiseul. Sin mirar el escaparate de la tienda de confección, entré por la puerta cochera, pasé por delante de la garita del portero; un hombre me miró con desdén, me preguntó adónde iba y me indicó la escalera. Toqué el timbre del primer piso. Una mujer corpulenta, con el pelo blanco, me abrió, me acompañó a un vestíbulo y me dijo que esperara allí. Cuando llegó la señora, le entregué la carta. «¡Al menos es usted puntual!»,[18] dijo, y empezó a examinarme de pies a cabeza. Me pidió que me quitara el abrigo[19] y, a continuación, empezó a dar vueltas a mi alrededor. Yo llevaba mi vestido más limpio.[20] Había bajado los ojos y no veía más que mis dos botines sobre el parqué encerado y mi bolso junto a ellos. Me miró el pelo y dijo que nunca había tenido una criada pelirroja.[21] Luego me preguntó qué edad tenía y resopló.[22] Leyó la carta de la señora Herrgott y dijo que me pagaría exactamente lo mismo que ella.[23] También me dijo que la señora Herrgott había escrito que yo era una buena católica. Yo no dije nada.[24] «¡Es verdad! ¡Es usted huérfana!»,[25] y frunció el ceño. Yo bajé la cabeza para que no viera que estaba a punto de llorar. Luego dijo que esperaba que yo no fuera una desvergonzada y añadió: «Estas chicas son todas iguales»,[26] en fin, tampoco tenía elección. Miró la carta y trató de leer mi nombre, pero era demasiado complicado, así que dijo: «No importa –y añadió–: aquí, usted se llamará Victorine, será más fácil». Y tocó el timbre. La mujer corpulenta de pelo blanco acudió; se había puesto un delantal y era evidente que era la cocinera. Le dijo: «Perrine, ésta es Victorine. Empieza inmediatamente. Enséñele su habitación, dele la ropa de la antigua Victorine, haga algo con esas greñas y póngala a trabajar». No dije nada y seguí a aquella mujer. Entramos en la cocina. A pesar del frío, la ventana estaba abierta de par en par y se oían voces procedentes del patio.[27] Subimos hasta el quinto piso por la escalera de servicio, atravesamos un largo pasillo pintado de amarillo claro que doblaba dos veces en ángulo recto, pasamos por delante de puertas asimismo pintadas de amarillo y nos detuvimos casi al final del todo. Vi dos pequeños lavabos y un retrete que no olía demasiado bien. La cocinera abrió una de las puertas, entré. Era un cuarto pequeño y abuhardillado, olía a sopa de cebolla y

a humedad; había una pequeña cama de hierro, una silla, un aguamanil de madera blanca con una palangana y una jarra de agua, una cortina sucia y un ventanuco por el que podía verse un trozo de tejado gris.[28] A pesar de subir a toda velocidad los cuatro pisos, sentí escalofríos. Me mostró la cortina y me dijo que había una manta más. Pensé: bueno, ésta es mi casa ahora. Me probé el vestido negro, el cuello y el delantal blanco de la anterior criada. Afortunadamente, el vestido era de mi talla. La cocinera me dijo que me conseguiría una cofia de encaje. Bajamos. En la escalera comentó que el edificio era suntuoso y confortable,[29] que naturalmente la escalera principal tenía calefacción, y que allí sólo vivían personas de orden. Me dijo asimismo que la criada anterior se llamaba realmente Victorine, que la habían despedido porque estaba embarazada y que debería cerrar bien mi puerta por la noche.[30] Comentó que la señora Lorans no era mala,[31] que su hijo mayor, el padre Lorans, era muy amable, y que el otro, el joven, tenía más o menos mi edad, por lo que debería tener cuidado con él.[32] Llegamos a la cocina. Yo había dejado mi bolso en la habitación, encima de la cama.[33] Dijo que había una mujer que haría el parqué y la colada,[34] pero que el polvo era cosa mía, y que era mucho trabajo porque allí había muchos libros, sobre todo en la habitación del sacerdote. Cerró la ventana y puso café a calentar en el hornillo de gas. También encendió el gas bajo la olla que había en el hornillo. Dijo que yo haría la colada delicada y la plancha, que había manteles con encaje que se cambiaban en todas las comidas.[35] Me senté como me dijo y empecé a sacar brillo a la cubertería de plata. Me dijo que yo no parecía muy habladora y sonreí. La olla olía muy bien, así que le dije que al menos podía estar segura de comer bien en aquella casa. Se rio y reparó en que tenía un curioso acento.[36] Nos reímos las dos y ya no tuve miedo. Sirvió el café y me dio un trozo de pastel. Añadió: «Mientras esperamos la cena». Luego la señora tocó la campanilla.

PAULINE, 29 DE MAYO DE 1939

Es un rectángulo de cartón delgado que, al desplegarlo y abrirlo, se convierte en otro rectángulo (doble) de doce por quince centímetros. Han pegado encima unos timbres fiscales (de diez y de tres francos), (el segundo oculta una parte del título del documento, de manera que no puede leerse más que el final: «DENTIDAD»), han grapado una fotografía (de una joven, está casi de cara, frente despejada, pelo rizado cayéndole sobre los hombros, chaqueta de pata de gallo, un jersey, bonita sonrisa), han rellenado las casillas correspondientes al estado civil (Apellido: Haas; Nombres: Pauline, Lucienne; Nacido-a el: 14 de noviembre de 1919; en: París (IX), Departamento: —; Nacionalidad: francesa; Domicilio: Escuela Normal Superior [Sèvres, S. y O.]) y a la descripción (Estatura: 1'50 m; Pelo: castaño oscuro; Bigote: —; Ojos: marrones; Marcas físicas: —; Nariz: [Tabique: recto, Base: leg. rel., Tamaño: mediano]; Forma general del rostro: ovalada; Tez: clara). Un tampón ha dejado constancia de la fecha (Sèvres, 29 de mayo de 1939), luego Pauline ha impreso la huella de uno de sus dedos y ha firmado (P. Haas) y el oficial de policía ha firmado también (ilegible).

Al cabo de dos años y medio, Pauline se presenta en la prefectura de policía para un control. Dos nuevos sellos dejan constancia.

La cartulina es de color amarillo pálido, los timbres fiscales son rosa y azul cielo, las inscripciones manuscritas son negras, la foto de identidad es en blanco y negro, es decir, en gris, la tinta de los tampones «Sèvres, 29 de mayo de 1939» y «Controlado el 3-II-41 en la Prefectura de policía» es azul, la del sello JUDÍA es roja.

CLAUDINE, 2 DE SEPTIEMBRE DE 1939

Han llegado uno detrás de otro, Claudine la primera, como hace a menudo, luego Christophe, que es el secretario de la célula y tiene la llave del local, que no es sino la trastienda de la librería, cerrada a esas horas. Viniendo de la calle, hay que pasar por una estrecha entrada y, en el pasillo, que hoy todavía está más oscuro que de costumbre, a la derecha, hay una puerta de hierro. Christophe la abre, enciende la luz y los dos parecen deslumbrarse a pesar de que siempre se han quejado de que la bombilla no iluminaba lo suficiente, deslumbramiento provocado por la oscuridad de la que vienen y en la que está inmersa la ciudad por primera vez aquella tarde: incluso los automóviles circulan con las luces apagadas. El local no tiene ventanas, de manera que no hay ningún motivo para no encender la luz, ya que no se la puede ver desde el exterior. Cada recién llegado entorna los ojos al abrir la puerta, y todo el mundo hace un comentario sobre la defensa pasiva.

El mismo olor a tinta, a polvo y a cerrado; el mismo calor asfixiante, las mismas pilas de viejas octavillas en el suelo, pilas sobre las que uno se pregunta cómo no se desmoronan, y, pese a todo, el juego de las siete diferencias, al que se entrega el tesorero nada más entrar: han descolgado los marcos con la foto de Jaurès y la de Lenin en su despacho y los han puesto encima de la mesa; el cajón superior de la taquilla metálica está abierto, vacío; la foto de Maurice y de los camaradas en el muro de los Federados se ha caído al suelo; el retrato de Stalin también… Esa mañana ha habido un registro, se han llevado los libros de contabilidad, más o menos vacíos, los esténciles, dice Christophe. Pero no se han llevado a Titine, observa Églantine, que acaba de entrar. Titine es el diminutivo cariñoso de la ronéo.[37] Claudine cierra el cajón, cuelga los dos marcos, cada uno de su clavo, pone al camarada Stalin en la estantería, recoge la foto del Père-Lachaise preguntándose, como lo hace en cada reunión, por qué no se ve más que a los comunistas y no, por ejemplo, a Léon Blum, que ella recuerda perfectamente que estaba allí, con ellos; quizá los dirigentes socialistas llegaron después o quizá no sea una foto de la misma manifestación, se dice una vez más, pues al fin y al cabo la gente se sube al Muro todos los años en primavera, ella misma lo ha hecho varias veces, recuerda muy bien al propio Blum en mayo de 1936, el futuro presidente del Consejo con el puño en alto junto a los camaradas: estaba claro que el mundo iba a cambiar.

Y de aquello sólo hacía tres años…

Wolff Tanzmann, de veinticuatro años, moreno, de ojos azules, pero con el pómulo izquierdo hinchado y el labio partido, acaba de entrar en el local. Él también ha entornado los ojos. Églantine da un grito y todo el mundo se gira. Wolff Tanzmann sonríe. Estaba repartiendo unas octavillas, dice, con unos amigos estudiantes delante de la Sorbona y nos detuvieron al ver la palabra Humanité en ellas. Si está prohibido el periódico, las octavillas también. Se resistió un poco, y lo hicieron entrar en razón. Nada grave, dice. Ayer se pasó el día entero en comisaría.

–Los viernes nunca me gustaron –añadió riendo a la vez que hacía una pequeña mueca, pues al reír le dolía el labio.

–Has tenido suerte: hay dieciséis camaradas a los que van a juzgar por lo mismo. Y a dos chicos de diecinueve años les han caído tres meses de cárcel.

–En cualquier caso, camarada –dice Églantine–, te han desfigurado. Y, francamente, es una lástima. Aquí te preferimos como eras antes, ¿no es cierto, Claudine?

Claudine sonríe. Églantine es directa y el chico, en su estado normal, bastante seductor. Asiente porque, cuando se tienen cuarenta años, no cuesta decirle a un hombre joven, en público, que es guapo. Claudine tiene buenas relaciones con Tanzmann desde el día en que él le contó, volviendo de una reunión de la célula y con mucha gracia, todos sus problemas de nacionalidad, que ni las partidas de nacimiento polacas que había comprado su familia ucraniana ni tampoco el decreto de naturalización habían bastado para regularizar su situación, pero que ahora ya estaba todo solucionado.

Los impuntuales continuaban llegando y se iban instalando alrededor de la mesa. El tesorero, tras sacar un cuaderno y una regla, había trazado ya algunas líneas mientras los presentes se iban poniendo al día de sus cotizaciones, pagando sus timbres.

–Han evacuado las estatuas del Louvre –dice una que ha visto una foto en Le Popu.

–¡Vaya! ¿Ahora lees el Popu?

–¿Y qué quieres que lea? ¿Le Matin, quizá?

A veces a Claudine le da por contar cuántos cientos, cuántos miles de horas habrá perdido, al final de su vida, sólo por llegar siempre puntual a las reuniones, que empiezan siempre con retraso. Pero probablemente aquella será la última y, esa noche, es tranquilizador estar con los camaradas, aunque sólo sea para esperar a que empiece la reunión… «Bueno –dice finalmente el secretario–, son las nueve, así que tal vez deberíamos comenzar.» A la cuenta de las siete diferencias hay que añadir la ausencia de varios jóvenes ya movilizados. A pesar de todo, son nueve: Églantine; Claudine; dos mujeres, una de las

cuales (la que ha hablado del Louvre y del Populaire) se llama Marguerite y es la secretaria de un abogado (comunista él también) y la otra trabaja en la industria peletera; Christophe; Wolff; Mahmoud (un estudiante de Derecho argelino, que está esperando la orden de movilización); el tesorero, y una mujer, que ha llegado con retraso porque estaba escuchando las noticias de las siete y media en la radio. «Las noticias del Populaire no son peores que las de la radio», dice Marguerite.

Y da comienzo la reunión, con su rutina habitual, el orden del día y el acta de la reunión anterior, hace dos semanas; a continuación el secretario lee el informe sobre la situación política, que los demás escuchan intercambiando miradas consternadas, incrédulas, perdidas. Y la discusión, que empieza con la pregunta que todo el mundo se hace: ¿qué hacemos? Ya no tenemos más Huma que vender, ¿qué hacemos? Y, si no tenemos L'Huma, ¿cómo vamos a enterarnos de la verdad? Y, además, ¿quién se quedará?

–Se irán todos, ¿verdad? Wolff, ¿a ti también te van a movilizar?

–Me voy mañana.

–Sólo quedarán las mujeres, las comunistas. En femenino.

–¿Y qué vamos a hacer para explicárselo a las masas? –pregunta una de las mujeres precisamente.

Explicar, sí, el pacto habrá que explicarlo. Para empezar, tendríamos que estar seguros de que nosotros lo hemos comprendido. Solamente hace ocho días de ese pacto, el pacto germano-soviético, que nos ha caído encima como un mazazo, y todo lo que ha venido después, la incautación de los periódicos parisinos L'Huma y Ce soir, y luego su prohibición pura y simple, y ahora la guerra, en fin, la guerra realmente todavía no, pero sí la movilización.

–Camaradas, el problema es la no-intervención. En España, en Checoslovaquia y en Austria, no se intervino. ¿Por qué? Pues porque la guerra que ellos quieren es la guerra contra los rusos.

–Pero no hablas del pacto –objeta Marguerite.

–Escucha, camarada, no se puede comprender el pacto si no se recuerda lo que hubo antes. Los camaradas soviéticos necesitan tiempo para reorganizar su ejército después de la ejecución de los espías hitlerianos hace dos años. En Múnich nuestros gobernantes prefirieron a Hitler. Nosotros siempre hemos estado contra el hitlerismo. No se está contra todas las guerras. No tienes más que pensar en España.

–No es lo mismo. En España se trataba de la guerra del pueblo.

–Es igual. Los comunistas cumplirán con su deber de patriotas.

Con su vestido de verano gris perla, Claudine está sudando la gota gorda. Llega el turno de preguntas sobre los diputados que habían abandonado el Partido y sobre lo que hará Maurice Thorez.

–¿Han movilizado a Maurice?

–No se hace la guerra echándose los obreros a la espalda –dice Églantine–, porque los obreros, bueno, una vez más son ellos los que pagarán el pato.

–Porque los canallas que provocan las guerras –tararea Claudine.

–Exactamente, camarada pianista, ellos no mueren nunca.

–Sobre todo –dice el secretario–, si es contra los obreros contra quienes se quiere hacer la guerra.

Oscura velada. Oscura por más de una razón, piensan quizá unos u otros. Después del debate, que concluye con la resolución de dirigirse a las masas y explicarles lo que está pasando, se plantea la cuestión de la propaganda y, por tanto, aquella noche, fundamentalmente, la de qué hacer con Titine. Teniendo en cuenta que ya no hay periódicos, el Partido necesitará ronéos. «Es una suerte que la nuestra siga aquí, pero hay que sacarla, llevarla a otra parte, ponerla a buen recaudo. Esta misma noche, aprovechando esta oscuridad. A casa de alguno de nosotros.» Se miran unos a otros.

–A casa de una o de uno de nosotros.

–A la de Tanzmann no –dice Églantine–, puesto que se va.

–Mi hermano también se marcha –dice Wolff.

–Pero tú tienes una hermana, camarada –dice el secretario.

–Sí, pero mis padres son mayores y mi hermana no está realmente de nuestro lado. No, sería demasiado arriesgado, para ellos y para nosotros.

–Tampoco en casa de Églantine –dice el secretario–. Es demasiado conocida. Necesitamos a alguien que no levante ninguna sospecha. Una artista. Que vaya a misa todos los domingos.

Todas las miradas se vuelven a Claudine.

–Yo no voy todos los domingos.

–Pues tendrás que ir.

Claudine reflexiona.

–Vivo en la planta baja, tengo un trozo de sótano justo debajo: podríamos probar a meterla ahí.

–¿No será un refugio, tu sótano?

–No, hay un refugio en el edificio de al lado, que tiene el sótano más grande. Nosotros también nos refugiamos allí.

–Entonces la guardamos en tu casa. Y tú tocarás el piano mientras la utilizamos.

–Perfecto, pero no por la noche. De acuerdo. Además, no está muy lejos.

Quedan todavía algunas cosas por decidir, tareas que encargar, porque ésa es la costumbre, la regla, pero ¿quién quedará ahí para hacerlo? ¿Y hacer qué? La fecha de la próxima reunión ya está fijada a pesar de que nadie está realmente seguro de que haya una próxima

reunión.

A continuación, desmontan la ronéo (un poco), transportan las piezas (a oscuras, aunque ahora está algo menos lóbrego porque la luna, no completamente llena, ha salido), y las bajan al sótano de Claudine. Luego, Églatine, Claudine, Mahmoud, Wolff y el secretario de la célula vuelven a montar la máquina. Es tarde. Debido a la defensa pasiva, todos los bistrós han cerrado a las once, así que, como son casi las doce, Claudine hace café en su casa tarareando «Ah laissez-moi rêver». El secretario está satisfecho, aliviado, por haber colocado a Titine. ¡Hay que celebrarlo! Y, además, puesto que él ya no es joven, le han mandado a la reserva; Wolff en cambio se va mañana. Tienen que despedirse.

–Siendo comunista, ¿cómo voy a comportarme en el ejército?

–Haciéndolo como mejor puedas, camarada. En todas partes los comunistas deben ser los mejores.

–La guerra contra Hitler es mi guerra, es la guerra de todos, aunque no gritemos «¡A Berlín!».

–No, ése ya no es el problema, no es un problema ser francés, polaco ni alemán.

–Ni argelino –tercia Mahmoud, que solía hablar poco.

–Sí, tienes razón. Aunque no tuviera la nacionalidad francesa, me habría presentado voluntario. Tengo unos primos que, pese a no ser franceses, quieren alistarse en la Legión Extranjera.

–Y tú, ¿sabes adónde te mandan? –pregunta Églantine.

–A la defensa antiaérea, en el sudoeste –responde Wolff–. De momento no sé nada más.

–Si pasas por Périgueux, tengo una prima que vive allí. Ve a verla de mi parte –dice Claudine mientras anota la dirección de su prima en el carné de Wolff. Y añade–: Ven a vernos, cuando tengas vacaciones.

–Sí, creo que me gustará tomar algunas clases de piano. Y tú, camarada pianista –dice con una mueca cómica imitando a Églantine–, no olvides ir a misa mañana por la mañana.

Aquella noche, la primera noche de oscuridad –en el sentido físico, el de la defensa pasiva– fue también la última noche de paz o, si se prefiere, de preguerra. La guerra se declaró al día siguiente, el 3 de septiembre de 1939.

ÉVELINE, 1 DE MAYO DE 1940

Fue en París, frente a la gare de l'Est, donde la señora Michel vio por primera vez a la señorita Haas. Fue en la cafetería de esa estación donde se conocieron. Una estaba allí para acompañar a su hijo; la otra, a su sobrino. Era el 1 de mayo de 1940. La guerra acababa de empezar; se la calificaba de rara o incluso de drôle,[38] pero estaba llena de promesas, como demostraban las batallas que se libraban en el norte de Europa. Y hacia esas promesas tenían que volver los dos jóvenes, cuyos permisos habían finalizado. Era el 1 de mayo y, a causa de la guerra, el día no era ni festivo ni laboral. Y sería lo mismo al día siguiente, 2 de mayo, que aquel año coincidía con el día de la Ascensión. Se habían suprimido dos días de fiesta, la de los trabajadores y una cristiana, para evitar los celos. A pesar de todo, se vendía muguete en la calle, y ambas mujeres llevaban en la mano la ramita de la suerte que les había regalado el joven al que cada una acompañaba.

Los dos hombres eran subtenientes. El más joven tenía treinta y un años y en la vida civil era bibliotecario en un instituto científico; el otro tenía treinta y cinco y antes de la guerra trabajaba de obrero fundidor. Seguramente, si no hubiera habido guerra, jamás se habrían conocido y, por lo tanto, ellas tampoco, cualquiera sabe. Pero mira por dónde, había guerra y ellos estaban (o no estaban, o no estaban todavía, pero lo estarían muy pronto) luchando juntos. En otra historia, aquí podrían figurar los números de los regimientos, RI 137, o batallón 1º del RRT 220, o incluso 31º de dragones…, detalles sobre los hombres y las armas, pero para ésta, nos bastará con saber que se habían conocido, que se apreciaban y que incluso se habían hecho amigos.

Las dos mujeres y los dos subtenientes habían llegado de dos en dos, pero simultáneamente, de manera que se habían encontrado a la salida del metro. La señora Michel y su hijo venían de République, y la señorita Haas y su sobrino, de Opéra. Los hombres estaban un poco avergonzados (pero no lo demostraban) de que se los viera acompañados de una mujer de más edad; las mujeres, por el contrario, estaban orgullosas (y lo demostraban) de que se las viera con un hombre que podría ser su hijo. Fue, por tanto, en la explanada, delante de la balaustrada tallada en piedra, pues había (y todavía hay) una explanada con una balaustrada tallada en piedra frente a la gare de l'Est, donde tuvieron lugar las presentaciones. A continuación, los

cuatro cruzaron la calle, entraron en la estación y volvieron a encontrarse bajo la cúpula en medio del bullicio, la agitación, los anuncios de los altavoces, los silbidos de los empleados y de las máquinas, el vapor y los gritos de los mozos de estación. Intercambio de adioses, las mujeres estrechadas en los brazos de los jóvenes, las lágrimas contenidas, consejos por ambas partes, porque las mujeres un poco mayores son objeto de la ternura y la solicitud de sus hijos, y porque éstos no sabrían ni protegerse lo suficiente ni mostrar la suficiente prudencia sin aquellos consejos repetidos una y otra vez. Acto seguido, ellos se fueron. Y ellas se quedaron agitando las manos en dirección al andén y a los niños, que se alejaban, uniformes entre los uniformes.

Si bien los uniformes y los hábitos militares, adquiridos rápidamente, ocultaban las diferencias sociales y las profesiones de los dos hombres, no sucedía lo mismo con la ropa y el físico de las dos mujeres. Tenían más o menos la misma edad y el pelo igualmente entrecano, con predominio de las canas. Pero una se lo había recogido cuidadosamente en un moño muy apretado, mientras que la otra llevaba un sombrero negro sobre un rostro enmarcado por unos rizos perfectos. De las dos podía decirse que, a pesar de sus arrugas, eran «todavía guapas». Aun así, una había añadido un poco de colorete a sus pálidas mejillas, mientras que el rostro de la otra estaba como bronceado y no mostraba ninguna traza de maquillaje ni de afeite. Las diferencias en la indumentaria coincidían con esas diferencias físicas. Por ejemplo, la del moñito llevaba una chaqueta de punto de lana marrón, y la otra, una chaqueta sastre.

Sería excesivo deducir de estos detalles el lugar que ocupaba cada una de ellas en las relaciones de producción y la división de la sociedad en clases que se deduce de aquellas relaciones. No obstante, intentaremos dar una explicación a esta descripción que justifique nuestra afirmación de que una parecía pertenecer a la clase obrera y la otra a la burguesía.

Una vez que las siluetas de los dos subtenientes hubieron desaparecido de su vista, podrían haberse dicho educadamente adiós y haberse ido cada una por su lado, cada una hacia su barrio o, a lo sumo, podrían haber caminado juntas hasta el metro y haberse despedido allí tras haber intercambiado algunas banalidades sobre la dificultad de viajar en metro con tantas líneas y tantas estaciones cerradas, puesto que la señora Michel iba a Voltaire y la señorita Haas a Villiers, algo que asimismo confirma las valoraciones sociales abusivas que preceden.

Sin embargo, las cosas ocurrieron de otro modo.

Sucedió que una de ellas se sintió mal y se cogió instintivamente del brazo de la otra para no caerse, y que la otra la cogió y la sostuvo,

y luego, pensando que no era nada grave, la acompañó hasta la cafetería, recogió la ramita de muguete que se había caído al suelo, la ayudó a sentarse y pidió al camarero que les sirviera un café con leche, lo que el camarero tradujo en parisino voceando «deux crèmes!». «Con mucho azúcar», añadió ella, a lo que el camarero respondió abriendo los brazos con un gesto de impotencia que sustituía un posible y largo discurso en el que le habría recordado que vivían un período de restricciones, cosa que la señora no podía ignorar, puesto que sin duda, como él, habría rellenado recientemente un formulario para obtener una cartilla de racionamiento y que, como sin duda ella también sabía, el azúcar había desaparecido prácticamente de los estantes de los ultramarinos y, en consecuencia, también de las despensas de las cafeterías de estación y otros cafés restaurantes. La señora Michel sacó entonces del bolsillo de su chaqueta dos terroncitos de azúcar y, con autoridad, los metió en la taza que el camarero acababa de dejar frente a la señorita Haas. «Eran para mi nietecita», dijo a guisa de toda explicación. Y así fue como empezaron a hablarse. A nadie extrañará que una de ellas se exprese mejor que la otra, precisamente aquella que había tenido el mareo, por lo que eso obligó a la otra a tomar la iniciativa, cosa que indudablemente facilitó los comienzos de la relación.

La señora Michel no había tenido nunca muchas ocasiones de hablar. Desde su llegada a París en septiembre, el temor a que se burlaran de ella por su acento de los Vosgos limitaba todavía más sus veleidades expresivas.

–¿Se encuentra mejor, señora?

–Sí, gracias, mucho mejor. Es usted muy amable.

La señorita Haas se encontraba mejor, no comprendía qué le había pasado; las piernas de repente fláccidas, ¿tal vez por la emoción? Era la primera vez que le ocurría algo así, dijo también, y luego se interrumpió, pensando tal vez que todas aquellas explicaciones por su parte no eran lo más adecuado en aquel momento. Haber mencionado la emoción llevó a las dos mujeres a intercambiar algunas palabras inevitables sobre la situación y sobre los dos subtenientes. Y así fue como la señora Michel supo que el sobrino de la señorita Haas había perdido a sus padres a los doce años y vivía con ella, que no tenía hijos. Incluso las mujeres menos locuaces están dispuestas a hablar de sus hijos, de manera que la señorita Haas supo por su parte que el hijo de la señora Michel era soltero, pero tenía un hermano y dos hermanas, y que la señora Michel tenía en total cinco nietos. Sus respuestas a varias preguntas de la señorita Haas permitieron a ésta saber que la señora Michel había vivido en el departamento de los Vosgos hasta la declaración de la guerra y que entonces su hija parisina la había obligado a ir a París no porque su yerno estuviera

movilizado, como había sugerido la señorita Haas en una desafortunada interrupción, sino porque los hijos de la señora Michel pensaban que estaba demasiado cerca de Alemania y, además, estaba sola allí y ellos temían por ella. En cuanto al yerno, si no lo habían movilizado fue porque era polaco, sombrerero y todavía no había obtenido la nacionalidad a pesar de que su esposa era francesa y del nacimiento de su hija –un francés daba la nacionalidad francesa a una esposa extranjera, pero no a la inversa, así era la ley, y la solicitud no se había resuelto todavía–, pero él quería defender a Francia y se había enrolado en la Legión Extranjera el 8 de noviembre. Se enteró también de que la señora Michel vivía con esa hija y este yerno cerca de la place Voltaire.

La nieta a la que estaba destinado el azúcar se llamaba Anne, pero la llamaban Aniouta, y esta información fue la respuesta a una nueva pregunta que había hecho la señorita Haas, como si quisiera disculparse por haber hecho demasiadas. A continuación, la señora Michel se puso a dar vueltas a la cucharilla en su taza de café con leche, en la que sin embargo no había puesto el azúcar, pero había que tener las manos ocupadas. Y, además, una cucharilla que da vueltas en el café con leche exige una atención constante, lo que dificulta mirar a una interlocutora curiosa de más. El silencio que acompañó a esta operación fue muy relativo, ya que en la estación se oían los altavoces emitiendo anuncios que no se entendían, a lo que había que añadir toda clase de ruidos causados por la presencia de seres humanos y de trenes, por la de los clientes en la cafetería y de los camareros voceando las comandas. Un silencio relativo pero denso que la señorita Haas rompió retomando aquel recurrido tema de conversación y diciendo que a ella también le habría gustado tener nietecitos, pero que no sabía si se podía esperar tenerlos en plena guerra y que, en cualquier caso, su sobrino estaba soltero.

Hay que subrayar el hecho de que la señora Michel, por su parte, no hizo ninguna pregunta. La señorita Haas se miró el reloj de pulsera y dijo que no quería hacer perder su tiempo a la señora… y la suspensión de la frase fue también una pregunta, pues no había entendido el nombre cuando se hicieron las presentaciones en la explanada que había frente a la estación. ¿Y cómo dejar sin respuesta una pregunta que nos hace una persona sentada enfrente y a quien hemos endulzado el café con leche con unos terrones de azúcar que guardábamos para nuestra pequeña Aniouta? La señora Michel respondió e incluso sonrió. Estaba incómoda y retraída pero cautivada. La señorita Haas era una burguesa parisina, bien peinada y bien vestida, una dama con sombrero, pero era ella, la obrera de los Vosgos con una chaqueta de punto, quien ejercía de protectora, de anfitriona. Tras decir su nombre, Martine Michel, añadió que la

pequeña estaba en casa de una vecina y que todavía tenía algo de tiempo.

«Pero usted debe de estar muy ocupada», prosiguió diciendo, aunque no pudiera imaginar en qué ocupaban sus días mujeres como la señorita Haas. «Sabe usted –respondió la señorita Haas, y aquello era más una respuesta a la pregunta que la señora Michel no había hecho que a la que había hecho– estoy escribiendo un libro.» Esa noticia y su asimilación hicieron el silencio todavía más denso. La señora Michel nunca había conocido a nadie que escribiera libros y no sabía qué había que decir en semejante circunstancia. Su cucharilla se puso a girar cada vez más deprisa en una taza prácticamente vacía mientras la señorita Haas pensaba para sí misma que tenía que mejorar en el arte de los matices.

Una de las propiedades del silencio es que en algún momento alguien tiene que romperlo, de manera que la señora Michel se vio finalmente en la obligación de encontrar algo que decir e incluso de hacer alguna pregunta.

–Perdóneme, pero sobre qué, si me permite que le pregunte.

–Pues bien –empezó diciendo prudentemente la señorita Haas–, sobre las mujeres. –Y el silencio que siguió la obligó a continuar–: Me gustaría hablar de su trabajo. De cómo trabajan, ¿comprende?

La señora Michel sabía perfectamente cómo trabajaba o había trabajado ella, en la fábrica, en el huerto o en casa, pero no imaginaba que pudiera haber alguna relación entre aquello y algo que se llamaría del mismo modo y pudiera ser motivo de un libro. Así que esperó la continuación.

–Estoy reuniendo documentación. Es decir, he hablado con varias mujeres o, mejor dicho, son ellas las que me han hablado.

–¿Qué mujeres? –La señora Michel era directa, como suelen serlo las personas que hablan poco.

–Toda clase de mujeres. Las mujeres, sabe usted, no hablan, pero pueden hacerlo todo. Y lo hacen.

Aquí cabría señalar que no es completamente exacto decir que no se hablaba de las mujeres y que era frecuente, incluso en aquella época, que se hablara de ellas en los periódicos. Unos días atrás, el presidente de la República en persona (acompañado de un montón de periodistas) había visitado a unas mujeres que dirigían sus granjas mientras sus maridos estaban en la guerra y les había felicitado. En el periódico hasta aparecía la foto de una trabajadora agrícola polaca. La señora Michel, que a diario había trabajado la tierra de su huerto, frente a la ciudad obrera, que a diario había ido a la fábrica, como todas las mujeres del valle, y que había criado a cuatro niños, se extrañó de que una trabajadora apareciera en la prensa. Ella había visto también a una aviadora, una norteamericana, que volaba a

mayor velocidad que los hombres y que había empezado siendo mecanógrafa. ¿Esas dos mujeres piensan alguna vez una en la otra, en la granjera o en la aviadora?

–Conocí a una enfermera a domicilio, ya sabe, esas enfermeras que visitan las casas, para que se tomen medidas preventivas contra la tuberculosis en los barrios…

–Pobres –completó bruscamente la señora Michel mientras que la señorita Haas, temiendo ofenderla, seguía buscando un eufemismo adecuado.

–Vi también a una joven física, a una trabajadora de una cadena de montaje de la Renault, a una costurera, a una maestra…

La señorita Haas se felicitaba por la manera en que había introducido a la obrera y a la costurera en su lista, como si no hubiera nada más natural cuando en realidad le había costado tanto conseguir que se decidieran a ir a su casa y hablar con ellas.

«Y una guantera, de Millau», añadió la señorita Haas sin contar cómo la había conocido, y la señora Michel no dijo nada de la hermana de su yerno polaco que trabajaba precisamente allí. «Me explicó que ella cosía los guantes que los obreros habían cortado. Me habló del trabajo del cuero en las peleterías, toda la familia trabajando a la vez en tal o cual etapa de la fabricación. Y luego, de cómo cosía, con la costura por dentro o por fuera, según los modelos, los bordados. En guantería se emplea el tiempo como se quiere, dicen los trabajadores guanteros, los hombres. Ese tiempo libre las mujeres lo dedican principalmente al trabajo en la casa o en el huerto. Y luego, los talleres, los salarios. Usted también ha debido de trabajar mucho», añade la señorita Haas, y se calla. La táctica del silencio tiene esa vez poco éxito: «Sí, en nuestro caso es la industria textil», responde la señora Michel, y se inclina a un lado para ver el reloj de la estación. «Si está usted segura de que se encuentra bien, señora, me voy a ir ya a casa.» Hace una seña al camarero, a lo que sigue la previsible discusión:

–Pago yo.

–No, pago yo.

–Pero, señora, soy yo quien la ha invitado.

La señorita Haas tuvo la sensatez de ceder, mientras sonreía amablemente dando las gracias. La señora Michel abonó las consumiciones al camarero, las dos mujeres se levantaron, la señora Michel observando a la señorita Haas con preocupación, cada una cogió su ramita de muguete de la mesa, caminaron hasta la explanada, rodearon la balaustrada tallada en piedra y bajaron juntas al metro.

«Me ha alegrado mucho conocerla. Le agradezco tanto el café con leche como la compañía. Me gustaría mucho volver a verla. Sería para mí un placer. Voy a darle mi dirección.» Buscó en su bolso, tuvo un

breve momento de indecisión que a la señora Michel le pasó desapercibido y al cabo del cual consideró preferible no sacar una tarjeta de visita, extrajo una libreta y un lápiz, apuntó su nombre, Éveline Haas, seguido de su dirección y de su número de teléfono en una hoja que arrancó y entregó a la señora Michel. Ésta le dio las gracias y guardó el papel en el bolsillo de su chaqueta. «¡Y dé las gracias a Aniouta por los terroncitos de azúcar!»

Se dieron la mano y se fueron, cada una por su lado.

ALBERTINE, 30 DE OCTUBRE DE 1940

El mejor adjetivo sería tal vez transparente. O quizá apagado. Aunque apagado es despreciativo, casi peyorativo, y no se corresponde demasiado bien. ¿Gris? Sí, gris, era gris: disimulaba sus cabellos y una parte de su rostro bajo una enorme pañoleta gris anudada bajo el mentón; llevaba una chaqueta de lana gris sobre una blusa de mezcla de algodón y lino gris; sus zapatos habían sido negros, pero hacía tiempo que eran grises y su capacho era, efectivamente, gris. Aunque llevaba otros colores, no eran visibles. Nada de miserabilismo: no tenía mala figura, ni siquiera estaba estropeada. Era la figura de una mujer todavía joven. Y luego estaban sus andares, a la vez rápidos y cansinos, no del todo sigilosos pero al menos discretos. Resumiendo: era una mujer a la que nadie miraba, a la que nadie veía. Era, también por su profesión, invisible: nadie mira a una mujer de la limpieza. Aquel día, en aquel momento, atravesaba el paisaje urbano para ir de uno de sus lugares de trabajo, en la rue Lafayette, a otro, en la rue de Choiseul. Estaba cansada, pero sobre todo dolorida. Le dolía toda la espalda. Caminaba sola entre la gente, sin mostrar más interés por lo que sucedía en el mundo a su alrededor que lo que ese mundo mostraba por ella. Transparente y miope.

En aquel preciso momento o casi, al otro lado de la Mancha, un aviador rubio que estaba bebiendo té, cierra los ojos pensando en su novia; era la hora en que, como todos los días, Radio-Paris emitía su concierto de mediodía; una pequeña cola de pasajeros esperaba en la place Clichy un autobús que hacía el recorrido a todo gas; Hitler, de vuelta en Berlín, acababa de dictar un telegrama en el que expresaba a Mussolini su satisfacción tras la entrevista de Florencia; algunos centenares de vacas normandas se subían a los vagones de animales; la policía parisina descubrió ciento cuarenta y siete kilos de mantequilla en el garaje de un restaurador; Rumanía empezó a excluir a sus judíos del servicio militar; una chiquilla de once años llamada Paulette, a la que desde por la mañana seguían un periodista y un fotógrafo de Le Matin, acababa de fregar los platos; varias amas de casa lloraban mientras volvían a contar sus cupones.

El capacho gris de la mujer de la limpieza contenía dos gruesas patatas, no demasiado agusanadas, y un troncho de col que le había dado la señora de la rue Lafayette, en cuya casa había trabajado por la

mañana. Una señora correcta e incluso amable, la señora Jacquemin, que le ofrecía siempre una taza de café cuando llegaba, que se excusaba incluso por la mala calidad de aquel sucedáneo. Ella sí vio los otros colores de la mujer de la limpieza, el rojo y el azul del ojo bajo el párpado hinchado y había exclamado: «Vaya, vaya». La mujer de la limpieza había farfullado una respuesta inaudible, luego había cogido una hoja de periódico, había hecho una bola con ella y se había puesto a limpiar los cristales de una de las ventanas del salón. Pero no se encontraba bien; la señora se había dado cuenta y había dicho que no hacía falta limpiar los cristales ese día puesto que iba a llover otra vez y que, además, había bastante ropa por zurcir. Las doloridas costillas de la mujer de la limpieza no sufrían tanto con la costura y la mañana se pasó volando.

En una ciudad que había vuelto a ser alemana, el alsaciano número trescientos mil encontró el hogar que había tenido que evacuar catorce meses atrás; el aviador rubio bromeaba con otros aviadores, «Cierra los ojos y piensa en Inglaterra», dijo uno; a un español de Seine-et-Marne lo detuvieron por robar una bicicleta; el locutor de los informativos leyó en Radio-Paris la lista de los veintitrés malos patriotas a quienes el Consejo de Ministros había retirado la nacionalidad francesa, entre ellos los oyentes reconocieron sin duda al cineasta René Clair y quizá a un diplomático que era también poeta, Saint-John-Perse; las flores que habían salido de Niza atravesaron la línea de demarcación y seguramente llegarían a París antes de marchitarse; a pesar del bloqueo inglés, miles de kilos de huevos marroquíes llegaron a Les Halles; algunos abogados impuntuales dictaban febrilmente a sus secretarias una carta asegurando que eran hijos de padre francés y adjuntaban unos documentos sin los cuales no podrían ejercer ya su profesión; cinco viejos consejeros municipales de Seine-et-Oise fueron enviados a un centro de vigilancia; la pequeña Paulette se fue a buscar comida para sus hermanos y hermanas; los periódicos decían que cuarenta y siete mil kilos de mantequilla habían llegado a Les Halles.

Cabizbaja, por costumbre tanto como por temor a que la piropearan, la limpiadora iba por la rue du 4-Septembre. Una mujer encantadora, se notaba que era feliz, pensaba ella, su marido le regalaba flores o al menos se las regalaba cuando las había. Éste no era un pensamiento al que hubiera que dar muchas vueltas. Así pues, volvió a pensar en la costura. Las cuatro horas siguientes serían más difíciles. Empezar a pulir el parqué: eso era lo que estaba previsto. Al día siguiente sería todavía peor, día de colada, por lo que habría de pasarse la tarde con las manos en el agua fría limpiando la mugre

burguesa. Con todo, estarse el día entero a gatas sería agotador. Se encontraba mal, realmente mal; puede que hasta tuviera algo roto, pero lo superaría. No podía permitirse perder ese empleo. No es por vocación por lo que una chica se convierte en una mujer de la limpieza transparente y gris: sin ese dinero no podría vivir.

Centenares de mugidos de vacas aterrorizadas acompañaron al tren cuando éste echó a andar; en Roma el secretario general del Partido Fascista entregaba solemnemente a Benito Mussolini el carné del partido con el número uno; el locutor de Radio-Paris daba las noticias de su revista de prensa; los aviadores ingleses, tan concentrados que uno de ellos había cerrado los ojos, escuchaban el plan del raid en el que iban a participar; un hombre se cayó de su coche en una calle de Bezons y éste le pasa por encima; un lote de cartas autógrafas de Stéphane Mallarmé se vendió por seis mil cuatrocientos ochenta francos; Laval se instalaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores; el aviador rubio se puso el casco y las gafas entornando los ojos; en un taller de los Campos Elíseos, unas obreras elegantes y desnutridas a las que llamaban midinettes cosían en piel de nutria, piel que se pondría de moda aquel invierno; se oía al conjunto Bellanger en Radio-Paris; tres campeones se entrenaban para el ciclocross de Le Petit Parisien en los campos de Drancy; más lejos, uno de los heridos del bombardeo de Patras moría a causa de sus heridas.

No llegaba tarde; subió por la escalera de servicio, entró en la cocina, dijo un buenos días apenas audible a la cocinera y economizó sus movimientos para quitarse la chaqueta de lana y colgarla en el armario de las escobas. La cocinera respondió a su buenos días. Era ella la que decía lo que había que hacer. La limpiadora no veía prácticamente nunca a la señora, a la que llamaban madame. «Hemos metido los muebles en el salón de música; madame quiere que usted lije y encere el suelo.» La mujer de la limpieza obedece y coge escoba, estropajo metálico, cera para parqués y trapos. Después logra entrar en el salón de música sin que nadie vea su rostro.

En los vagones amablemente puestos a su disposición por la Compañía Franco-indochina, algunos soldados japoneses se dirigían a China atravesando Vietnam; en los del tren del oeste las vacas pastaban en sus boñigas; en la avenue Trudaine un ciclista atropellaba a una mujer de setenta años.

Arrodillada en el parqué, encorvada y con el estropajo metálico en la mano, la limpiadora sufría en silencio. El decapado avanzaba, lentamente, pero avanzaba y la mujer se preguntaba hasta dónde

podría llegar. Con lo que ganaba por sus cinco tardes a la semana en casa de madame pagaba el alquiler. Por propia iniciativa había pedido que no le pagaran más que una vez al mes, al final del todo, así no corría el riesgo de perder el dinero en el juego o en la bebida, y se lo llevaba directamente al propietario. Estábamos a día 30; la semana próxima haría eso. La sirvienta entró en la habitación, vio los gestos de la mujer de la limpieza, analizó rápidamente la situación, abrió la boca, la cerró, salió y volvió apenas un minuto después: «Venga a la cocina, señora Albertine, por favor –le dijo–. La cocinera quiere hablar con usted».

La policía de Narbonne, que registraba las casas de comunistas notorios, había detenido a catorce individuos; un paquebote se disponía a evacuar a las últimas mujeres de Gibraltar; los aviadores ingleses despegaron con sus aviones; un redactor de Le Matin escogió a tres personas entre aquellas a quienes aquel día se había fotografiado en las colas delante de los almacenes (todas eran mujeres), les pagaban cien francos si se reconocían en el periódico del día siguiente; la pequeña Paulette posó para el fotógrafo mientras cortaba en seis rebanadas el pan que se había encontrado; Radio-Paris emitió un disco de Jean Sablon; luego fue el turno del pianista Walter Gieseking en el concierto de Grieg; en Marsella un centenar de marinos de Île-de-France, llegados de Lisboa en tren, esperaban partir hacia París; en el establecimiento de Nina Ricci, Maria de Y. se probaba el séptimo vestido de boda desde su compromiso preguntándose qué estaría realmente de moda la próxima primavera; un honesto ciudadano rompió el escaparate de un sastre de la avenue Parmentier llamado Charles Blumein; en Neuilly, un tipo vendió a otro su torpedo Citroën C6.

La mujer de la limpieza se levanta sin hacerse demasiado daño: también sabía ahorrarse el dolor. Con las manos rojas, los hombros hundidos y el rostro pálido, siguió a la chica a la cocina. La cocinera vio el ojo azul enrojecido y exclamó a su vez: «Vaya, vaya». La sirvienta abrió los ojos de par en par y no dijo nada. «No tiene que dejar que le hagan eso, pequeña –dijo la cocinera–. No siga con él. Déjelo. Váyase.» La mujer no respondió. La cocinera puso un cucharón de ragú en un plato, patatas con un trozo de carne y salsa. «Estoy segura de que no ha comido hoy», dijo mientras ponía el plato delante de la limpiadora. Las tres mujeres se sentaron y la cocinera sirvió un culito de vino tinto para cada una. «Adelante, no os cortéis. Madame puede permitírselo. Y os lo debe de sobra.» La mujer de la limpieza esbozó una dolorosa sonrisa de agradecimiento que dejó ver fugazmente su juventud. A continuación, comió y las tres bebieron en

silencio. La cocinera sacó entonces un trozo de brioche de un armario. La limpiadora hizo ademán de guardárselo en el bolsillo. «No, no se lo lleve. Es para usted, no para él. Cómaselo aquí tranquilamente.» Cuando la mujer de la limpieza se levantó para volver a su trabajo, la sirvienta dijo: «Quédese aquí y limpie usted la plata, yo terminaré de encerar». La cocinera asintió con un movimiento de cabeza: «No se preocupe, madame no está. Y la pequeña es fuerte».

Un messerschmitt alcanzó el Spitfire del aviador rubio, y en la cabina el piloto alemán sonrió al cámara que filmaba sus hazañas; Joseph Patrick Kennedy, embajador de Estados Unidos en Inglaterra, declaró que su país debía mantenerse al margen de la guerra; en Tánger se preparaban para romper el ayuno de aquella jornada del ramadán; en Mosul, donde la producción de petróleo se había suspendido a causa de la guerra, ya lo habían roto; Radio-Paris anunció su gran juego-concurso De qui est-ce?, y la frase del día era: «Inglaterra es un verdadero laboratorio de asesinatos»; los estudiantes salían edificados de la exposición sobre los franco-masones del Petit Palais; los vagones de animales se detuvieron; no se sabe si, en el interior de aquello que caía en picado ante la mirada triunfante de la cámara y que se contabilizaría como el cuadragésimo séptimo avión británico abatido, el aviador rubio había cerrado los ojos; Paulette y sus cinco hermanos y hermanas rezaron sus oraciones antes de acostarse.

Al filo siniestro de la noche, apretando contra ella el capacho gris, en el que la cocinera de la rue de Choiseul había deslizado un trocito de pan, la mujer de la limpieza llegó a la rue du Chemin-Vert. «¡Vaya horas de llegar! ¿Qué, otra vez de juerga?» La mujer balbuceó que el metro no funcionaba y que había tenido que volver a pie. El hombre se echó a reír: «De todas maneras, con esa pinta que tienes no corres ningún peligro». Al ver que ella no respondía, se burló: «No creo que te saliera ningún cliente en la calle. Mira que eres fea, pobrecita mía. Bueno, ¿dónde está la pasta?». Cuando la señora de la rue Lafayette le pagó, la limpiadora escondió el dinero, excepto una moneda de cinco francos que sacó enseguida del bolsillo de su blusa. Él se largó y ella respiró aliviada de que no le pidiera más.

Cesaron por fraude a un apoderado de Les Halles; el mercado del Ayuntamiento anunciaba su apertura el día de Todos los Santos; el teatro de la Madeleine levantó el telón con una nueva obra de Sacha Guitry, Le Bien-aimé, por fin un estreno; Turquía quedó aislada de Europa; cerca de Avesnes se incendió una granja; en Radio-Paris, el mariscal Pétain comenzaba su alocución con un resumen de su

encuentro con Hitler en Montoire: «El jueves pasado me reuní con el canciller del Reich. Ese encuentro ha suscitado algunas esperanzas…».

Él no era malo, ella lo sabía. Era desgraciado. Y era por culpa de ella, porque no había tenido hijos. Y, además, él había perdido su trabajo. El jefe le había dicho que bebía demasiado, que era descuidado y un impuntual. Se había vuelto violento. Primero había sido una bofetada –un sopapo– que les había sorprendido a los dos; luego otra, insultos, puñetazos, patadas en el vientre. Y ayer por la tarde… Estaba cociendo dos patatas y un trozo de col; tenía que comer algo, alguien tenía que ocuparse de él. Había puesto la mesa, un único plato, con el trozo de pan a un lado, no había suficiente para dos, y ella ya había comido en la rue de Choiseul. Al otro lado del tabique, una voz masculina decía «Esta colaboración debe ser sincera…», pero ella no la estaba oyendo. Era la radio de los vecinos, pues hacía tiempo que ellos habían vendido la suya, transformada en unos cuantos litros de vino tinto.

El jefe de Estado volvió a decir que sólo él sería juzgado por la Historia; en alguna parte de la ciudad, una mujer joven que hablaba alemán se preguntó si no debería irse a Alemania a trabajar de niñera, como sugería el periódico; seguía contemplándose la posibilidad de que los taxis también funcionaran con gas; doscientos sesenta aviones, entre los cuales una oleada de bombarderos italianos, lanzaban bombas incendiarias sobre Londres; durante una incursión (dice el cuartel general alemán) de la aviación inglesa contra unos barrios alemanes, murieron seis adultos, dos niños y algunos holandeses; en París, donde se había pasado a la hora alemana mientras seguía vigente el horario de verano, la noche acababa de caer; las vacas se bajaron del tren, tranquilizadas por la inmovilidad del suelo del matadero bajo sus patas; en Luisiana, un hombre a caballo tiraba de un bote en una avenida de una ciudad inundada; el periodista partió para escribir su artículo «Las pequeñas madres»; Paulette se arrebujó en una fina manta y se tumbó junto a la cama de sus hermanos; al volver a su casa con su litro de tinto bien mermado, un parado de la rue du Chemin-Vert le dio una paliza a su mujer; condenaron a trabajos forzados a dos farmacéuticos por haber difundido una octavilla llamando a la resistencia; en Radio-Paris, Pétain dijo «Seguidme. Seguid confiando en la Francia eterna», y «La marsellesa» atronó en todos los hogares franceses.

Los vecinos, que primero habían subido al máximo el volumen de la radio, dieron unos golpes en la pared y acabaron por llamar a la policía. Encontraron a la mujer gris acurrucada en el suelo, contra la

pared, sin conocimiento, con las manos ensangrentadas cogiéndose la cabeza. Los trozos de la silla que cubrían el suelo de la minúscula habitación indicaban claramente que había servido de arma. También había habido patadas. El hombre, algo aturdido, estaba sentado a la mesa ante un plato y una botella vacíos y no entendía qué hacían los agentes en su casa.

Los bomberos se llevaron a la mujer al hospital, envuelta en una manta gris.

CÉLINE, 14 DE ENERO DE 1941

El invierno ha caído sobre Europa. Ese martes de enero una espesa capa de nieve cubre París. No irá mucha gente a la librería. El dueño tiene que ausentarse para ir a tasar, a petición de la familia, la biblioteca de un viejo abogado fallecido en noviembre, y deja a Céline Haas sola. Le da algunas instrucciones: esa mañana han llegado unos treinta libros antiguos, de literatura; debe registrarlos, ponerles un precio, tenga cuidado con las fechas de las ediciones, le da una horquilla de precios, y los coloca en los estantes por orden alfabético donde corresponda. Ésa es una rutina que no impedirá a Céline, si por casualidad se presenta algún cliente, interrumpir su tarea para informarle y venderle algunos libros. «¡Buen trabajo! Sé que puedo confiar en ti.» «No se preocupe», dice Céline apresurándose a cerrar la puerta.

«París comerá y no pasará frío»: eso asegura Le Matin, que el librero ha dejado junto a la caja. Así lo ha declarado el embajador de Francia, delegado general del Gobierno francés en los territorios ocupados, como reza su título. Mientras tanto, hace realmente mucho frío, incluso en el interior de la librería, sobre todo cuando uno ha estado caminando entre toda esa nieve con unos zapatos digamos que de entretiempo. Céline se pone manos a la obra.

Los libros que debe ordenar pertenecieron a un bibliófilo que los había mandado encuadernar con un elegante cuero rojizo. Elegante y suave, piensa Céline acariciando uno de los volúmenes. Y… y sí, hay también un exlibris. Sencillo: «François Goldberg». ¿Un profesor? ¿Quizá debería hablar de él en pasado? El librero no ha dicho, ni ella lo ha preguntado, quién ha llevado aquellos libros. Céline sabe cómo funcionan las cosas: semejantes libros suelen ser una ganga para una librería que comercia con libros antiguos; a menudo se encuentran ediciones raras, los propietarios no lo saben, el librero no hace preguntas, paga, no demasiado, y ya está. ¿Quién ha venido? ¿El propio François Goldberg, que ya no puede dar clases y necesita dinero para huir de París? ¿O acaso murió de un infarto en diciembre, mientras daba su última clase, y quien ha venido es su mujer? No, no. Se fueron juntos a otro sitio y ha sido una vecina la que ha traído los libros; en los tiempos que corren, no hace falta ser muy valiente para entrar en la casa de un vecino judío y servirse; con las alfombras y la vajilla está claro lo que se puede hacer, pero ¿con los libros? ¡Basta! A trabajar, se dice Céline.

Es una pena tener que separar esos volúmenes, sigue pensando, pero es el librero quien decide y la instrucción que ha dado está clara. Así pues, comienza a descuartizar a François Goldberg escribiendo a lápiz un precio sobre cada volumen y colocándolo en un estante. Duda un poco con Las campanas de Basilea:[39] ¿no está en la lista prohibida este libro? Aunque, si el patrón lo ha comprado… A de Aragon… Aprovecha para quitar el polvo de las baldas. Prosigue su trabajo, interrumpido de cuando en cuando por una carrera desenfrenada, cuatro o cinco vueltas al local haciendo ochos alrededor de las mesas y dando palmas con las manos para calentarse. Lleva ya dos horas en esa nevera y no se ha asomado un solo cliente. El último libro de la última pila es Ulises, de James Joyce, editado por La Maison des amis des livres, en 1929, primera edición. Se permite un pequeño instante de lectura se demora en las últimas páginas y el mar y el mar carmesí a veces como fuego y las estupendas puestas de sol y las higueras en los jardines de la Alameda sí y todas esas callejuelas raras y casas rosas y azules y amarillas y las rosaledas y el jazmín y los geranios y los cactus y Gibraltar[40] y acaba poniendo el libro en lo que será en adelante su sitio.

Al abrirse la puerta, pero no en Gibraltar, sino aquí, en París, se cuela una ráfaga de la ola de frío que acompaña a un oficial alemán, alto y rubio, como debe ser, en uniforme de invierno, el abrigo con aspecto de ser cálido; un alemán, un oficial, sí, pero también un cliente. Educado. Buen francés a pesar del acento que sería perceptible incluso sin uniforme. «¡Buenos días, señorita! –E inevitablemente–: Es señorita, ¿no es cierto?» Céline no responde y vuelve a cerrar bruscamente la puerta. Y ahora me dirá que no soy precisamente habladora.

–No es usted muy habladora. ¿Le doy miedo?

–No.

–Usted no tiene miedo de nada, ¿no es así? Es valiente la francesita.

Céline abre un registro que hay en el escritorio y se pone a consultarlo… imaginando utilizar las páginas rayadas para escribir un inventario de las cosas que le dan miedo, la violencia, los lobos, la oscuridad, la tormenta, tal vez una bomba, miedo a no tener qué comer, a perder mi empleo, a que mi amor no vuelva, a lo que puedan hacerle en ese stalag,[41] a la soledad… Pero, aunque debería tener miedo de lo que aquel oficial podría hacerle, u ordenar que le hicieran, no le tiene miedo y, por tanto, no necesita valor. Él, en cambio, tiene ganas de conversación.

–¿Conoce usted bien los libros?

–Bastante.

–¿Hace mucho que es vendedora?

–Soy librera.

Céline es una profesional del libro. Ha sido bibliotecaria (adjunta), pero dejó la biblioteca; sería largo de explicar en detalle por qué las pequeñas faltas de valor, pues es de valor de lo que se trata, son tan frecuentes en las grandes administraciones, especialmente por parte de esos a quienes Céline llama los jefecillos, que pueden hacerte la vida imposible. Sólo faltaba que por aquella experiencia que detesta se dudara de sus competencias.

No descarta que el alemán comprenda que no tiene ganas de hablar con él. «Discúlpeme, señorita. Con su permiso voy a echar un vistazo a los libros que tiene en venta.» Y, como suele suceder, es precisamente uno de los volúmenes encuadernados en cuero rojo el que llama su atención. Lo coge del estante, lo hojea. Es un entendido, piensa Céline al ver, con consternación, que localiza otro volumen, Las campanas de Basilea, ¿hará algún comentario ahora? Un tercer libro rojo. Es un esteta. Apenas han pasado algunos minutos y François Goldberg ya está reconstruido… y Céline, que lamenta ver otra vez reunidos esos libros, puestos a la venta gracias a las leyes que ese oficial y sus semejantes han impuesto. «Tiene usted una bonita colección, señorita. Me gustaría comprar estas obras. ¿Podría decirme cuánto le debo?» De nuevo Céline coge los volúmenes uno por uno, los acaricia, los abre, lee y copia el precio que acaba de poner. ¡Ay, no, señor oficial! Vamos, francesita, valor, se dice a sí misma, mientras el oficial le da la espalda para hojear un libro ilustrado y raro de principios del siglo pasado que hay sobre una mesa. Ése no se lo lleva, ¿verdad? Dice un precio, termina de envolver los libros, el oficial paga, abre la puerta –entra una ráfaga de viento frío– y hace una señal a su chófer. El soldado entra y coge los cuatro paquetes. El oficial cierra la puerta. «Gracias señorita, ha sido usted muy amable. ¿Aceptaría que la invitara a una copa, o a algo caliente, cuando termine su trabajo?»

oh sí qué agradable sería salir de la librería a la oscuridad el frío y la nieve y entrar en un café donde haría calor y habría luz me gustaría probar una de esas bebidas caras amarillas y verdes o sencillamente beber chocolate caliente cuánto tiempo hace que no he bebido chocolate dicen que en la Closerie des Lilas sirven té y pasteles como antes de la guerra con auténtica confitura sí me gustaría salir con un hombre de su talla y su prestancia con un hombre que me daría calor que se ocuparía de mí y me regalaría flores en pleno invierno que me invitaría a restaurantes y al cine sí me gustaría que un hombre me cogiera en sus brazos y me besara hace más de seis meses que nadie me besa sí la última vez fue y me gustaría recordarlo siempre sí en mayo del año pasado pero no con usted porque usted es un ocupante y

puede invitar a chocolate a las mujeres no con usted señor oficial alemán y además eso sobre todo no lo soportaría empezaría estoy segura por explicarme cuánto le gusta Francia y la cultura francesa señor saqueador alemán y eso no quiero oírlo No

«¿No quiere, entonces? ¿Tal vez en otra ocasión? Volveré, si suele tener tan buenos libros. ¿Hasta otra ocasión, entonces?» Se inclina ligeramente y sale cerrando con cuidado la puerta.

En el hotel Raphaël, mientras su ordenanza se ocupa de sus botas, el oficial alemán saca su pluma y su agenda Moleskine y escribe la fecha de aquel día, 14 de enero de 1941. A continuación, anota los libros que ha comprado, los abre uno a uno, los hojea, los cierra, acaricia el cuero.

Le Temps, haciendo balance sobre la ola de frío, informa a sus lectores de que, el 13 de enero, en el lago de Zúrich se había formado una capa de hielo de dos centímetros de espesor. La mención de Zúrich podría haber incitado a ese periódico a anunciar la muerte del escritor irlandés James Joyce en aquella misma ciudad aquel mismo 13 de enero, pero no lo hizo. Céline Haas no se enteraría de esa muerte hasta unos días después.

Los oficiales alemanes están bien informados. En el hotel Raphaël, el cliente de la librería sigue examinando sus libros. Se extraña al no encontrar entre sus nuevas adquisiciones la traducción francesa del Ulises, que sin embargo está seguro de haber cogido, diciéndose a sí mismo que comprar aquel libro aquel día era un bonito homenaje.

Sola en la librería, Céline ha vuelto a la dulzura de Gibraltar mientras lee el libro que ha decidido adjudicarse y primero lo rodeé con los brazos sí y lo atraje encima de mí para que él me pudiera sentir los pechos todos perfume sí y el corazón le corría como loco y sí dije sí quiero Sí.[42]

ÉVELINE, 20 DE AGOSTO DE 1941

El 20 de agosto de 1941, a las diez menos cuarto, en París, y más concretamente en la cafetería de la gare de l'Est, Éveline Haas esperaba a la señora Michel. Llevaba aguardándola un cuarto de hora. Era su tercera cita y la señora Michel nunca había llegado con retraso. Las dos veces anteriores había llegado la primera y dijo que tenía por costumbre llegar un poco antes porque no quería hacerse esperar. Quizá había surgido algún problema en el metro, que solía ser bastante irregular. Éveline Haas sacó un libro de su bolso y se puso a leer.

Fue ella, la señorita Haas, quien retomó el contacto después del encuentro fortuito del 1 de mayo del año anterior, después del terrible, el increíble mes de junio y después del no menos increíble verano que había seguido. La señorita Haas había pedido la dirección de la señora Michel a su sobrino, que a su vez se la había pedido a su amigo. Los dos subtenientes habían tenido suerte: habían vuelto de la guerra vivos, enteros y libres. Así fue como la señorita Haas pudo escribir a la señora Michel para proponerle un nuevo encuentro. «Telefonéeme», había escrito al final de su carta y había añadido su número, WAGram 29-53. Había pasado el tiempo, estábamos en diciembre. La señora Michel había dudado. «Ve, mamá –le había aconsejado su hija–. No te quedes aquí encerrada sin ver a nadie más que a nosotros.» Entonces la señora Michel fue a correos, aguardó su turno en la ventanilla teléfono; el empleado estableció la comunicación y dijo «Cabina número 2», y la señora Michel habló con la señorita Haas. Ésta había propuesto que se vieran en la cafetería de la gare de l'Est, lo que supuso un gran alivio para la señora Michel, que había temido que le pidiera ir a su casa, pues ella no habría podido devolver la invitación a falta de sitio: en el apartamento de la place Voltaire había una habitación para su hija, otra en la que dormía ella con Aniouta y la cocina, en la que con dificultad habían colocado una mesa minúscula, nada donde recibir a una dama como la señorita Haas. La gare de l'Est les venía bien a las dos; una hacía transbordo en Opéra y la otra en République. Algunos podrían pensar que no hay demasiada intimidad en una cafetería de estación, pero se equivocan, pues cada cual está absorto en sus propios problemas y a nadie le interesan los tuyos. De todos modos, nadie habría imaginado nunca que dos mujeres de su edad pudieran decirse cosas dignas de ser

escuchadas; uno se imagina que hablan de sus nietos o de recetas de mermelada para hacer tal vez en el futuro, cuando la fruta y el azúcar vuelvan a nuestras cocinas. Y, en efecto, durante su primera cita, en enero de 1941, sentadas, sin siquiera haberse dado cuenta, a la mesa donde se habían conocido ocho meses atrás, antes del éxodo, el armisticio y la ocupación alemana, aunque no hablaban de mermeladas, sí habían empezado por darse noticias de sus hijos, ambos en la zona sur, pues al sobrino de la señorita Haas lo habían trasladado a un instituto de Toulouse y el hijo de la señora Michel había encontrado trabajo en Michelin, en Clermont-Ferrand. Desgraciadamente, el yerno de la señora Michel había muerto por Francia, siendo todavía ciudadano polaco, el 6 de junio, en Chavigny cerca de Soissons, al norte del Aisne, de manera que la pequeña Aniouta, que entonces tendría unos dos años, se había quedado sin padre.

«Tenías razón al decirme que fuera. Es muy agradable esa mujer –le dijo la señora Michel a su hija–. Habló sobre todo ella –añadió, cosa que hizo sonreír a su hija–. Me ha leído lo que ha escrito a propósito de una jovencita que fresa cabezas de tornillo en la Citroën. Yo no sabía nada de eso. Es interesante conocer cómo trabajan otros. Además, habla bien. Habla como una señora, y se entiende lo que dice. Hemos quedado en vernos otra vez en primavera.»

Algunos días después de aquel primer encuentro, la señora Michel entró en una librería papelería del boulevard Voltaire. Le habría gustado comprar un pirulí para Aniouta, pero los tarros de cristal que había sobre el mostrador hacía meses que estaban vacíos. La librería no tenía ningún producto de confitería, pero le quedaba algo de papelería. La señora Michel compró una libreta que tenía las tapas rojas, una franja dorada, muchas páginas en blanco con cuadraditos y una goma elástica para cerrarla, de manera que pudo guardar en ella la carta que había recibido de la señorita Haas. Compró también un lápiz (con una goma en un extremo) y una cuchilla (para sacar punta por el otro extremo). Y lo guardó todo en su bolso.

Una mañana se levantó temprano, como había hecho siempre hasta su llegada a París, pues tenía que ir a trabajar al huerto, al otro lado del río, antes de fichar en la fábrica a las siete de la mañana. Hizo café en la cocinita, más exactamente un brebaje a base de aquello que podían encontrar para sustituir el café. La víspera, por la noche, había oído a su hija dar vueltas y llorar en su cama, enorme, pero de madrugada dormía y la pequeña también. Era noche cerrada: a las cinco de la mañana en invierno, ni siquiera en Berlín amanecía. La señora Michel sacó la libreta, la abrió, chupó la mina del lápiz, miró las páginas blancas, se sirvió café y se sentó a la minúscula mesa. En la primera página escribió con cuidado los nombres de sus hijos por

orden y con sus fechas correspondientes de nacimiento. Había tenido pocas ocasiones de escribir desde que dejó la escuela casi cincuenta años atrás, apenas algunas cartas para dar noticias cuando su marido estaba en la guerra. Pero había sido una buena alumna. La escuela le gustaba mucho y soñaba con llegar a ser maestra. Se lo dijo a la señorita Haas, y ésta sonrió de tal forma que la señora Michel adivinó lo que iba a decirle: «No imagina cuántas mujeres me han dicho lo mismo». La página de la libreta ya no estaba tan blanca y ahora era más fácil escribir. La señora Michel anotó también su nombre, con su nombre de soltera al lado, su fecha de nacimiento, la fecha de su boda, el nombre de su marido y luego la fecha de su muerte, hacía veintitrés años. Añadió el nombre de su yerno al lado del de su hija pequeña y una fecha más, 6 de junio de 1940. Luego su hija se despertó y se levantó; la señora Michel vio que tenía los ojos enrojecidos, guardó la libreta, le sirvió café, intercambiaron algunas palabras y la hija se fue a trabajar. La pequeña se despertó llorando y la señora Michel entró en su habitación para consolarla y ocuparse de ella.

Otra mañana, mientras se peinaba y se hacía un moño apretado, pensó que con ese peinado podía trabajar sin riesgo de que el pelo se le enganchara en una máquina. Entonces volvió a sacar la libreta. Sin embargo, escribir todavía no era fácil. Incluyó las fechas en el interior de las frases: «Nací el 18 de marzo de 1880 en Ventremont. Entré a trabajar en la fábrica Cassel el 1 de agosto de 1892. Me casé con Michel, Sylvère, el 13 de junio de 1903». Pensó en sus cabellos y en otros detalles, en el lugar que ocupaba Ventremont en el mapa, tan cerca de Alemania, en el muro que hacía de frontera cuando ella era pequeña, y ese recuerdo aterrador, en el momento en que Alemania había vuelto al mismo lugar, la hizo sonreír al recordar que ella y los otros niños pasaban por encima de aquel muro para hacer pipí al otro lado. Pensó en las verduras del huerto, en la mayor o menor dureza de la tierra según las estaciones, en el momento en que el patrón llevó el agua a las casas de la ciudad: nada que valiera la pena ser escrito. Pensó también en la fábrica, por supuesto, en el enorme edificio prefabricado donde había pasado tanto tiempo, y escribió: «Campana, desde las siete hasta las once y media de la mañana, y desde la una hasta las seis de la tarde». Aun así, no consiguió escribir lo que hacía en Cassel durante aquellas nueve horas y media.

En su segunda cita con la señorita Haas, asimismo en la cafetería de la gare de l'Est, sacó su libreta del bolso y se la enseñó. Estaba bien cerrada con su elástico rojo. «No sé», dijo. Y la señorita Haas respondió: «Bueno, pues hablemos de ello». Entre ellas, a pesar de la confianza que las unía, subsistía cierta reserva. Seguramente una sería capaz de contar, e incluso de escribir, lo que la otra tenía que decir

pero no sabía cómo. Y de ahí venía la reserva. Esa otra había aceptado creer que aquella una se interesaba realmente en lo que habría podido decirle. Y de ahí venía la confianza. La amistad también venía de la costumbre que habían adquirido de citarse, de encontrarse, de hablarse. Del respeto, podríamos añadir.

«No consigue escribirlo, pero tal vez pueda contarlo.» La abuela de la señora Michel hilaba el lino en casa. La señorita Haas le había preguntado si recordaba a su abuela y cómo vivían entonces. Todo el mundo está dispuesto a hablar de su abuela y la señora Michel empezó a hablar. Esa abuela que jamás estaba de brazos cruzados. Las dobles o triples jornadas de trabajo, el huerto, las labores del campo, la casa, las comidas, las conservas para el invierno, las gallinas y los dos conejos, los niños pequeños y luego, el resto del tiempo, la rueca. Las moras que los niños recogían y las confituras que hacía la abuela encontraron un lugar en la conversación. La madre de la señora Michel trabajaba fuera, en un taller, por eso la abuela tenía que ocuparse tanto de la señora Michel como de sus hermanos. Y ahora la señora Michel se ocupaba de Annette. Al ver la cara de extrañeza de la señorita Haas, la señora Michel respondió: «Annette también es un bonito diminutivo». Y llevó la conversación hacia sus hijos. Retiró el elástico, abrió la libreta: «Mire, he escrito los nombres». Los niños, el marido, la contienda. «Mi marido tenía treinta y ocho años cuando empezó la guerra. Estuvo en el frente, donde no murió de una herida, sino de la gripe española, al final del todo, y ahora de nuevo la guerra, Alemania. La más pequeña no conoció a su padre. Y ahora tampoco ella tiene marido, y la pequeña… Era un buen chico, polaco y judío, además de comunista, pero muy buen chico. Es verdad que nosotros somos buenos católicos y no hacemos política. Pero él era tan buen chico. Y mejor francés que muchos otros, como dice mi hija. Y ahora…»

La señorita Haas escuchaba. No tomaba notas. Su escucha atenta era una manera de ayudar a sus interlocutoras. Tenía buena memoria. Cuando volvía a su casa transcribía lo que le habían contado en un cuaderno con tapas negras. En ocasiones pedía alguna aclaración, cuando no estaba segura de algo. La señora Michel, una mujer parca en palabras, había hablado de su boda y de la ciudad, de la casa de la fábrica, de su marido, que también trabajaba en la fábrica; en el pueblo todo el mundo trabajaba. Formaba parte de la banda de música de la fábrica, tocaba el cornetín. El instrumento lo había pagado el señor Cassel, el patrón. Cuando estaban en la banda de música, los obreros no estaban en el café. Había asimismo una guardería y una escuela; todo aquello había sido idea del patrón, el viejo señor Cassel, el padre del Cassel de ahora. Había hablado también del economato, a fin de mes pagaban las comisiones. No, ella

no hacía nada fuera de allí, no tenía tiempo. ¿Y en la fábrica? En la fábrica vigilaba las labores de tejer. Había intentado explicarlos, pero la otra no entendía nada, ni siquiera sabía lo que era un urdidor. Es difícil hablar de todo eso con alguien que no entiende ni palabra, así que hablaron de dinero: ganaba dos francos la hora, al final, y los hombres, 2,75 francos. Y luego habían tenido que separarse: la señora Michel tenía que ir a buscar a Annette y, además, a la hija de la vecina, ya que ésta tenía cosas que hacer. Sí, las cosas eran así: se hacían favores entre ellas.

Se habían citado el 20 de agosto, un miércoles. La señorita Haas pensó en informarse sobre el funcionamiento de los oficios de tejer para comprender mejor lo que le contara la señora Michel, que, a su vez, pensaba en cómo explicar mejor lo que hacía a la señorita Haas. Había escrito algunas palabras más en la libreta roja: nombres de oficios, cardadora, devanadora, urdidora, tejedora, medidora, controladora; incluso, grupos de palabras, como pelo estirado, y algunas frases, como demasiado ruido, los tejedores acaban sordos, y sobre todo había intentado describirle cómo se arreglaba el hilo roto de un urdidor.

Aquella mañana del 20 de agosto, la señora Michel llevaba una vez más a su nieta a casa de la vecina. Llamó suavemente a la puerta, mientras le decía a la chiquilla que no hiciera ruido porque el vecino trabajaba de tardes y aún dormía, y se fue en dirección al boulevard Voltaire. El bulevar tenía un aspecto inusual. Se dirigió al metro, pero la estación estaba cerrada. Pensó en preguntarle a un agente qué ocurría, pero había demasiados agentes, eso era incluso lo que daba al bulevar un aspecto inquietante. La señora Michel decidió entonces subir a pie hacia la place de la République y coger el metro en la estación siguiente. Muchos agentes, policías franceses, soldados alemanes, autobuses que se llenaban, hombres con gorra y cazadora, con sus macutos, esperando, con un rostro impenetrable. Delante de la iglesia de Saint-Ambroise, se detuvo. «¡Circule!», le gritó un agente empujándola con brusquedad. A los hombres les pedían sus papeles, pero dejaban pasar a las mujeres. «¡No, no hay metro hoy! ¿No ve que la estación está cerrada? ¡Circulen!» La señora Michel siguió caminando. A algunas personas las detenían, eso era lo que pasaba: arrestaban a los hombres, quizá a los extranjeros, o a los judíos, como en mayo, cuando los vecinos recibieron el papel verde convocándol0 a la sala Japy. Habían debatido mucho entre ellos si ir o no ir, y el vecino, aquel cuya mujer se quedaba con Annette, no había ido, de manera que se acabó el debate; ya no se los convoca: se los detiene en la calle. No tienen elección. Y por eso el metro está cerrado, para que no puedan escaparse. La señora Michel seguía andando hacia la estatua de la République, al fondo del bulevar; trataba de evitar las

miradas perdidas y a veces temerosas de los hombres, colocados en largas filas que hacían subir a los autobuses; adónde los llevarán, pensó, y leyó el número dos mil cuarenta y cinco en uno de los vehículos, pero aquello no le decía nada sobre su destino. Un joven en bici trató de huir, pero un agente con capa lo detuvo: el joven se debatió sin éxito. Pensó en su yerno, que probablemente se habría resistido también, si es que no estaba muerto. A él, que había combatido por Francia, ¿lo habrían arrestado? Se volvió para ver al chico. Leyó «Vincennes (castillo)» en la parte delantera de uno de los autobuses. ¿Es ahí adonde los llevan? Sintió aflorar las lágrimas y estuvo a punto de volverse atrás, pero la señorita Haas la esperaba. Seguramente en los barrios ricos no se detenía a los hombres, y no podría entender que la señora Michel no acudiera a la cita.

Al fin y al cabo, desde la place Voltaire hasta la gare de l'Est, no hay mucha distancia, aunque el metro es más rápido que ir a pie. Éveline Haas vio llegar a la señora Michel, algo sofocada y con aspecto de estar agobiada. «Discúlpeme si me he retrasado, pero no había metro, todo estaba cerrado. Hoy no voy a poder hablar con usted. Tengo que volver a buscar a mi pequeña. Le dejo el cuaderno: ya me lo devolverá cuando no lo necesite. No tengo tiempo. Si supiera, están deteniendo a los hombres en los bulevares. Tengo que avisar a mi vecino, el marido de la mujer que se queda con Annette: él también es judío y no trabaja esta mañana. Tengo que volver enseguida y decirle que no salga de casa, me voy. La telefonearé.»

Éveline Haas, que se había levantado, metió la libreta en su bolso, tomó a la señora Michel por el brazo y la acompañó hasta la explanada que había delante de la estación. Allí, rodeándole los hombros, la abrazó con fuerza mientras ella le daba un beso en ambas mejillas. Y se fueron cada una por su lado.

«Mirar su libreta», escribió Éveline Haas en su cuaderno negro. A la mañana siguiente pegó en la misma página un recorte de prensa extraído de un periódico.

ARRESTO DE JUDÍOS
EN EL DISTRITO XI

En el transcurso de una vasta operación policial, un gran número de judíos han sido arrestados en el distrito XI. Para efectuar esos arrestos ha sido necesario acordonar durante varias horas los accesos a dicho distrito. Estas medidas se han tomado como consecuencia de las manifestaciones comunistas que han tenido lugar últimamente en el distrito XI, en las que habían tomado parte, como se sabe, numerosos judíos.

Le Matin, 21 de agosto de 1941

Algunas listas

Un auténtico epílogo contendría el nombre de Jeannette Haas (que tenía noventa y tres años cuando alguien se tomó la molestia, el 10 de febrero de 1944, de meterla en un tren para Auschwitz) y la lista de las otras treinta y seis mujeres que llevan el apellido Haas que el Memorial de la Shoah enumera entre las víctimas (francesas) de la deportación, con el comentario de que Haas, «liebre» en alemán, es un apellido bastante frecuente, tanto judío como no judío. Allí encontraremos también la Ley Veil (sobre la liberalización del aborto) en 1975, además de otras informaciones sobre la vida de las señoritas Haas de este libro. Como, por ejemplo, ésta: en 1970, la empresa Cassel destruyó en Ventremont centenares de telares en perfecto estado de funcionamiento. Veamos otras listas, en las que he incluido una parte de las fuentes de este libro.

AMIGOS

Es decir, mujeres y hombres, aquellos que me han contado historias, que tal vez no reconocerán; aquellos que me han prestado libros; aquellos que me han sugerido lecturas; aquellos a quienes no les gustó lo que escribía y, entre ellos, a aquellos que a pesar de todo me han apoyado; aquellos que me han propuesto mejoras, aquellos que se han planteado preguntas y me las han repetido, principalmente aquellos a quienes he transformado en personajes de ficción sin preguntarles su parecer. A continuación doy los nombres de todas estas personas por orden alfabético, pues así es más sencillo: Roger Arditi, que me mostró una lista e hizo que me pusiera en contacto con Suzanne; Mireille Cardot; Gisèle Cirade; Lydie Cunat; Yves Cunat, que me prestó varios libros y me facilitó abundantísima información en un sinfín de conversaciones; Antonin Daniel; Francine Haas; Jocelyn Herrgott, por la historia de las criaditas estrasburguesas; Yvette Kloos; Paulette Libermann, por la del documento de identidad; Claude Sabbah, por la de Albin, a quien le gustaba La viuda alegre e iba a Capoulade, y Corine Veil, a todos les estoy enormemente agradecida y les doy las gracias.

ARCHIVOS

Archivos de la Academia de Ciencias –para la historia de Suzanne–;

de Bourbaki; de la oficina del registro civil de la ciudad de París; del Instituto de Etnología; del Memorial de la Shoah; archivos nacionales (de la Biblioteca Nacional, de prensa –Le Petit Matin y Une semaine à Paris– y del Ministerio de Agricultura); privados (familias Daniel, Haas, Haas y Veil).

PELÍCULAS

Tiempos modernos (Charlie Chaplin, 1936); Avec le sang des autres (Bruno Muel y los grupos Medvedkine, 1974) ¿cómo hablar del trabajo?; Céline y Julia van en barco (Jacques Rivette, 1974); En remontant la rue Vilin (Robert Bober, 1992), para el salón de peluquería de la rue Vilin y su nombre; noticiarios (cinematográficos) del 30 de octubre de 1940 (en la página web del INA), para acompañar la jornada de Albertine.

OTRAS IMÁGENES

Fotos de Chim (David Seymour), para la manifestación de mayo de 1935 y la alegría; de prensa, para la redada del boulevard Voltaire, en la que al fondo figura la estatua de la República; y de Willy Ronis para las obreras textiles.

PERIÓDICOS

Periódicos especializados (Bulletin de la Société française d'anthropologie, en la Biblioteca Nacional de Francia, y Comptes rendus de l'Académie des sciences, en la página web Gallica, de la BnF); prensa diaria (Le Petit Matin, en microfilm en la BnF; Le Figaro; L'Humanité; Le Matin; Le Petit Parisien; Le Populaire; Le Temps, (en Gallica), que empleé para las conversaciones en Capoulade, pero no únicamente; semanarios (Le Libertaire, Regards, Une semaine à Paris, en microfilm en la BnF); periódicos sindicalistas (Ernestine, en microfilm en la BnF; La Révolution prolétarienne, en Gallica, y La Vie ouvrière, en microfilm en la BnF), los mensuales Gavroche (para el trabajo de Péroline) y Mouvements de femmes (colecciones privadas).

LUGARES

un apartamento burgués y una trastienda
veinte distritos
una biblioteca, un bulevar y una cafetería de estación
un café, un sótano
dos habitaciones de servicio
los campos elíseos, un camino verde, un cementerio

una cocina, una escalera, una granja, un hospital
una librería, unos grandes almacenes
dos metros, una plaza de la concordia, una playa
dos puentes, una carretera, algunas calles
un salón de peluquería, un parquecillo, un cuchitril
otro cuchitril, una explanada, una torre eiffel, una fábrica.

LIBROS (de los que he extraído ideas, informaciones, imágenes y en ocasiones incluso frases ya hechas):

APOLLINAIRE, Guillaume, Alcoholes (traducción al cuidado de J. Ignacio Velázquez, Madrid, Cátedra, 2018).

ARAGON, Louis, Février, L'OEuvre poétique (tomo 6, Livre-Club Diderot, 1975), para la evocación de la velada del 6 de febrero de 1934; Les Communistes, (Œuvres romanesques complètes, Gallimard, «Pléiade», 2003), para el ambiente de la reunión de célula, para la imposible retórica del verano de 1939 (el pacto germano-soviético y los grandes procesos de Moscú justificándose los unos a los otros), así como para algunos personajes secundarios.

AUDIN, Michèle, Une histoire de Jacques Feldbau (Paris, Société mathématique de France, 2010).

BALZAC, Honoré de, El tío Goriot (edición y traducción al cuidado de Marisa Gutiérrez, Madrid, Cátedra, 2017).

BOLTANSKI, Christian, Kaddish (Musée d'Art moderne de la Ville de Paris et Kehayoff, 1998), para tres fotos cuya fecha he cambiado y a las que he puesto la de 16 de agosto de 1936.

BORDIER, Roger & LATOUR, Patricia, Le 36 des femmes (Le Temps des cerises, 2006), para algunos personajes, por ejemplo, Églantine.

BRECHT, Bertolt, Diálogos de refugiados (traducción al cuidado de Juan del Solar, Madrid, Alianza Editorial, 1994), para los encuentros entre Éveline Haas y Martine Michel en una cafetería de la estación.

BUTOR, Michel, Passage de Milan (Paris, Éditions de Minuit, 1954).

COROUGE, Christian & PIALOUX, Michel, Résister à la chaîne (Agone, 2011).

HUGO, Victor, Les Contemplations (poemario recogido en Poésie, Paris, Gallimard, 1982).

JOYCE, James, Ulises (2 vol., traducción al cuidado de José María Valverde, Barcelona, Lumen, 2000).

JÜNGER, Ernst, Radiaciones I: diarios de la Segunda Guerra Mundial (traducción al cuidado de Andrés Sánchez Pascual, Barcelona, Tusquets, 1989).

–Radiaciones II: diarios de la Segunda Guerra Mundial (traducción al cuidado de Andrés Sánchez Pascual, Barcelona, Tusquets, 1992), para el personaje del oficial alemán saqueador, satisfecho de sí mismo.

KNIBIEHLER, Yvonne, Histoire des infirmières en France au XXe siècle (Paris, Hachette, Pluriel, 2011).

LINHART, Robert, L'Établi, Paris (Éditions de Minuit, 1978).

MARTÍN SÁNCHEZ, Pablo, F(r)icciones (Málaga, Ediciones de aquí, 2011). Leyéndolo se me ocurrió la idea de escribir una historia cuyas notas a pie de página cuentan otra historia.

NAVEL, Georges, Travaux (Paris, Gallimard, Folio, 1979).

PEREC, Georges, La vida instrucciones de uso (traducción al cuidado de Josep Escué, Barcelona, Anagrama, 2019), para algunos personajes secundarios y porque una de las historias de su libro está inspirada en la de Marcel Fribourg.

–Me acuerdo (traducción al cuidado de Mercedes Cebrián Coello, Madrid, Impedimenta, 2017).

–Tentativa de agotamiento de un lugar parisino (traducción al cuidado de Maurici Pla, Editorial GG, 2013), cuyas observaciones de Céline sobre el square Louvois son un plagio por anticipación.

PIGEARD-MICAULT, Natalie, Les Femmes dans le laboratoire de Marie Curie (Glyphe, 2013).

PONTI, Claude, Pétronille et ses cent vingt petits (L'École des loisirs, 1990), para los nombres de casi todas las señoritas Haas.

PRÉVERT, Jacques, Palabras (traducción al cuidado de Federico Gorbea, Barcelona, Lumen, 2018), para las múltiples citas copiadas en ese libro contemporáneo de las señoritas Haas, el leve ruido sordo del huevo cocido y «el filo siniestro de la noche», por ejemplo, pero también para algunas ideas, el vecino ingeniero que Catherine encuentra en el metro de Lancry y que he imaginado que era Jacques Bonsergent (en el metro Jacques-Bonsergentour me encontré con Jacques-Bonsergent, suena como un poema de Prévert) y también por la afición por los inventarios, las listas, como ésta, por ejemplo.

QUENEAU, Raymond, Courir les rues (OEuvres complètes, Paris, Gallimard, Pléiade, 1989), para el poema «Square Louvois»:

El día de Múnich fui a la Biblioteca Nacional
único lector
recorriendo los 1155 metros cuadrados del vestíbulo construido por Labrouste
en 1868
una de las primeras obras maestras de la arquitectura metálica
veinte años después Eiffel construía su torre
al año siguiente estallaba la guerra.

RONIS, Willy, Mémoire textile (Estrasburgo, La Nuée bleue, 2000).

ROUBAUD, Jacques, La bella Hortensia (traducción al cuidado de Josefa Sánchez Santana, Barcelona, Montesinos, 2005), para algunos

detalles de la descripción del square Louvois, particularmente las paradas del autobús T.

WEIL, Simone, La condición obrera (traducción al cuidado de Teresa Escartín Carasol, Madrid, Trotta, 2014), para la descripción de la jornada de Léopoldine en Alsthom y, en concreto, para la utilización del modo infinitivo y, en general, para la pregunta «¿cómo hacer el retrato del trabajo?».

WORONOFF, Denis, La France industrielle, Gens des ateliers et des usines, (Éditions du Chêne, 2003), para varios detalles, entre ellos, la historia de las bombillas Osram.

ZOLA, Émile, Pot-Bouille, (Les Rougon-Macquart, Robert Laffont, «Bouquins», 1993), para el edificio de la rue de Choiseul, naturalmente.

En París, en Estrasburgo
(como Rebecca-Madeline)
y en otros lugares, 2013-2015

NOTAS

1 «Demain, dès l'aube, à l'heure où blanchit la campagne», célebre poema de Victor Hugo perteneciente a Las contemplaciones (1856). [N. del T.]

2 SFIO: Sección Francesa de la Internacional Obrera. [N. del T.]

3 El muro de los Federados es una parte del recinto del Père-Lachaise de París donde se fusiló a ciento cuarenta y siete federados, combatientes de la Comuna, durante la semana sangrienta, en mayo de 1871. [N. del T.]

4 Louis Majorelle (1859-1926): diseñador francés de art nouveau vinculado a la escuela de Nancy. Los balcones y la rampa de la escalera de las Galeries Lafayette de París son obra suya. [N. del T.]

5 Dufresne y Dubois, contienen las palabras fresne (fresno) y bois (bosque, madera). [N. del T.]

6 Chiens écrasés, denominación humorística de la sección de sucesos de un periódico cuando éstos son insignificantes. [N. del T.]

7 Versos del célebre poema de Apollinaire «Le Pont Mirabeau», perteneciente a su libro no menos célebre Alcools (1920). [N. del T.]

8 «À nous deux, maintenant», célebre frase que pronuncia Rastignac mientras contempla París desde el Père-Lachaise, donde acaban de enterrar al tío Goriot al final de la novela de mismo título. [N. del T.]

9 «Ray Ventura et ses collégiens», uno de los grandes éxitos del popular director de orquesta y promotor del jazz en Francia, Ray Ventura. [N. del T.]

10 Título original: Orphan of the Wilderness (1936).

11 Anschluss (fusión, unión, reunión, anexión) es como se conoce el día 12 de marzo de 1938, en que el Tercer Reich se anexiona Austria, que pasa a ser una provincia más de Alemania. [N. del T.]

12 Los ríos son femeninos en francés. Se refiere al Sena, el Saona, el Loira y el Garona. [N. del T.]

13 En francés se emplea la palabra square para las plazoletas ajardinadas. [N. del T.]

14 Saint-nectaire, famoso queso francés fabricado con leche cruda de vaca, debe su aristocrático nombre al mariscal de Francia Henri II, duque de la Ferté-Senneterre, que presentó este queso en la mesa de Luis XIV. [N. del T.]

Todas las notas de este capítulo, de la 15 a la 36 inclusive, son de la autora.

15 El nombre que sus padres dieron a la señorita Haas es RebeccaMadeline.

16 La señorita Haas viene de Estrasburgo.

17 Rebecca-Madeline Haas había salido de su domicilio, en el cruce de las calles Dunat-Diehr y Haubohm, la mañana del 26 de abril de 1939. Había caminado hasta la gare de Strasboug pasando por el pont du Corbeau y la Grand-Rue.

18 La señora Herrgott había pedido una cita para la chica con su prima, por teléfono, el lunes anterior, es decir el 23 de abril.

19 Hacía más bien fresco para ser un día de primavera, cosa que convenía a Rebecca-Madeline, pues, como no tenía más que un pequeño bolso de viaje para llevar todas sus posesiones, resultaba cómodo poder ponerse el abrigo.

20 El vestido que llevaba Rebecca-Madeline se lo había dado la señora Herrgott. No estaba muy usado y ella, con unos retoques, había conseguido adaptarlo a su talla.

21 Sin ninguna pena, Rebecca-Madeline había dejado al conserje del edificio de la esquina Dunat-Diehr-Haubohm. Éste la llamó siempre Muckverschesseni Tapetefratz, «cara de papel pintado cagado por las moscas», delicada alusión en alsaciano a sus pecas.

22 Rebecca-Madeline era pelirroja y tenía diecisiete años, el pelo rizado y los ojos azules. Trabajaba desde los catorce años.

23 Con la partida de Rebecca-Madeline a París le devolvía un

favor, pero su nueva señora no sabría nada, había dicho la señora Herrgott, y ella sería la solicitante. La señora Herrgott juiciosamente había inflado en su carta lo que decía pagar a Rebecca-Madeline: la vida en París era mucho más cara que la vida en Estrasburgo, incluso para una joven interna que no iba a tener mucho tiempo para gastar dinero.

24 «Madeline, habrá una guerra, vendrán los alemanes, y ya sabes lo que hacen a las personas como tú. No tienes familia ni nada que te retenga aquí. Estarás mejor en París. Aunque lleguen hasta allí, te será más fácil pasar desapercibida. Le escribo a mi prima que eres católica –había dicho la señora Herrgott–. Ya le he dicho por teléfono que eres una joven seria y bien educada, a pesar de que seas huérfana.»

25 Al padre de Rebecca-Madeline Haas lo había atropellado un coche y había muerto en el acto al salir del hospital, adonde había ido a visitar a su esposa. La madre de Rebecca-Madeline sucumbió a la tuberculosis tres días después. Rebecca-Madeline, que entonces tenía quince años, de buenas a primeras se quedó sola. No tenía hermanos, tal vez un tío y una tía en Alemania, pero no tenía ningún contacto con ellos. Rebecca-Madeline estaba llena de vida. Y era muy sensata, aunque su enemigo, el conserje, no lo creyera.

26 «Todas son iguales, unas Trottoirpflaze», decía también el conserje. Para él ninguna criadita era seria: todas eran flores de la calle. [Trottoirpflaze, así como su equivalente francés fleur de trottoir, es uno de los nombres con que se designa coloquialmente a las prostitutas. N. del T.]

27 Desde el patio del edificio Dunat-Diehr-Haubohm se alzaban la voz del conserje y sus insultos mezclados con las risas de los criados, que se burlaban de él y le provocaban.

28 El pasillo por el que el conserje perseguía a veces a las criaditas era recto, estaba pintado de azul, las habitaciones eran muy estrechas, y olía a col fermentada por todas partes. Por la ventana de la buhardilla de Rebecca-Madeline, se veían los tejados de tejas alsacianas y la aguja de la catedral.

29 El edificio Dunat-Diehr-Haubohm estaba casi nuevo. Se había construido en el emplazamiento de una antigua fábrica de chocolate justo antes de que la familia de Rebecca-Madeline llegara a Estrasburgo. Estaba equipado con todo el confort moderno: electricidad, gas en todos los pisos e incluso un retrete, un grifo y un

lavabo con agua corriente en el pasillo de las habitaciones de las criadas.

30 Por la noche a veces se oía algún ruido, un sueño, un ronquido o cualquier otra cosa, en la habitación vecina: los tabiques eran muy delgados. La señora Herrgott le había dado la llave de la habitación a Madeline con la orden de encerrarse en ella. «Conozco a quien no dudaría en aprovecharse de una bonita y joven pelirroja como usted», dijo.

31 La señora Herrgott se había comportado con Rebecca-Madeline no ya como una madre, sino como un pariente lejano, una madrina o incluso una institutriz, responsable, severa y reservada, pero con un evidente fondo de afecto y de respeto.

32 Al teléfono, a su prima, que se quejaba porque no tenía criada, la señora Herrgott se había extrañado: «–¿Que te ha dejado? –… –¡Ah!, que la has despedido tú… –… –Pero ¿qué te había hecho? –… –¿Y estás segura de que no ha sido tu hijo? –… –¿Qué? ¿Que no tenía más que tener cuidado? En fin, Clotilde, ¿oyes lo que estás diciendo? ¡Ya no estamos en el siglo XIX!». Rebecca-Madeline la había oído gritar. A continuación, la señora Herrgott había dicho a su prima que ella podía tal vez ayudarla y había convencido a Rebecca-Madeline para que fuera a su casa. Ella le había comprado el billete (de tercera clase). La mañana de su partida, cuando Rebecca-Madeline fue a despedirse, a agradecérselo una vez más, la señora Herrgott le dijo: «Va a trabajar en casa de mi prima. Es una persona frívola y muy egoísta, pero no es mala. Le pagará por su trabajo. Y nada más. No olvide cerrar su habitación con llave. Y tenga cuidado con el hijo de la señora». Y le había dado un beso en cada mejilla. «Adiós, señora», dijo Rebecca-Madeline. «Adiós y buena suerte. Trabaje bien. ¡Y no olvide leer un poco cada noche!», contestó la señora Herrgott, y le dio un libro que Rebecca-Madeline guardó en su bolso.

33 El bolso de Rebecca-Madeline contenía todas sus pertenencias, a saber: dos camisas de algodón blancas, un vestido negro, dos pares de medias, dos pañuelos a cuadros, un cepillo para el pelo, una bufanda de lana negra, un par de guantes rosas de lana, tres bragas, una pulsera de metal dorada, dos libros, la Grammaire, cours supérieur, de Claude Augé, Librairie Larouse, y El tapón de cristal, de Maurice Leblanc, entre cuyas páginas había una fotografía de dos jóvenes, un hombre y una mujer, que se sonreían (los padres de Rebecca-Madeline en la época de su matrimonio), una chaqueta de lana azul con pompones azules y blancos, una muñeca de trapo con un

gorro de ganchillo, que se había vuelto gris, un par de zapatos planos envueltos en papel de periódico, además del libro que le había regalado la señora Herrgott: La vuelta al mundo en ochenta días.

34 Rebecca-Madeline, que soñaba con ser maestra, lo que por su situación económica y su escaso conocimiento del francés era imposible, era trabajadora, joven y fuerte. Había empezado trabajando en una fábrica de conservas de caracoles, muy cerca de la rue Dunat-Diehr, antes de que la contratara la señora Herrgott. En casa de los Herrgott, había sacado brillo al parqué, había lavado y escurrido las sábanas en la lavandería que había en el sótano del edificio y había subido el pesado barreño de cinc hasta el sexto piso para tenderlas y ponerlas a secar.

35 La señora Herrgott le había enseñado a Rebecca-Madeline a utilizar la plancha para quitar las arrugas sin quemar los delicados bordados ingleses y los finos encajes. La joven había aprendido rápido y bien.

36 La señora Herrgott había ayudado mucho a Rebecca-Madeline a mejorar su francés. Cuando la muchacha llegó a la rue Dunat-Diehr, chapurreaba una mezcla de yidis y de alemán con algo de alsaciano… Había hecho muchos progresos a pesar de que seguía diciendo «es necesario que voy». Conservaba un fuerte acento que, en Estrasburgo, no molestaba a nadie, pero en París, había dicho la señora Herrgott, lo confundirían con el acento alsaciano.

37 Máquina de mimeografiado. En Francia se la conocía con el nombre de la marca que la comercializaba, Ronéo. [N. del T.]

38 Drôle de guerre (literalmente «guerra de broma» o «falsa guerra») es una expresión francesa, atribuida al periodista Rolan Dorgelês, que hace referencia a los primeros meses de la Segunda Guerra Mundial, en los que apenas tuvo lugar ningún acto bélico importante. [N. del T.]

39 Les Cloches de Bâle, novela de Louis Aragon publicada en 1934 cuyo título hace referencia al congreso socialista que se celebró en la ciudad suiza en vísperas de la Primera Guerra Mundial. [N. del T.]

40 Última página del Ulises, de Joyce. [Ulises, vol. II, trad. y prólogo de José María Valverde, 5ª ed., Barcelona, Lumen, 1984, pág. 460]. [N. del T.]

41 Stalag: durante la Segunda Guerra Mundial, campos de concentración nazis para prisioneros de guerra. [N. del T.]

42 Últimas palabras del Ulises. Ver nota 40. [N. del T.]

ÍNDICE

Tienen veinte años

Catherine, 6 de febrero de 1934
Léopoldine, 10 de diciembre de 1934
Péroline, 14 de abril de 1935
Claudine, 19 de mayo de 1935
Léopoldine, 5 de noviembre de 1935
Valentine, 16 de junio de 1936
Señorita Haas, 16 de agosto de 1936
Señora Haas, 14 de julio de 1937
Aline, 17 de julio de 1937
Léopoldine, 11 de marzo de 1938
Céline, 29 de septiembre de 1938
Suzanne, 24 de abril de 1939
Victorine, 26 de abril de 1939
Pauline, 29 de mayo de 1939
Claudine, 2 de septiembre de 1939
Éveline, 1 de mayo de 1940
Albertine, 30 de octubre de 1940
Céline, 14 de enero de 1941
Éveline, 20 de agosto de 1941

Algunas listas